# Retales de machismo y misoginia

Javier López Facal

CATARATA

# Retales de machismo y misoginia

Javier López Facal

CATARATA

# Retales de machismo y misoginia

Javier López Facal

CATARATA

**Javier López Facal**

**Doctor en Filología Griega por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en cuyo Instituto de Filología trabajó durante años en la redacción del Diccionario Griego Español; posteriormente, fue vicepresidente del organismo y ocupó otros cargos en la gestión pública de la I + D. En esta misma editorial ha publicado Antología de muertes apacibles, Breve historia cultural de los nacionalismos europeos y Los alimentos de nuestra despensa.**

**Javier López Facal**

# Retales de machismo y misoginia

© Imagen de cubierta: Andrea López Álvarez

© Javier López Facal, 2020

© Los libros de la Catarata, 2020

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Retales de machismo y misoginia

isbne: 978-84-9097-953-2

ISBN: 978-84-9097-931-0

DEPÓSITO LEGAL: M-2.957-2020

THEMA: JBSF11

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

*A mi mujer, a mi hija, a mis hermanas, a mis sobrinas, a la madre de mi hija, a mis amigas y a otras meigas del entorno, que me han hecho mejor persona.*

**Prólogo**

La cosa viene de viejo, tan de viejo que desde los primeros textos conservados aparecen testimonios de un machismo primario, practicado con tal inconsciencia y automatismo que parecería un comportamiento natural e inevitable. Por ejemplo, en el primer libro de la Odisea, una obra escrita hace 28 siglos, se describe la siguiente escena:

¡Madre mía! ¿Por qué quieres prohibir al amable aedo que nos divierta como su mente se lo sugiera? No son los aedos los culpables, sino Zeus, que distribuye sus presentes a los varones de ingenio del modo que le place. No ha de increparse a Femio porque canta la suerte aciaga de los dánaos, pues los hombres alaban con preferencia el canto más nuevo que llega a sus oídos. Resígnate en tu corazón y en tu ánimo a oír ese canto, ya que no fue Odiseo el único que perdió en Troya la esperanza de volver; hubo otros muchos que también perecieron. Mas, vuelve ya a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo, y de hablar nos ocuparemos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando en esta casa.

Volviose Penelopea, muy asombrada, a su habitación, revolviendo en el ánimo las discretas palabras de su hijo. Y así que hubo subido con las esclavas a lo alto de la casa, lloró a Odiseo, su caro consorte, hasta que Atenea, la de ojos de lechuza, le infundió en los párpados el dulce sueño[1].

O sea, un muchachito apenas salido de la adolescencia ordena a su madre, cariñosa pero firmemente, que se vaya a los aposentos femeninos con las esclavas a seguir con las labores “que le son

propias", porque hablar de cosas serias les corresponde a los varones.

Esta escena puede resultarles familiar a muchos cristianos porque es casi idéntica a un par de pasajes del Evangelio de Lucas (2.41-51)[2]: "Viajaban sus padres cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Y cuando tenía 12 años, habiendo subido ellos según la costumbre de la fiesta y terminados los días, al volverse ellos, permaneció el niño Jesús en Jerusalén y no lo sabían sus padres. Pensando que él estaba en la comitiva, caminaron una jornada y lo buscaron entre los parientes y los conocidos. Y al no encontrarlo volvieron a Jerusalén a buscarlo. Y sucedió que después de tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y preguntándoles. Y todos los que lo escuchaban se pasmaban de su inteligencia y sus respuestas. Y viéndolo se sorprendieron y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira a tu padre y a mí que te buscábamos llenos de dolor. Y les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tenía que estar en lo de mi Padre? Y ellos no entendieron la palabra que les dijo. Y bajó con ellos y fue a Nazaret y estuvo subordinado a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón".

Jesús era aún más joven que Telémaco, pero la relación con la madre es semejante y ambas madres, Penélope y la Virgen María, se limitan a guardar esos desplantes del hijo en su corazón; a pesar de que entre ambos textos hay unos mil años de diferencia, la relación de dominio de un hijo varón joven frente a una madre madura no ha variado.

Más adelante (Lucas 8.19-21), el mismo evangelista nos relata lo siguiente: "Vinieron a él su madre y sus hermanos, pero no lograban llegar hasta él por la muchedumbre. Se le avisó que: tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte. Él les contestó: mi madre y mis hermanos son estos, los que escuchan la palabra de Dios y la hacen", una respuesta que también nos resulta hoy, como mínimo, poco considerada para que un hijo lo diga en público de una madre que va a visitarlo.

Estos comportamientos de jóvenes varones hacia sus madres no son, sin embargo, especialmente graves; son, si acaso, ejemplos banales de comportamiento machista, o de machismo low cost, por así

decirlo.

Lo realmente grave, lo auténticamente inexplicable y atroz no es el machismo, sino la misoginia, ese odio o desprecio de la mujer en tanto mujer hasta el límite, que conduce con frecuencia a torturas físicas o psicológicas, a brutales malos tratos, a violaciones e, incluso, a feminicidios. Estamos hablando, pues, de comportamientos hoy tipificados como delitos en los códigos penales de la mayoría de los países.

El término y concepto de "feminicidio", consecuencia última de la misoginia, se acuñó a mediados del siglo XIX, pero solo a partir de los años setenta del siglo pasado empezó a usarse de manera extensiva, por iniciativa de los movimientos feministas que lo pusieron en el candelero.

Es claro que no debe interpretarse el pasado con sensibilidades, ideologías y conceptos del presente y que no deberíamos hacer juicios morales retrospectivos de nuestros antepasados, pero eso que podría ser válido para un machismo light, no lo es para comportamientos basados en el odio ciego hacia las mujeres y en su cosificación extrema. Odiar, maltratar, violar o matar seres humanos en general es una atrocidad en cualquier época y cualquier lugar, sean las tropas del general Ratko Mladić en 1995 en Srebrenica o las legiones de Julio César el año 55 a. C. en Kessel; aunque la palabra genocidio no haya aparecido hasta después de la Segunda Guerra Mundial, las matanzas ordenadas por Julio César (y las de Ratko Mladić, obviamente) pueden calificarse como tal, y ya en su época resultaron repugnantes, a pesar de la inexistencia del delito de genocidio en el código romano. Pues bien, lo mismo se puede decir del feminicidio, que se ha venido padeciendo desde hace tiempo, a pesar de la inexistencia de un concepto y de un término específicos para referirse a esa forma extrema de odio y violencia.

Para no andarme más por las ramas, quiero aclarar que entiendo por machismo la creencia de que los varones son superiores por naturaleza a las mujeres y entiendo por misoginia el odio y el desprecio hacia ellas. De hecho, muchos podemos ser acusados con más o menos fundamento de comportamientos machistas, pero comparativamente son pocos los que merecen la etiqueta de

misóginos. Remacho: el machismo se basa en una supuesta superioridad del varón; la misoginia, en el odio.

Excelentes libros recientes, escritos por autoras españolas y extranjeras[3], no creen necesario distinguir tan nítidamente los significados de estas dos palabras y eso resta precisión, en mi opinión, a sus argumentos y a los ejemplos que nos ofrecen.

En este ensayo me voy a ocupar de los dos pecados, el mortal de la misoginia y el venial del machismo, que con no poca frecuencia pueden coexistir porque no siempre muestran límites nítidos y por eso el desocupado lector, o lectora, encontrará citas de autores (y de autoras, ojo) que parecen competir en quién dice las mayores burradas sobre la mitad de la población de la humanidad, concretamente aquella a la que pertenecen nuestras madres, esposas, hermanas, hijas, compañeras, colegas o amigas.

Con más sosiego, más tiempo y más paciencia de los que poseo, yo podría haber acometido una obra que se titulase algo así como "Antología del machismo y de la misoginia a partir de sus textos", pero mi natural atolondramiento y otras carencias y limitaciones personales me llevan a ofrecerles solo unos modestos "retales"; claro que, si uno tiene la necesaria destreza, incluso con unos retales desiguales se puede hacer una buena jarapa.

He procurado reducir al mínimo notas y bibliografía para hacer más ligera la lectura. En estos tiempos del omnipresente internet, buscar bibliografía complementaria o la autoría de un determinado texto es una tarea sencilla, lo que me exime de dedicarle una atención mayor, dando por supuesto, además, que, como los editores de La Codorniz, yo aspiro a escribir para los lectores más inteligentes.

Agradecimientos

Mi hija Ana López lleva un tiempo recomendándome y regalándome libros feministas, "no porque lo necesites, sino para conocer a aquellos que deberían aprender de ti", como dice en alguna

dedicatoria; lo que no acabo de tener claro es si se trata de una ironía, de una estratagema para que pique y lea el libro en cuestión, o si lo cree de verdad, movida por amor filial, que también es ciego; no deja de mosquearme un poco que haya insistido en leer el original de este libro antes de enviarlo a la imprenta, pero la verdad es que, tras esta lectura previa, me ha hecho comentarios y sugerencias muy atinados, lo que ha provocado en mi un lógico orgullo paternal.

Cristina Santamarina me pidió también que le mandara el original de este libro aún inédito y me hizo llegar un prólogo suyo a un catálogo de una exposición de la Biblioteca Nacional, hoy inencontrable, un texto tan sólido como inteligente. Sus comentarios tras la lectura han sido asimismo certeros y brillantes, como esperaba.

Gemma Lienas me mandó su último libro, todavía inédito, titulado Derechos frágiles. Autobiografía de una generación de mujeres, en el que describe en tercera persona la infancia, adolescencia y juventud de una niña, que viene siendo ella; una obrita enternecedora que nos pone delante de la cara cómo han sido tratadas las mujeres de mi generación desde su más tierna infancia.

Anna Caballé, por su Breve historia de la misoginia, que he llevado en el bolsillo durante semanas y he leído y releído como un devocionario.

Consuelo Sánchez Naranjo me disuadió, con una habilidad casi de prestidigitadora, de que me metiese en una serie de jardines y de charcos que nada bueno añadirían al libro: que si la violencia entre algunos simios, que si la base genética de la violencia masculina, temas en los que, sin duda, hay que proceder con mucha mayor competencia que la de este servidor de ustedes.

María Eulalia Gálvez, tradicionalmente una de mis lectoras más precoces y entusiastas, empezó a publicitar el libro antes de su aparición, en una habilísima labor de agitprop.

Miguel Ángel San Martín, que confiesa sentirse cada vez más “feminist o”, me ha ayudado con mi torpe manejo del programa Word y me ha suministrado el texto exacto de algunas citas

grecolatinas que yo recordaba de manera imprecisa.

Ángeles Heras ha estado continuamente señalándome micromachismos, en alguno de los cuales yo no habría reparado, debido a mis peores entendederas y menor sensibilidad al respecto.

Todas ellas, y Miguel Ángel, no solo merecen mi gratitud, sino que, además, se han ganado que las invite a una copa de buen vino.

**1**

**Pandora**

Los poemas de Homero, de los que hemos traído ya a colación un breve pasaje de la Odisea, describen el mundo de reyes y nobles que sucedió a la última invasión de las tribus helénicas, la de los dorios, al espacio de lo que habría de ser la Grecia histórica que conocemos.

Era este un mundo de guerras y enfrentamientos singulares, caballerescos, heroicos, en cuya literatura no afloraba apenas nada de las clases populares y menos del autor de los textos: la épica no se detenía en esas minucias.

Inmediatamente después de Homero aparece un nuevo poeta que critica a los nobles como dorophágoi, "devoradores de regalos", y se ocupa ya de cuestiones más terrenales que tienen que ver con el tiempo y las cosechas, con Los trabajos y los días, como se titula una de sus obras.

Con este poeta empieza a asomar tímidamente el individuo, de modo que podemos hacernos una idea de la personalidad de Hesíodo, de sus deseos y sus temores, de sus preocupaciones y su ideología. Él mismo se convierte en uno de los grandes creadores de mitos nuevos, diferentes de los del mundo homérico.

Entre ellos está el de Prometeo y su cuñada Pandora, que es la primera mujer sobre la faz de la tierra y la que condicionó, por lo tanto, cómo habrían de ser estas nuevas criaturas, creadas obviamente después de los varones. Dice así[4]: "Los dioses tienen oculta la vida a los hombres; si no, fácilmente trabajarías en un solo día lo bastante para tener hacienda por todo el año, sin necesidad de proseguir la faena. Pronto colgarías el timón bajo el humo, y se acabarían trabajos de bueyes y mulos incansables. Mas Zeus ocultó la vida —irritado en su corazón—, ya que le había chasqueado Prometeo, el de ingenio sutil. De ahí el porqué comenzó a maquinar contra los hombres tristes pesares, y ocultoles el fuego. Pero de nuevo el valiente hijo de Japeto en honda férula se lo robó al prudente Zeus, para dárselo a los hombres, engañando así al dios

que se goza en el rayo. Y enfurecido, le dijo Zeus que amontona las nubes: '¡Hijo de Japeto, que a todos superas en astucias, te alegras de haber robado el fuego, burlando mis designios! ¡Gran azote para ti, y para los hombres venideros! ¡A ellos yo, en lugar de fuego, les daré un mal, con el que todos se gocen de corazón, abrazando a la vez su propia ruina!'. Así dijo, y rompió a reír el padre de hombres y dioses; ordenó a Hefesto que al punto mezclase tierra y agua, le infundiera voz y fuerza de un ser humano y formase, parecido a las diosas inmortales, un hermoso y adorable cuerpo de virgen. Mandó después que Atenea la instruyese en sus labores, en el tejido de primorosas telas; y que la dorada Afrodita circundase de gracia su frente, imprimiéndole el doloroso deseo y las ansias que devoran los miembros. A Hermes –mensajero matador de Argos— encargó que le infundiese espíritu de perra y corazón ladino. Dijo así, y todos obedecieron al soberano Zeus, hijo de Crono. Al punto el famoso cojo [Hefesto] modeló con tierra la forma de una casta virgen, según los dictados del Cronida. La diosa ojiglauca Atenea le ciñó la cintura y completó su adorno. Alrededor de su cuello, las Gracias divinas y la augusta Persuasión pusieron collares de oro. Y en torno a ella, las Horas de lindos bucles dispusieron guirnaldas con florecillas primaverales. Fue Palas Atenea la que le ajustó al cuerpo todo el aderezo. El mensajero Argifonte forjó en su pecho mentiras, palabras falaces y un corazón ladino, cumpliendo el designio de Zeus que truena sordamente. Por último, el heraldo de los dioses la dotó de palabra, y dio a esta mujer el nombre de Pandora, porque todos los moradores de las mansiones olímpicas obsequiaron con tal regalo, procurando la ruina a los hombres que de pan se alimentan. Una vez hubo concluido el señuelo fatal, irremediable, el Padre envió en busca de Epimeteo, al ilustre Matador de Argos —con el regalo de los dioses—, sí, al veloz mensajero. No pensó Epimeteo en lo que Prometeo le había avisado: nunca aceptar obsequio de Zeus Olímpico; devolverlo en cambio a su origen, para evitar así un mal a los mortales. Mas él después de aceptarlo, cuando ya tenía el mal consigo, lo advirtió. Y es que otrora vivía en la tierra el género humano, lejos y libres de males, libres de la dura fatiga y de enfermedades dolorosas que dan a los hombres la Muerte —pues los hombres envejecen pronto en la desdicha—. Pero la mujer, quitando del vaso la gran tapadera, los esparció, y maquinó para los hombres tristes congojas. Sola, allí dentro, quedaba la Esperanza, en indestructible mansión, bajo los bordes del vaso —y no voló fuera:

antes le puso Pandora la tapa, según designios del egidíforo Zeus, el que nubes reúne—. Con lo que son incontables las penas que vagan entre los hombres: pues llena está de males la tierra, llena la mar. Morbos caen sobre los hombres, de día, o les visitan sin más, en la noche, llevando el dolor a los mortales— en silencio, que les quitó la voz el prudente Zeus. Así no hay modo de esquivar el pensamiento del dios".

O sea, los hombres vivían tan felices, pero en venganza de su deseo de conocer y de apoderarse del fuego divino, Zeus creó para ellos el mal, la fuente de todas las desgracias, en forma de una especie de sex doll o muñeca sexual, irresistible por su aspecto y dotada además de habla e inteligencia diabólica. Pandora es, pues, la primera, la madre de todas las mujeres pérfidas, las que desgracian a los pobres, ingenuos y débiles varones: "La donna affascinante / ti colpisce al primo istante / la donna che ti piace / ti fa perdere la pace…/ Il pericolo numero uno / la donna…" que cantaba Renato Carosone en el Festival de San Remo de 1957. Él probablemente no lo sabía, pero el lejano antepasado de "Il pericolo numero uno, la donna" era Hesíodo.

No se contentó este autor con ocuparse de Pandora en este largo pasaje de Los trabajos y los días que he reproducido in extenso; también en la Teogonía se refiere a Pandora como kalón kakón, "hermoso mal", y poco después remacha: "Porque es de esta la maldita raza y tribu de las mujeres, desgracia grande que convive con los varones mortales".

Lo de kalón kakón tuvo mucha fortuna, como si fuera uno de esos tuits ingeniosos que se rebotan y comparten entre varones, y adoptó numerosas variantes en muchas lenguas europeas, desde el medieval "Malum est mulier sed necessarium malum" ("mala es la mujer, pero un mal necesario") al "wives and winds are necessary evils" de los ingleses, ese pueblo de marinos y marineros. Lo de asociar la desgracia de la mujer con los peligros del mar aparece ya, sin embargo, en un monóstico de Menandro, "el mar, el fuego y el tercer mal, la mujer", porque lo que no cuenta Hesíodo es que uno de los males que se esparcieron desde la vasija de Pandora por el haz de la tierra es la misoginia, que desde su mito fundacional se extiende incansablemente por el espacio-tiempo bajo "la apatía de

las estrellas", que decía Joyce.

La cosa fue yendo a más: tras Hesíodo apareció enseguida la lírica arcaica y, concretamente, Arquíloco de Paros, uno de los grandes de la literatura griega, y a quien la posterioridad consideró siempre como uno de los más conspicuos misóginos, que vivió en el siglo VII a. C. Era hijo de un noble y de una esclava y para sobrevivir hizo un poco de todo: fue soldado, marinero, comerciante: "En la lanza tengo el pan de cebada, en la lanza el vino de Ismaro y bebo apoyado en la lanza".

En griego existía un insulto para los cobardes: ripsaspís, "el que arroja el escudo", porque si a uno le entraba miedo en medio de la batalla y quería huir, lo lógico era que tirara el escudo para echar a correr más ágilmente. Arquíloco, que no tiene pudor en desvelarnos sus sentimientos y vivencias más íntimos, no se corta un pelo en confesarlo[5]: "Algún sayo se ufana con mi escudo, arma excelente que abandoné mal de mi grado junto a un matorral. Pero salvé mi vida. ¿Qué importa aquel escudo? Váyase enhoramala: ya me procuraré otro que no sea peor". Lo cuenta como quien no quiere la cosa, sin cinismo ni jactancia, como un hecho objetivo: ¡cuán lejos ya del ideal heroico de los poemas homéricos! Arquíloco era, pues, un bastardo que ama y odia intensamente y sin freno, y deja brotar su individualismo a borbotones: "Una sola cosa sé, pero es la más importante de todas: responder con terrible venganza al que me trata mal".

Tuvo una enorme influencia posterior, casi como Homero, pero también tuvo muchos detractores y odiadores, como los filósofos cínicos y sobre todo los cristianos, responsables en gran medida de que su obra nos haya llegado tan fragmentada y mutilada.

Se enamoró perdidamente de una tal Neóbula y la amó locamente: "¡Ojalá me fuera dado tocar la mano de Neóbula!… y caer sobre el odre dispuesto a hacer algo y colocar el vientre sobre el vientre y los muslos sobre los muslos".

Licambes, padre de Neóbula, consiguió que su hija rompiese con aquel bastardo pendenciero y entonces la cólera del poeta se desató sobre padre e hija: "Gorda, puta, jornalera, degenerada", le dedica con rabia y no duda en contar algunas obscenas intimidades

habidas entre ellos, como una felación: “Sorbía ruidosamente como el tracio o el frigio que beben la cerveza con una paja, e inclinaba la cabeza llena de afán”.

El estado tan fragmentario de su obra nos impide conocer de primera mano otras invectivas crudamente machistas, que solo podemos intuir por ecos en poetas posteriores, concretamente en poetas latinos, que imitaron a los clásicos griegos hoy diríamos que sin pudor alguno.

En todo caso, debe quedar claro que Arquíloco no nos ha dejado solo exabruptos personales en contra de sus rivales y las mujeres en general, de las que apenas menciona más que a prostitutas, como Pasífila (literalmente, “la amiga de todos”): “Una higuera silvestre que da de comer a muchas cornejas, Pasífila, buena mujer que hace los honores a los huéspedes”; no, también es capaz de crear microfábulas que posteriormente habrían de desarrollar los fabulistas: “Muchas cosas sabe la zorra, pero el erizo una sola, decisiva”.

Esta es, en realidad, la segunda fábula más antigua de la historia, tras la de “El halcón y el ruiseñor” de Hesíodo, y la veremos desarrollada y repetida en las colecciones de fábulas de varias lenguas y culturas. Por mencionar solo una secuela de esta protofábula arquiloquea, recuerden ustedes aquel interesantísimo libro de Isaiah Berlin, El erizo y la zorra[6], en el que clasifica a las personas como erizos, los que solo tienen una idea y la persiguen con todo su empeño, o zorros, los que tienen muchas ideas que cambian y adaptan con los años.

Hay que tenerle, pues, respeto, literario e intelectual a este bastardo, pendenciero y misógino, pero que tenía un extraordinario talento.

Pasemos ahora a Hiponacte, que vivió en la olimpíada sesenta (hacia el 540 a. C.) y, por lo tanto, es casi un par de siglos posterior a Arquíloco. Probablemente era de familia noble y debió de estar involucrado en luchas políticas, porque fue desterrado y tuvo que vivir miserablemente en la ciudad de Clazomenas: “Hermes, querido Hermes, hijo de Maya, nacido en Cilena, imploro tu ayuda porque tengo un frío terrible. Da un mando a Hiponacte, una túnica persa,

unas sandalias, unas zapatillas y sesenta estateres de oro del otro muro".

Escribe con muchos localismos léxicos y gracias a eso es una fuente para los lexicógrafos alejandrinos y bizantinos que, al citarlo en sus trabajos, nos han permitido conservar fragmentos de sus poemas; su poesía habría de influir en cómicos de la época clásica, como Aristófanes.

Es comprensible que esta especie de mendigo cínico tuviera pocas posibilidades de relacionarse con mujeres "decentes" —"Ojalá tuviera yo una muchacha bella y delicada"—, lo que le llevaría a formular unos sarcasmos machistas que se han venido repitiendo siglo tras siglo: "Dos son los días más agradables de la mujer, cuando se casa uno con ella y cuando la saca a enterrar".

No se crean, sin embargo, que todos los líricos griegos arcaicos eran igualmente marginados sociales, misóginos, hambrientos y pendencieros; los había también decentes y hombres de bien, como Solón, el político sabio que mejoró las condiciones de sus conciudadanos e hizo unas reformas que acabarían creando la primera democracia de la historia, y no digamos Safo de Lesbos, que no solo no odiaba, sino que amaba con particular ternura a las muchachas.

La historia de esta mujer, al parecer, bajita y morena, es fascinante, y los escasos datos que sabemos de ella nos dejan con la insatisfacción de no poder conocer más. Nació en la isla de Lesbos, probablemente en Mitilene, hacia el año 612 a. C.; estuvo casada con un tal Cércidas de Andros y tuvo una hija llamada Cleis. Tenía también tres hermanos varones, de posiciones económicas desahogadas, aunque uno de ellos se arruinó por sus negocios en Egipto, quizá por culpa de una hetera de ojos de rosa ("rodopis") a la que Safo prefería llamar Dórica.

La turbulenta situación política de la isla llevó a Safo al destierro en Siracusa, hacia el año 595. A los desterrados solían expropiárseles las tierras, por lo que, al volver a Mitilene, Safo se encontró en la pura ruina.

Empezó entonces a educar "a las mejores de las muchachas de la

isla y de las de Jonia", según nos dice un papiro descubierto hace unos años[7]. Era respetada y admirada, acogía a las jóvenes en su casa para recibir educación literaria y debía ganar bastante dinero, porque en sus poemas se habla de fiestas, perfumes caros, vestidos y flores. Sus ingresos le permitían acoger también en su casa a sus hermanos arruinados.

Los autores posteriores llaman "discípulas" a las muchachas que acudían a su casa y alguno la compara incluso con el círculo filosófico de Sócrates al que, como saben, pertenecían Platón y otros filósofos. Ella misma llama a este círculo "casa de las servidoras de las Musas", en la que se enseña y también se escribe; los epitalamios o "cantos nupciales", que le encargaban para las bodas de la región, le debían reportar ingresos adicionales no desdeñables.

No era este el único círculo femenino de la isla, de la que conocemos a un par de competidoras más, Andrómeda y Gorgo, y no parece que despertara suspicacias ni maledicencias en su entorno porque hombres y mujeres llevaban en Grecia vidas separadas, en una especie de apartheid que les permitía a estas tener sus fiestas, procesiones y cenáculos propios; los hombres, por su parte, también se relacionaban solo entre ellos, por lo que un tipo de asociación compuesto por una señora adulta que dirigía un grupo de jovencitas deseosas de aprender era algo que no se asociaba con el erotismo o el sexo.

Pero Safo amaba a las muchachas de su grupo y entre ellas surgían los celos, el amor y, a veces, el contacto físico: "Durmiendo sobre el pecho de mi tierna amiga… lo que a veces le da vergüenza confesar: algo decir yo quiero, pero el pudor me lo impide; aquellas muchachas provocan que mi lengua queda rota, un suave fuego corre bajo mi piel, nada veo con mis ojos, me zumban los oídos… brota de mí el sudor, un temblor se apodera de mí toda, pálida cual la hierba me quedo y a punto de morir me veo a mí misma".

Este pudor, sin embargo, no le impide en algunos casos llamarlas por su nombre: "ahora me ha hecho acordarme de Anactoria ausente. De ella quisiera el andar seductor y el claro brillo de los ojos, antes que ver los carros de los lidios y los infantes con sus armas" porque le resultaba muy doloroso que dejaran el círculo para casarse y perder la virginidad: "Doncellez, doncellez, ¿dónde

te vas que me dejas? Ya no volveré a ti, ya no volveré". Pero ellas, inevitablemente, van yendo a casarse y "se han puesto la luna y las Pléyades, es la media noche, pasa el momento y yo duermo sola pensando probablemente en que muchas coronas de violetas y de rosas también junto a mí te ponías…".

Safo se queda sola añorando a "la desposada de hermosos pies, la de seno de violetas", que se habrá pasado la noche con un hermoso joven, hasta que llega "la Aurora de sandalias de oro". Solo en contadas ocasiones alguna muchacha esquiva el hado cruel de la entrega al varón "como la manzana dulce se colorea en la rama más alta, la más alta en la más alta, de ella se olvidaron los cosecheros de manzanas. Pero no es que la olvidaran, es que no pudieron alcanzarla".

Pero no siempre son muchachas las que despiertan sus deseos: "Dulce madre, no puedo trabajar en el telar, me derrota el amor por un muchacho por obra de Afrodita floreciente…".

Amaba sobre todas las cosas la belleza, la molicie, el lujo, la poesía, el amor: "[…] y Eros sacudió mis sentidos como el viento que en los montes se abate sobre las encinas… Atis, me he enamorado de ti hace ya mucho tiempo… no creo que una sola doncella que haya visto jamás la luz del sol vaya a ser jamás igual a ti en sabiduría…, un peplo de color azafrán, un peplo de púrpura… cuántas cosas bellas… alfombras…".

En esta primera época de la literatura griega, todas las explicaciones que se necesitan para dar respuesta a las grandes preguntas que uno puede hacerse las proporcionaba el mito, pero a lo largo del siglo en que vivió Safo empezaron a surgir en las ciudades más comerciales y más ricas de Grecia una serie de personas que ya no buscaban las explicaciones en los dioses o los mitos en general, sino que empezaron a buscarlas en el estudio de la naturaleza, la physis, por lo que se conocen estas personas como "los físicos" o los "filósofos presocráticos". Ellos hicieron la transición del mito al lógos, como nos ha hecho ver el filólogo alemán Wihelm Nestle, en una clásica obra de obligada lectura para helenistas.

Es este un hecho crucial en la evolución intelectual de la humanidad porque se trata de la primera vez que el llamado Homo

sapiens empieza a reflexionar sobre cosas abstractas al margen de la divinidad. Un maravilloso poema de Borges, titulado “El principio”, al que recurro con frecuencia, lo describe así: “Dos griegos están conversando: Sócrates acaso y Parménides. / Conviene que no sepamos nunca sus nombres; la historia, así, será más misteriosa y más tranquila. / El tema del diálogo es abstracto. Aluden a veces a mitos, de los que ambos descreen. / Las razones que alegan pueden abundar en falacias y no dan con un fin. / No polemizan. Y no quieren persuadir ni ser persuadidos, no piensan en ganar o en perder. / Están de acuerdo en una sola cosa; saben que la discusión es el no imposible camino para llegar a una verdad. / Libres del mito y de la metáfora, piensan o tratan de pensar. / No sabremos nunca sus nombres. / Esta conversación de dos desconocidos en un lugar de Grecia es el hecho capital de la Historia. / Han olvidado la plegaria y la magia”.

He dicho que este paso del mito al lógos se dio en las ciudades más comerciales y más ricas de la Hélade, que entonces eran las de la costa anatolia (Asia Menor) e islas adyacentes, como la Lesbos de Safo que, como hemos visto, mantenía un comercio floreciente con lejanos países. Ahora bien, después de que Atenas liderara la guerra contra la potencia dominante, el imperio persa (490 a. C.), esta ciudad se convirtió en la más rica e influyente de Grecia y la filosofía floreció allí más que en ningún otro lugar. Nos referimos a los grandes filósofos Sócrates, Platón y Aristóteles, en cuyas ideas sobre la mujer nos interesa detenernos un rato.

Comparativamente, los grandes filósofos griegos tuvieron unos planteamientos sobre las mujeres sorprendentemente “paritarios” para la época: Platón (en Leyes) y Aristóteles (Política, Ética a Nicómaco) abogaban por educar a hombres y mujeres de manera similar, y Platón, más aparentemente “feminista”, consideraba que las mujeres debían ser las “guardianas” de la sociedad; ambos filósofos otorgaban a las mujeres, además, el papel de controlar los incrementos de población. Los estoicos, finalmente, eran partidarios de la igualdad entre hombres y mujeres en un mundo sin patrias ni fronteras.

El problema es, sin embargo, la letra pequeña y, sobre todo, la enorme influencia que estos autores habrían de tener

posteriormente, hasta el punto de que ocasionales comentarios suyos crudamente machistas se convertirían en explicación última de la desigualdad de género y en justificación "filosófica" de los mayores excesos de la cultura patriarcal.

Recuerden, para empezar, el Fedón de Platón en el que se describen los últimos momentos de la vida de Sócrates; sus amigos van a verlo a su casa, cuando se enteran de que la condena a muerte es irreversible: "y nos invitó a entrar. Al entrar, en efecto, encontramos a Sócrates recién desencadenado, y a Jantipa —que ya conoces— que llevaba en brazos a su hijito y estaba sentada a su lado. Conque, en cuanto nos vio Jantipa, se puso a gritar, como acostumbran a hacer las mujeres: —¡Ay, Sócrates, por última vez te hablarán tus amigos y tú a ellos! Al punto Sócrates, dirigiendo una mirada a Critón le dijo: —Critón, que alguien se la lleve a casa". Poco después le traen la cicuta y una vez que la ha bebido con toda la tranquilidad imaginable, sus discípulos presentes empezaron a llorar desconsoladamente. "Pero entonces nos dijo: ¿Qué es lo que hacéis, hombres extraños? Si mandé fuera a las mujeres, fue por esto especialmente, para que no importunasen de ese modo, pues tengo oído que se debe morir entre palabras de buen augurio. Ea, pues, estad tranquilos y mostraos fuertes".

La escena recuerda el reproche y la orden de Telémaco a su madre en la Odisea: vamos a hablar de cosas serias y, por lo tanto, las mujeres sobran. Poco a poco este comportamiento se va convirtiendo en un axioma, es decir, en una de esas "verdades" tan evidentes que no necesitan demostración ni justificación; tú te vas de aquí, como se iba Penélope, como se iba Jantipa, como se van todas las mujeres decentes.

Pero no es en Platón donde se encuentran las mayores joyas del machismo "filosófico", sino en su aplicado discípulo Aristóteles. En la Política pontifica nuestro sabio como lo haría cualquier tertuliano "enterado" de nuestros días: "En cuanto a los sexos, el macho es por naturaleza superior y la hembra inferior, el macho el dominante y la hembra la súbdita". En otro pasaje hila aún más fino: "El esclavo carece totalmente del elemento deliberativo; la mujer lo tiene, pero carece de autoridad; el niño lo tiene, pero incompleto". Él sabe, además, de buena tinta, que la mujer tiene menos dientes que el

hombre, que ella no es más que un macho incompleto, o sea, como una deformidad. Su concepción del carácter de las mujeres es una relación de tópicos que en gran medida fueron creados por él mismo: son liantas, impulsivas, proclives al llanto, celosas, quejicas, desvergonzadas, mentirosas y poco dispuestas a la acción. Sus apriorismos y prejuicios le llevan a afirmar que solo las de piel clara, y no las más morenas, son las que llegan al orgasmo, y se enrolla en disquisiciones sobre cómo contribuyen ellas al embarazo, con unas simplezas que resulta literalmente increíble que musulmanes y cristianos las hayan creído a pies juntillas durante siglos y que hayan basado sus códigos y comportamientos en tamaños dislates.

Es llamativo cómo la mayoría de los helenistas han pasado por alto estos pronunciamientos de los grandes autores antiguos; es llamativo, pero no sorprendente, porque se sigue haciendo hoy, se sigue corriendo un tupido velo sobre las injusticias más grandes y las discriminaciones más abyectas que aceptaban, aparentemente sin inmutarse, los grandes escritores, filósofos, teólogos o científicos a los que rendimos una especie de culto de dulía.

Ojo, no pretendo reescribir la historia e iniciar un nuevo periodo iconoclástico que derribe y destruya las estatuas; no, para eso se bastan todos los talibanes que proliferan por el mundo. Lo que pretendo o, simplemente, lo que me gustaría es que se ofrecieran todas las facetas, o el mayor número posible de ellas, porque, personalmente, sigo considerando a Newton o a Einstein como unos científicos grandes entre los grandes, quizá los dos más destacados de la historia, aunque sus vidas privadas hayan sido poco ejemplares.

En aquella Atenas bulliciosa, en la que se dio una de las mayores acumulaciones de talento de la historia, nació y se desarrolló un género literario que seguimos llamando con las viejas palabras griegas: teatro, drama, tragedia, comedia, escena, orquesta, y muchas más hoy presentes en casi todas las lenguas del mundo.

No debería llamarnos la atención que todas las piezas teatrales, tanto las tragedias como las comedias, hayan sido escritas por varones, a pesar de que con muchísima frecuencia sus personajes principales eran mujeres y los coros de muchas de estas obras

estaban compuestos exclusivamente por estas: los coros de las Suplicantes de Esquilo, las Bacantes, Electra e Ifigenia en Táuride de Eurípides son exclusivamente femeninos y personajes como Antígona, Clitemnestra, Medea, Electra, Fedra y otras tienen una fuerza dramática shakespeariana y aun hoy resultan conmovedoras y nos llegan a emocionar hasta las lágrimas.

Algo parecido ocurre en la comedia: la Lisístrata de Aristófanes es descacharrante, con los varones babeando de lujuria y humillándose con grandes erecciones ante sus esposas displicentes y castigadoras.

Es sorprendente que una sociedad que practicaba un apartheid de género y que valoraba lo de la mujer casada, la pata quebrada y en casa; que no permitía que las mujeres representasen personajes en el teatro, ni siquiera femeninos; que solo aceptaban como espectadoras a solteras, heteras y prostitutas; que no consentía que las mujeres levantasen la voz en público y participaran en asuntos públicos; es sorprendente, repito, que crease personajes tan admirables como Antígona o Lisístrata.

Refresquemos brevemente los argumentos de estas obras para los que las tengan estibadas en la memoria polvorienta de sus años estudiantiles: Edipo de Tebas había tenido cuatro hijos, Eteocles, Polinices, Antígona e Ismene. Cuando decidió desterrarse, horrorizado al enterarse de su incesto y parricidio, dejó a los cuatro bajo la tutoría del nuevo rey, Creonte, pero los hermanos acabarían enfrentándose y matándose ambos en combate, luchando uno a favor y otro en contra del rey. Este ordenó que se enterrara como Dios manda a Eteocles, pero prohibió que se diese sepultura a Polinices, un horrible castigo que condenaba al alma del insepulto a vagar sin paz y sin rumbo por el mundo de los vivos.

Antígona desobedeció la orden del rey y realizó los ritos funerarios imprescindibles para que su hermano alcanzase el descanso y, cuando fue descubierta, se enfrentó a Creonte reivindicando valientemente la primacía de las leyes divinas sobre las humanas. En la discusión que mantienen ambos, Antígona pronuncia una hermosa frase que reivindica orgullosamente el ideal femenino del amor: “No he nacido para compartir el odio, sino el amor”, a lo que Creonte que, como varón, maneja mejor el primer sentimiento que el segundo, le replica: “Si tienes que amar, ama a los de abajo

cuando llegues allí. Mientras yo viva no me mandará una mujer”[8] y castiga a Antígona a muerte, encerrándola de por vida en una tumba excavada en roca.

Hemón, hijo de Creonte y prometido de Antígona, se enfrenta a su padre por su cruel decisión y se aleja de él, jurando que no lo verá más. Antígona es llevada a la tumba entre lamentos de no haber podido casarse por cumplir las leyes de los dioses, mientras el coro la acompaña con una coral conmovedora.

El adivino Tiresias interviene entonces para decirle a Creonte que aves y perros arrancan trozos del cadáver de Polinices y los depositan en los altares de los dioses, lo que demuestra su ira con la decisión adoptada por el rey, pero este lo tacha de corrupto y el adivino le advierte entonces de que morirá uno nacido de sus entrañas a cambio de otro arrojado en vida a los infiernos.

Los dioses rechazan todas las ofrendas realizadas en Tebas y el pueblo entero despreciará a su rey por el crimen que ha cometido.

El coro de ancianos, aterrorizado, le pide a Creonte que haga caso del consejo de Tiresias, que libere a Antígona y entierre a Polinices. Creonte, ante las profecías de Tiresias, cede; se dispone a rectificar sus errores y se marcha con su séquito.

Entra un mensajero y anuncia que Antígona se ha suicidado. Eurídice, esposa de Creonte y madre de Hemón, entra en escena y pide al mensajero que se lo cuente todo; le cuenta que Creonte llegó a la cueva de Antígona, encontró a su hijo Hemón llorando la muerte de su amada e intentó matar a su padre, pero, al no poder hacerlo, se suicidó él también, abrazado a Antígona. Eurídice entra en palacio sin decir palabra.

Entra Creonte con su hijo en brazos y se culpa de todas aquellas desgracias. Un segundo mensajero entra diciendo que Eurídice se ha suicidado también, maldiciendo a su esposo. Creonte se declara culpable de incumplir las leyes divinas para mantener la razón política y abandona la escena en la que solo se queda el coro, haciendo un himno a la prudencia y a la mesura en la gestión de la cosa pública.

Esta obra es un exponente clave de la mejor literatura antigua, pero también es muy apropiada para entender los bandos políticos y las posiciones ideológicas que se estaban dando en la Atenas del siglo V a. C.; entre los dramaturgos, en efecto, se pueden identificar dos grupos más o menos enfrentados: Esquilo y Aristófanes representarían los valores tradicionales y reivindicarían las viejas leyes y costumbres, mientras que Eurípides y luego Menandro sintonizarían más con los nuevos postulados sofísticos y socráticos; Sófocles, por su parte, ocupa un lugar intermedio entre los dos polos, como lo demuestra la misma Antígona, que actúa en nombre de los antiguos dioses, pero representa también la autonomía del individuo frente a la Realpolitik del Estado.

La Lisístrata de Aristófanes (literalmente “la disolvente de ejércitos”) es una comedia de tono erótico y profundo contenido político: la ateniense Lisístrata está hasta el moño de no poder contar con su marido para nada porque siempre está de guerra; se le ocurre entonces que para terminar la guerra del Peloponeso, la solución es hacer una huelga de sexo hasta que los maridos de todas firmen la paz, acuciados por una insoportable libido.

Tras algunas dificultades iniciales, consigue convencer a todas las mujeres convocadas y cada una de ellas vuelve a su respectiva ciudad para predicar la huelga.

Las mujeres toman, además, la Acrópolis ateniense, donde se guarda el dinero de la ciudad, para que no pueda ser usado con fines militares. El coro de ancianos intenta echar a las mujeres de la Acrópolis y se produce una lucha verbal entre los dos coros. Llega un comisario con arqueros para intentar echar a las mujeres, pero no lo consigue. La lucha verbal pasa a corporal. Algunas mujeres intentan dejarlo, pues no soportan más, pero Lisístrata las convence para que vuelvan a su puesto en la Acrópolis. Los hombres de toda Grecia andan más rijosos que animales en celo y circulan por la escena con ostensibles erecciones.

Finalmente llegan de Esparta unos embajadores para firmar la paz con Atenas, porque los espartanos ya no aguantaban más y preferían acabar la guerra o lo que fuese menester. Firmada la paz, cada hombre se va con su mujer, felices ambos de poder retozar a modo.

Las mujeres desempeñan en esta obra un papel esencial para que los griegos de diferentes ciudades y hablantes de diferentes dialectos (utilizados en esta comedia) se dejen de minucias y se entiendan entre ellos, porque los enemigos de verdad están fuera, como los persas o los macedonios.

Tras las carcajeantes procacidades hay, pues, un mensaje político de patriotismo y de unidad nacional frente al enemigo exterior que, obviamente, corresponde liderar a las mujeres, a unas mujeres casadas, a las que en su día a día real les resultaba imposible asistir al teatro y a las que nunca se consultaba en los grandes asuntos de la patria; o sea, no se les permitía asistir al espectáculo, pero se confiaba en ellas para resolver los problemas de la patria.

Para no seguir recorriendo la literatura griega antigua, voy a recordar finalmente algunos pasajes de dos géneros menores, pero muy populares: la fábula y el cuento.

La fábula tiene probablemente origen mesopotámico, con dos derivaciones: una hacia la India y otra hacia Grecia. Los ejemplos más antiguos que conocemos son, como hemos visto ya, griegos: las protofábulas de Hesíodo, Arquíloco y otros poetas van del siglo VIII a. C. hasta el gran fabulista, Esopo, que es del siglo VI, contemporáneo de Safo. Las fábulas indias del Pañchatantra son varios siglos posteriores, de forma que no es arriesgado afirmar que muchas de las fábulas indias, persas o árabes proceden, en realidad, de Esopo. Fue este, en cualquier caso, quien fijó el tipo clásico de la fábula y reunió la primera colección[9]; Babrio fue un fabulista menor y algo posterior.

De este último poeta, aparentemente de entre los siglos I y II d. C., quiero reproducir una fábula que representa a las mujeres como insaciablemente lujuriosas e incorregiblemente adúlteras, un lugar común de la literatura de la época: “Mediada la noche un muchacho cantaba melodiosamente. Lo oye una mujer y, levantándose de la cama, se asoma a la ventana, y viendo a la luz de una luna brillante que era extraordinariamente atractivo, deja durmiendo a su marido y bajó del piso de arriba. Saliendo fuera de la puerta cumple totalmente su deseo. De pronto se despertó su marido y se puso a buscar en dónde estaba y al no verla dentro de casa no se quedó con la boca abierta, sino que salió él también a la calle. Y le dice a su

mujer: ‘No te asustes y convence al chico que venga a dormir en nuestra casa’. Y así, en efecto, lo hizo pasar adentro. Después, también él, cuando ambos querían hacer algo de eso, se divertía con la mujer. Y así fue la cosa. El sentido de la fábula es que es malo dejarse llevar por el deseo cuando uno puede vengarse”.

La parte final es confusa y los expertos en fabulística griega la traducen de manera diferente y, en mi opinión, algo forzada; yo me he limitado a ofrecerles mi propia traducción, que nos da pie para buscar otros textos machistas más interesantes y explícitos en las colecciones de cuentos populares.

Existió en la Antigüedad, en efecto, una novela erótica que idealizaba el amor de pareja, siempre con final feliz, y existían también cuentos de este tipo con un contenido “bastante tópico y fijo: las mujeres son amantes del lujo, coquetas, holgazanas, habladoras, astutas para el mal; son volubles, borrachas y, sobre todo, infieles al marido y lujuriosas en general. Frente a ellas, los hombres, que tanto presumen de valor y superioridad, son cobardes, abusan de su poder en la política, la guerra y el matrimonio, pero son fácilmente engañables y a veces homosexuales”[10].

Veamos un par de ejemplos: “Una mujer que había perdido hacía poco a su marido lloraba todo el día junto a su tumba. Y un labrador que araba cerca sintió deseo de acostarse con ella. Dejó pues los bueyes, se le acercó y comenzó a llorar a su lado. La mujer le preguntó: ‘¿Por qué lloras tú también?’. Él contestó: ‘Acabo de enterrar a mi hermosa mujer, y cuando lloro, me alivio del dolor’. La mujer dijo: ‘A mí me pasa lo mismo’. Y el labrador: ‘Entonces, si hemos venido a encontrar el mismo sufrimiento, ¿por qué no nos acostamos juntos? Yo te amaré igual que a aquella y tú a mí como a tu esposo’. Con estas palabras la convenció y acostándose disfrutó de ella. Pero entretanto vino uno que desunció los bueyes y se los llevó. Y cuando el labrador volvió y no encontró los bueyes comenzó a lamentarse y a golpearse mientras gemía. La mujer se le acercó y al encontrarlo llorando le dijo: ‘¿Otra vez llorando?’ Y él: ‘Ahora lloro de verdad’”. Por cierto que esta misma historieta la reproduce Petronio como “La matrona de Éfeso”, en una mejor versión literaria.

Veamos otro ejemplo igualmente tópico y característico del género:

“Una madre tenía una hija doncella que era tonta. Constantemente la madre pedía a la diosa que le infundiese entendimiento. Oraba en voz alta, de modo que la hija la oyó y retuvo las palabras. Y después de unos días fue al campo con su madre y asomando la cabeza por la puerta del patio vio a una burra que era montada por un hombre. Se acercó al hombre y le dijo: ‘¿Qué estás haciendo?’. Él contestó: ‘Le estoy poniendo entendimiento’. Y acordándose la tonta de que todos los días su madre pedía entendimiento para ella, le pidió así: ‘Amigo, ponme entendimiento. Mi madre te lo agradecerá mucho’. El hombre le prestó oído, dejó a la burra y desvirgó a la muchacha, poseyéndola. Y ella, ya perdida la virginidad, marchó alegre junto a su madre diciendo; ‘Mira, madre, como tú pedías, ya tengo entendimiento’. Su madre respondió: ‘Los dioses escucharon mi oración’. Y la tonta dijo: ‘Sí, madre’. Esta contestó: ‘¿Y cómo te diste cuenta?’. Y la tonta dijo ‘Un hombre puso en mi vientre una cosa larga y colorada y dos bolas musculosas, lo metía y lo sacaba con prisa y yo lo pasaba bien’. Pero la madre, al oírlo y verlo, dijo; ‘Hija, has perdido hasta el entendimiento que tenías’”.

Pasemos ahora a la cultura romana que, si bien era notablemente diferente de la griega en los primeros siglos republicanos, acabó sucumbiendo a los mitos, géneros y modelos literarios griegos hasta el punto de que se puede considerar que su literatura es una especie de continuación en latín de aquella: el primer autor conocido de la literatura latina fue Livio Andrónico, del siglo III a. C., un prisionero de guerra griego que tradujo al latín los dos grandes poemas homéricos y varias obras de teatro.

Plauto y Terencio, los comediógrafos, tradujeron y adaptaron comedias de Aristófanes y, sobre todo, de Menandro; los grandes poetas latinos adoptaron modelos y temas griegos, llegando a mejorar en ocasiones a los originales y, aunque no se puede decir que la Eneida de Virgilio supere a los poemas homéricos en los que se inspira, es indudable que se trata también de una obra de gran calidad literaria, llamada a tener mucha influencia posterior en las literaturas europeas.

La mujer romana, por otra parte, tenía incluso menos presencia en el mundo cultural y literario que la griega, y su educación se desarrollaba casi siempre dentro del ámbito familiar, como un

simple aprendizaje para convertirse en buena esposa y buena madre, obviamente con notables diferencias según la clase social. En cualquier caso, un círculo de educación literaria para chicas como el de Safo, o una directora de una gran institución cultural como Hipatia no tienen equivalentes en Roma.

Los autores eran, como es esperable, prácticamente todos varones y, dada la insignificante presencia de la mujer romana en la vida pública, tenían que acudir a mitos y relatos griegos con personajes femeninos para encontrar mujeres activas y, digamos, interesantes. Veamos, pues, cómo son tratados personajes femeninos de algunos mitos clásicos[11].

Recordemos en primer lugar el mito de Jasón, Ariadna y el minotauro: Ariadna era hija del rey Minos de Creta, quien había construido un enorme laberinto para encerrar en él a un hijo suyo monstruoso, mitad toro mitad varón que, por lo tanto, era hermano por parte de padre de la princesa. Cada año enviaban desde Atenas a un joven que debía internarse en el laberinto y conseguir salir vivo y, cuando le tocó el turno a Teseo, Ariadna se enamoró de él y le dio una bola de hilo para que la fuese desenrollando, a fin de no perderse a la vuelta. Teseo mató al monstruo, una especie de futuro cuñado suyo, logró salir del laberinto y se embarcó con la hermosa Ariadna. Se detuvieron en una isla intermedia entre Creta y Atenas y allí se quedó dormida ella, lo que aprovechó Teseo para abandonarla y hacerse solo a la mar. El dios Baco la divisó desde el Olimpo y rescató a la pobre muchacha seducida y abandonada.

Pues bien, Ovidio en las Heroidas, una colección de cartas de un personaje mitológico a su antagonista, se pone en la piel de Ariadna y expresa su desgracia y su rabia por haber sido abandonada por Teseo, el hombre al que ella tanto dio. La protagonista habla en primera persona, lanza reproches al hombre que amó y expone con crudeza sus deseos de verse muerta en lugar de su hermanastro. Ovidio, pues, importa de la Grecia helenística un papel femenino que en Roma ni siquiera se podía dar; allí las mujeres carecían de derechos y eran consideradas propiedad de sus maridos, en un plano solo ligeramente superior al de los hijos y los esclavos.

Catulo (87 a. C.-57 a. C.) es también un caso interesante: autor de una brillante poesía amorosa, escribió también epilios, que son unos

poemillas épicos. En el número 64 describe la boda de Peleo y Tetis, a quienes habían regalado un paño que tenía una representación del mito de Ariadna. A partir de este motivo, el poeta recorre el mito desde el abandono de la princesa en la playa, desesperada por un eventual regreso de Teseo y llena de rabia incontrolable en su corazón. Recuerda cómo llegó hasta allí por su ardiente deseo hacia Teseo, que le quemaba todo el cuerpo y la indujo a darle un ovillo de hilo para poder escapar del laberinto y dar muerte a su hermano. El éxito de Teseo consistía, en efecto, en la muerte del minotauro. Catulo utiliza al personaje de Ariadna para expresar su rabia contra Teseo y pide a los dioses que se venguen de él por su crimen. El poeta describe, pues, a la mujer sujeta a pasiones incontrolables que llegaban a ofrecer la muerte de un hermano a cambio de satisfacer su pasión.

Catulo refleja así los prejuicios o las percepciones dominantes entre los varones de su tiempo: las mujeres son esclavas de sus pasiones frente a los hombres, racionales y con criterios prácticos y sensatos. Calixto y Melibea o Romeo y Julieta están todavía muy lejos, porque los hombres romanos presumían de no perder nunca la cabeza ante aquellas criaturas inferiores.

Un contemporáneo suyo, el poeta Propercio, nos dejó hermosos y apasionados poemas de su tórrido amor a Cynthia, una rubia irresistiblemente atractiva, irremediablemente caprichosa e irrefrenablemente turbadora. Cuando murió su amada, se le apareció en sueños al poeta, como lo describe en la elegía 4.7:

Algo queda de las almas: la muerte no todo lo acaba,

Y una sombra lívida huye vencida de la pira.

Así me pareció ver a Cynthia apoyada en mi cabecera […].

“¿Ya se te han olvidado nuestros furtivos encuentros en la insomne Subura

Y mi ventana, gastada por nocturnos engaños?

¡Cuántas veces me descolgué por ella hasta ti

Con un brazo, para rodearte el cuello con el otro!

Muchas veces nuestro amor se consumó en una plaza

Y con nuestros pechos unidos calentaron las calles nuestros mantos […].

Y, además, ¿quién te vio entristecido en mi funeral?

¿Quién calentando con tus lágrimas la toga de luto? […].

Tampoco era tanto pedirte que echaras unos jacintos que nada cuestan

Y que hicieras una libación sobre mi tumba rompiendo una cántara de vino […].

No te lo reprocho, Propercio, aunque lo mereces […].

Ahora que te posean otras, pronto te tendré yo sola: conmigo estarás y consumiré tus huesos mezclados con los mios".

Después de que me lanzó estos reproches

Su sombra se me escapó de entre los brazos.

Aunque este modelo de donjuán frío y distante y mujer ardiente y apasionada parece ser bastante común en la literatura latina clásica, y podía ser moneda de uso corriente entre las élites culturales, yo me resisto a aceptar que ese apartheid físico y emocional entre hombres y mujeres fuese tan común o tan dominante.

Discrepo, en efecto, de las tesis de Erin Owens y de otros autores, y me baso para ello en emocionantes epitafios, llenos de admiración y de amor conyugal que algunos viudos dedicaban a sus esposas y que han llegado a nosotros en inscripciones escritas en rotundas y duraderas unciales, esas grandes letras mayúsculas de las inscripciones latinas antiguas.

El mejor de todos ellos es, sin lugar a duda, una laudatio que un marido, cuyo nombre desconocemos, dedicó a su amada esposa Turia:

[…] los matrimonios tan largos como el nuestro son raros, matrimonios terminados por la muerte y no rotos por el divorcio, porque nosotros hemos sido muy afortunados viendo durar el nuestro sin desacuerdos durante cuarenta años. Me habría gustado que nuestra larga unión hubiera llegado a su final por algo que me hubiese pasado a mí en lugar de a ti: habría sido más justo que yo, que soy más viejo, hubiese afrontado el hado en este caso […].

¿Cómo no mencionar tus virtudes domésticas: tu lealtad, obediencia, afabilidad, sensatez, diligencia hilando la lana, religiosidad sin superstición, sobriedad en la atracción, modestia en la apariencia?

Interrumpo aquí la cita porque el texto es muy extenso, pero lo reproducido nos permite constatar el verdadero amor conyugal hacia su esposa de un ciudadano romano desconocido, hasta el punto de afirmar que hubiese preferido ser él el muerto. Es verdad que entre las virtudes de la esposa destaca la "obediencia", pero su idea de la relación conyugal distaba mucho de lo que las leyes permitían al paterfamilias, que era un dominio absoluto sobre su hacienda, incluidas personas y animales, desde la esposa a la oveja, pasando por hijos y esclavos. Supongo que este buen hombre no habrá sido el único romano decente en sus relaciones conyugales y familiares: frases más o menos formularias que aparecen en epitafios de mujeres, como Domi mansit casta vixit lanam fecit ("permaneció en casa, vivió casta, hizo lana"), demuestran que muchos viudos sentían realmente dolor y admiración en la muerte de sus amadas esposas.

Y aunque no es materia de este modesto ensayo, no puedo dejar pasar la ocasión de aludir, aunque sea muy brevemente, a la repugnante situación[12] y absoluta falta de derechos que tenían los hijos menores, niños y niñas por igual, que podían (y solían) ser

abandonados al nacer o a los pocos años, que eran objeto de malos tratos por parte de las “materfamilias”, quienes no era infrecuente que practicasen incesto con sus hijos adolescentes, que no eran presentados a su padre hasta una adolescencia avanzada o la mayoría de edad; que las niñas eran entregadas en “matrimonio” a los 10 o 12 años, todavía con sus juguetes y sin haber tenido la menarquia, con lo que el matrimonio empezaba con una violación y así sucesivamente.

Es cierto que las mujeres sufrían una obvia discriminación, pero también era atroz el trato a niños y esclavos, y no debe quedar en el olvido.

**2**

**Eva**

Cada mañana, los judíos practicantes rezan una oración matutina, llamada shajrit, que, entre otras cosas de menor enjundia, agradece a Yahvé las tres bendiciones que en su infinita bondad ha otorgado a los varones del pueblo por Él elegido. La frase en cuestión dice algo así: "Gracias, Señor, por no haberme hecho gentil, no haberme hecho esclavo y no haberme hecho mujer", tres bendiciones, sin duda, de mucho mérito.

Ellas, las judías practicantes, sustituyen esta frasecita por otra bastante menos comprometida que dice: "Gracias, Señor, por haberme hecho como Tú has querido", lo que debería agradar a Dios mucho más que lo de los varones, en el supuesto de que a una divinidad tan colérica, arbitraria y vengativa como Yahvé le agrade realmente algo que hagan las mujeres.

La Biblia, que en griego significa literalmente "los libros", es, en efecto, una colección de librillos compuestos en diferentes siglos y de muy diversa temática, con los que en la época helenística se estableció una especie de canon o modelo, es decir, una antología ideal e inmutable. Entonces era moda hacer cánones de todo: el canon de las proporciones del cuerpo humano, el de los trágicos (Esquilo, Sófocles y Eurípides), el de los cómicos, el de los textos homéricos, etc., y los judíos, que estaban muy helenizados, no solo tradujeron sus libros (tà biblía) al griego, sino que también eligieron qué libros debían entrar en ese canon y cuáles debían rechazarse como "apócrifos", falsos o heréticos. Hoy en día hay cánones bíblicos diferentes para cada una de las variantes religiosas que reivindican esa obra como libro sagrado y por eso el canon de los judíos no coincide exactamente con el de los católicos, los ortodoxos o los de las múltiples subespecies protestantes.

En lo que sí coinciden todos esos cánones bíblicos es en la apreciación de la mujer, mucho más negativa que la que hemos visto en las literaturas griega o latina. En estas últimas, y en sus respectivas sociedades, hemos encontrado numerosas muestras de machismo, pero no creo que me ciegue mi pasión por ellas si digo

que, en términos comparativos con su entorno y con lo que habría de venir después, el machismo grecolatino es venial comparado con el judío o el cristiano.

De momento, vamos a recordar algunos pasajes bíblicos en los que aparece la mujer, comenzando por lo que nosotros llamamos el Pentateuco y los judíos llaman la Torá:

El primer libro de la Biblia, el Génesis[13], cuenta en estos términos el mito de Adán y Eva en el paraíso: "'No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle una ayuda similar a él' […]. Así, pues, Yahvé Elohim infundió un sopor sobre el hombre, que se durmió; entonces le tomó una de sus costillas, cerrando con carne su espacio. Luego Yahvé Elohim transformó en mujer la costilla que había tomado del hombre y la condujo al hombre. El hombre exclamó entonces: 'Esta sí que es esta vez, hueso de mis huesos y carne de mi carne. A esta se la llamará 'varona', porque de varón ha sido tomada'".

Recuérdese que Zeus se había tomado mucho más interés en crear a Pandora, requiriendo para ello la colaboración de varios dioses y diosas y de las tres Gracias, y que Hesíodo nos dejaba claro que el resultado final de aquella figura hecha de barro alfarero era una señora de muy buen ver, con un "hermoso y adorable cuerpo de virgen".

De nuestra madre, Eva, no se especifican esos detalles, sino que se insiste más en sus rasgos psicológicos: "Pero la serpiente era el más astuto de los animales del campo que Yahvé Elohim había producido y dijo a la mujer: ¿Conque Elohim ha dicho: 'No habéis de comer de ningún árbol del vergel?'. Y contestó la mujer a la serpiente: 'Del fruto de los árboles del vergel podemos comer, pero respecto al fruto del árbol que está en lo interior del vergel ha dicho Elohim: No comáis de él ni lo toquéis, para que no muráis'. La serpiente dijo a la mujer: 'No moriréis, por supuesto, es que Elohim sabe que el día que comáis de aquel se abrirán vuestros ojos y os haréis como dioses, sabedores del bien y del mal'".

El caso es que Yahvé, que estaba paseando por el vergel[14] "a la brisa de la tarde", se dio cuenta enseguida de lo que había pasado y lo tomó muy a mal: "Y a la mujer dijo: 'Multiplicaré sobremanera los sufrimientos de tu gravidez; con sufrimiento parirás hijos y hacia tu

marido será tu tendencia y él te dominará'. Y al hombre dijo: 'Por cuanto escuchaste la voz de tu mujer y comiste del árbol acerca del cual te había dado órdenes diciendo No comerás de él, maldito sea el suelo por tu causa, con fatiga te alimentarás de él todos los días de tu vida' […] y, tras otras airadas maldiciones, lo expulsó Yahvé Elohim del vergel del Edén".

En el siguiente libro, el Éxodo, que narra la lenta y azarosa migración del pueblo elegido desde Egipto hasta la tierra prometida, se cuenta cómo Yahvé otorga a sus fieles un código moral con diez mandatos de obligado cumplimiento, conocido como el Decálogo. Uno de ellos establece lo siguiente: "No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás su mujer, ni su siervo, ni su criada, ni su toro, ni su asno, ni nada de lo que a tu prójimo pertenece", lo cual, según creo, deja bastante claro, en primer lugar, que el Decálogo estaba pensado para y centrado en los varones de Israel y no en sus mujeres, criadas o asnos, que no son más que propiedades muebles del varón y, en segundo lugar, que la mujer parece el bien mueble más valioso, tras la casa, que es un bien inmueble aparentemente mejor valorado. Los catecismos cristianos han seguido repitiendo estos mandamientos como pilares inmutables de la moral, pero han simplificado algo su formulación para ocultar los extremos más anacrónicos e inaceptables del texto bíblico y nos han tratado de inculcar este mandamiento, no siempre con éxito, como "No desearás a la mujer de tu prójimo", dando por supuesto que las mujeres no podían desear al marido de su prójima porque, como bien había demostrado Aristóteles, carecían de capacidad de formular deseos.

La valoración de la mujer en el ranking axiológico de la Biblia se confirma un poco más adelante (21.22) cuando dice: "Cuando se pelearen unos hombres y lastimaren a una mujer encinta, de suerte que abortare sin que hubiere accidente grave, [el culpable] será multado con una multa, con arreglo a lo que le imponga el marido de la mujer y pagará mediante el arbitraje de magistrados; pero si resultare accidente grave, darás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, contusión por contusión".

El Levítico sigue legislando al respecto (12.2-5): "… Cuando una

mujer concibe y da a luz un hijo será impura durante siete días… Ella permanecerá treinta y tres días más purificándose de su sangre; no tocará cosa alguna sagrada ni penetrará en el santuario hasta que se cumplan los días de su purificación. Mas si da a luz a una niña, será impura dos semanas, como en su menstruación, y permanecerá sesenta y seis días purificándose de su sangre".

El menor precio que tienen las mujeres en tanto mujeres no es sin embargo algo arbitrario, sino contado y medido, como merece un asunto de tanta importancia. Así, de nuevo el Levítico, un poco más adelante (27.2 y siguientes): "Cuando un hombre trate de cumplir un voto a Yahvé, a ti corresponde estimar las personas según Yahvé. Tu estimación será, si se trata de un varón de la edad de veinte años hasta la edad de sesenta años, tu estimación será de cincuenta siclos de plata, según el siclo del santuario. Si es una mujer, tu estimación será de treinta siclos. Si se trata de alguno de edad de cinco a veinte años, tu estimación será de veinte siclos el varón y para la hembra de diez siclos", y un largo etcétera, porque la tasación es larga, minuciosa y repetitiva.

Deuteronomio significa en griego "la segunda ley" y es el último libro del Pentateuco. Los judíos, católicos y protestantes más tradicionales y conservadores creen que también fue escrito por Moisés, pero los fieles e infieles mejor informados sostienen que es un texto muy posterior al del Génesis y el Éxodo.

Este libro se cuida también de acotar y tasar los derechos de la mujer, como en 21.10: "Cuando salgas a la guerra contra tus enemigos y Yahvé, tu Dios, los entregue en tu mano y los captures cautivos, si ves entre los cautivados una hermosa mujer y te prendas de ella y deseas tomarla por esposa, la introducirás en el interior de tu casa y se rapará la cabeza y se arreglará las uñas. Luego se quitará de encima el vestido de cautiva, se asentará en tu casa y llorará a su padre y su madre un mes entero. Después de esto podrás llegarte a ella y tomarla por esposa, y será tu mujer. Mas si al cabo resulta que no la quieres, la dejarás marchar libre, pero en modo alguno la venderás por dinero. No la reducirás a esclavitud, por cuanto la has desflorado".

En 25.11 el Deuteronomio resulta quizá demasiado estricto con un comportamiento femenino que podríamos considerar hoy incluso

una muestra de amor conyugal y defensa del marido: “Cuando se pelearen entre sí unos hombres, el uno con el otro y la mujer del uno se acercare a librar a su marido de la mano de quien lo golpea, y alargare ella la mano y le agarrare por sus partes, cortarás a ella la mano, sin que tu ojo se apiade”.

De otros libros posteriores al Pentateuco, y que figuran en los cánones bíblicos de todas las religiones, quiero entresacar algunos pasajes de interés del libro de los Jueces. En él aparece la figura de Débora, una de los doce jueces y señora de armas tomar, que derrota a los enemigos de Israel y es una de las pocas mujeres admirables de la Biblia; aparece también el caso de Jefté, que prometió a Yahvé el sacrificio en holocausto de quien primero saliese a su encuentro y para su espanto quien salió fue su hija única a la que, lo prometido es deuda, ejecutó según lo acordado. Añade el libro: “Y quedó como costumbre en Israel que anualmente vayan las doncellas israelitas a endechar a la hija de Jefté, el Gaaladita, cuatro días al año”. El sacrificio es tan horrendo que algunos exégetas modernos dicen que no debe interpretarse lo de Jefté como un homicidio ritual, o algo así, sino que el padre prometió dedicar a Yahvé lo primero que saliese de su casa y con eso quería decir que lo dedicaría al culto del templo, o sea, que a su hija la hizo, en contra de su voluntad, “monja” de por vida, sin duda un divertido anacronismo de los exégetas más puritanos.

En la Francia del siglo XVIII este personaje gozó de mucha notoriedad, quizá porque Voltaire escribió un artículo en la Encyclopédie sobre sacrificios humanos y en él se mencionaba a esta muchacha; además, un tal Michel Pignolet de Montéclair escribió una especie de ópera o drama bíblico, titulado precisamente Jephté; cuando lo escuché hace años en un concierto, intenté conocer el nombre de esa criatura desdichada; pues bien, no es como Ifigenia porque no consta su nombre en ningún lugar; es simplemente una joven anónima nacida para ser sacrificada[15].

Ahora bien, el caso más repugnante, y quizá el primer ejemplo de misoginia que termina en feminicidio, es el del levita y su concubina de Jueces 19.21-29. Es este el caso de un levita que se pone en camino con un criado y su concubina y al anochecer decide entrar en una ciudad a pedir hospedaje en casa de un buen hombre

anciano: “Dijo entonces el anciano: ‘¡La paz sea contigo! ¡Solo a mi cargo corre todo lo que necesites; pero no has de pasar la noche en la plaza!’. Así, pues, le llevó a su casa y echó pienso a los asnos; luego [los huéspedes] laváronse los pies y comieron y bebieron. Hallábanse refocilando su corazón, cuando he aquí que hombres de la ciudad, gente malvada, cercaron la casa, golpearon la puerta y se dirigieron al anciano dueño de la casa diciendo: ‘¡Saca al hombre que ha entrado en tu casa para que le conozcamos!’ El dueño de la casa salió a ellos y les dijo: ‘¡No, mis hermanos, por favor, no obréis mal! Puesto que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis esa infamia. Ahí están mi hija, que es doncella, y la concubina de él; permitidme las saque; y forzadlas y haced con ellas lo que mejor os parezca; pero a este hombre nada hagáis de semejante infamia’. Mas aquellos hombres no quisieron escucharle. Tomó, pues, el hombre a su concubina y sacola fuera, adonde ellos, que la conocieron y abusaron de ella toda la noche hasta la mañana. Al rayar el alba la despidieron. Al apuntar la mañana vino la mujer y cayó tendida a la entrada de la casa del hombre donde estaba su marido, hasta que fue de día. Por la mañana se levantó su marido, abrió las puertas de la casa y salió para emprender su camino, y he aquí que la mujer concubina suya yacía tendida a la entrada de la casa con las manos sobre el umbral. Díjole él: ‘Levántate y vamos’, pero nadie respondió. Entonces la cargó sobre el asno y fue el hombre y partió a su localidad. Llegado a su casa, cogió un cuchillo, y, asiendo a su concubina, la despedazó, con arreglo a sus huesos, en doce trozos, que envió por toda la demarcación de Israel”.

Aunque se añade a continuación que desde que el pueblo judío había llegado de Egipto no se había visto una cosa igual a esta, el pasaje es suficientemente ilustrativo de la valoración que merecían las mujeres, incluidas las hijas vírgenes, ante el respeto a la hospitalidad de los varones.

El canon bíblico cristiano, que también es palabra de Dios para cientos de millones de fieles, incluye un llamado Nuevo Testamento que contiene los cuatro evangelios canónicos (la vida de Jesús), los Hechos de los Apóstoles, una serie de cartas a los primeros fieles, escritas por algunos destacados seguidores de Jesús y, finalmente, un extraño libro, conocido como Apocalipsis (“revelación”), que es una especie de colección de oráculos, profecías y esoterismos varios

que ha fascinado a sus desconcertados lectores durante siglos.

En este “nuevo” testamento no aparecen episodios tan crudamente misóginos como algunos de los que hemos visto en el “antiguo”, pero, aun así, no son raros los comportamientos y pronunciamientos desacomplejadamente machistas, tanto más graves cuanto estos textos han sido durante siglos la única lectura de millones de cristianos en el mundo.

Decíamos anteriormente que lo malo del machismo seudocientífico de Aristóteles es que su influencia ideológica ha sido muy autoritativa e incuestionable durante siglos; pues bien, el Nuevo Testamento lo es en muchísima mayor medida y por eso su toxicidad, por así decir, es más letal.

Veamos un par de ejemplos destacados más: en la carta de san Pablo a los corintios (14.23-25) dice el apóstol converso: “Como en todas las congregaciones de fieles, las mujeres en las asambleas que estén calladas, pues no se les permite hablar, sino que deben estar sumisas, como también dice la ley, y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos, pues es indecoroso para una mujer hablar en una asamblea”.

En griego se dice ekklesía (que acabaría evolucionando a nuestra palabra iglesia) por “asamblea” y cuando el cristianismo, un par de siglos después, se convirtió primero en una religión legal y poco después en obligatoria y única en el imperio, esta frase paulina se entendía ya como “las mujeres, que estén calladas en las iglesias” (“mulieres in ecclesiis taceant”), de donde procede el argumento principal para impedir su sacerdocio. ¿Cómo se va a permitir que se ordenen las mujeres si la palabra de Dios dice lo contrario? Esa metonimia machista —carta de Pablo = palabra de Dios = mandato divino— ha funcionado como una coartada teológica que el catolicismo y otras sectas cristianas esgrimen para impedir la igualdad de los seres humanos en esta parcela de la vida que, encima, es más practicada por mujeres que por hombres.

En la carta a Timoteo (2.11), también de Pablo, se remacha la idea para que quede meridianamente clara: “que la mujer aprenda en silencio, con toda sumisión; no permito que la mujer enseñe ni se arrogue autoridad sobre el varón, sino que esté en silencio. Pues

Adán fue formado primero; Eva después" y, ya puestos, sigue largando el apóstol otras consideraciones machistas con un envidiable aplomo.

Me viene ahora a la memoria un curioso librillo inglés, que se titulaba algo así como Cartas de niños a Dios, en el que me llamó la atención una carta de una niña que decía (cito de memoria): "Dear God, I know you are a boy, but try to be fair", o sea, "querido Dios, ya sé que eres un chico, pero procura jugar limpio". Pues bien, a juzgar por la sagrada Biblia, ese dear God no suele jugar nada limpio.

3

**María**

La legalización del cristianismo por el emperador Constantino, a principios del siglo IV, y su conversión en única religión oficial del Imperio por Teodosio, a finales del mismo siglo, produjeron una especie de tsunami que arrasó muchas estructuras físicas, culturales y mentales, frecuentemente en medio de grandes actos de violencia y de venganza, llevados a cabo por los cristianos, antes perseguidos y convertidos ahora en perseguidores[16]: "Sus ataques eran primitivos, violentos y muy efectivos. Esos hombres se movían en jaurías —más tarde en manadas de hasta quinientos— y cuando aparecían, lo que seguía era la completa destrucción. Sus objetivos eran los templos, y los ataques podían ser asombrosamente rápidos. Grandes columnas de piedra que habían resistido durante siglos se desmoronaban en una tarde; las caras de las estatuas que habían permanecido en pie durante medio milenio eran mutiladas en un momento; templos que habían visto el auge del Imperio romano caían en un solo día".

Este comienzo del libro de Nixey es suficientemente explícito como para no tener que entrar en más detalles. Permítanme recordar, sin embargo, dos hechos concretos bien conocidos: el emperador Teodosio prohibió la celebración de los Juegos Olímpicos, tras mil años de celebración ininterrumpida, "porque resultaban ofensivos para los cristianos" y, en segundo lugar, el asesinato violento de Hipatia por una turbamulta de fanáticos, instigados por el obispo de Alejandría, san Cirilo, que incendiaron la biblioteca y el museo de aquella ciudad, dirigidos a la sazón por esta filósofa alejandrina.

El reciente acceso de las mujeres a cátedras de historia de la Iglesia y de teología, especialmente en Estados Unidos, ha permitido que conozcamos mejor el papel de las mujeres entre los primeros cristianos; estos estudios han arrojado nueva luz sobre algunas de las figuras femeninas que figuran en los evangelios, como María Magdalena, y han descubierto el crucial rol social de las primeras señoras cristianas, que organizaban las asambleas eucarísticas en sus casas cuando todavía no existían iglesias físicas. Estas "casas-iglesias" fueron el primer germen del inmenso parque inmobiliario

posterior, a medida que los cristianos adquirían poder y riquezas, pero en esa primerísima época fueron las mujeres, al parecer, las que suministraron los improvisados espacios para el culto.

Esa situación de anomalía contra el orden "natural" de dominio masculino duró, sin embargo, muy poco y, al tiempo que se construía el dogma de la santísima trinidad, se fue construyendo también una especie de apothéosis o deificación de la Virgen María, que acabó convirtiéndose en algo muy similar a una divinidad de segundo rango: "Es más pura que el sol, más hermosa que las perlas que ocultan los mares, ella sola entre tantos mortales del pecado de Adán se libró. 'Salve, salve cantaba María, que más pura que Dios solo yo' y en el cielo una voz repetía 'más que tú solo Dios, solo Dios'".

Esta canción que cantábamos en el coro del colegio de los jesuitas, donde estudié Bachillerato, es un exponente ejemplar de la deriva marianista, que se fraguó en los primeros siglos del cristianismo y que ha perdurado entre católicos y ortodoxos hasta el día de hoy.

El marianismo es, en efecto, una de las novedades de la nueva religión triunfante, creado como complemento de la trinidad de varones, y dio lugar a lo largo de la Edad Media no solo a un culto a la Virgen María, sino también a una especie de culto artificial a la mujer como mujer, a la que se recluía y alejaba de la vida pública y del poder a cambio de un gran respeto y una impostada admiración hacia su supuesta excelencia ontológica.

Entre los politeístas antiguos había diosas con igual poder que los otros dioses y el mismo Zeus temía a su esposa, Hera, como buen marido infiel, e incluso temblaba a veces ante su hija Atenea como una vara verde. En el cristianismo hubo que deificar a María para que existiese algo parecido a una diosa madre, o una representante celestial de la mitad de la población, concretamente la que solía ser más religiosa.

La salve, una oración del siglo XIII muy característica del marianismo medieval, es un ejemplo perfecto del papel cuasi divino de María como mediadora entre Dios y los hombres. Recordémosla:

*Salve Regina, mater misericordiae, vita, dulcedo, et spes nostra, salve. Ad te clamamus exsules filii Hevae. Ad te suspiramus, gementes et flentes in hac lacrimarum valle. Eia, ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte. Et Iesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exsilium ostende. O clemens, O pia, O dulcis Virgo Maria.*

Si no lo entiende bien, no se preocupe: en la Edad Media la aprendían de memoria y la recitaban sin saber exactamente lo que decían, especialmente las mujeres, incluidas las monjas, que eran mayoritariamente analfabetas.

Hasta hace poco más de cincuenta años, cuando se abandonó el latín como lengua del culto cristiano y se sustituyó por las lenguas modernas, era frecuente rezar oraciones o letanías en latín, o repetir textos de la misa, sin entenderlas o entendiéndolas de forma muy precaria; pues bien, esa incomprensión del latín comenzó hacia el siglo VI o VII, y esta lengua fue utilizada por los pocos letrados como instrumento de un poder que solía estar vedado a las mujeres.

Volviendo al marianismo, Evelyn P. Stevens[17] cree que es un producto típico latinoamericano, quizá porque no recuerda que, sin ir más lejos, Alonso Quijano convirtió a una Aldonza más basta que una camisa de esparto en la sin par Dulcinea del Toboso.

Ahora bien, la adoración de una mujer idealizada, por parte de Alonso Quijano y de otros caballeros medievales, es una forma, quizá amable e incluso bienintencionada de negarle la paridad con el varón: ¿cómo poner en riesgo a esa madreperla, a esa fuente de la vida, a esa excelsa criatura que debe ser protegida y aun adorada y a la que debe mantenerse alejada de oficios, profesiones y actividades que pongan en riesgo su rol divino como dadora de vida? O sea, la adoración de la mujer, la impostada valoración de sus virtudes y funciones es, simple y llanamente, una eficaz forma de machismo porque recordemos que las mujeres no son divinas, son simplemente personas, o sea, seres humanos. Ortega y Gasset tiene algunos textos memorables de esta sutil forma de machismo, disfrazada bajo un manto de adoración a la mujer, como su epílogo al libro de Victoria Ocampo, De Francesca a Beatrice (1924), un

sonrojante precipitado de melífluas pedanterías machistas. Veamos algunos párrafos de ese famoso epílogo:

Es increíble que haya mentes lo bastante ciegas para admitir que pueda la mujer influir en la historia mediante el voto electoral y el grado de doctor universitario tanto como influye por esta su mágica potencia de ilusión. No existiendo dentro de la condición humana resorte biológico tan certero y eficaz como esa facultad de atraer que la mujer posee sobre el hombre, ha hecho de él la naturaleza el más poderoso artificio de selección y una fuerza sublime para modificar y perfeccionar la especie[18].

Yo no quisiera […] tomar en esta ocurrencia posiciones ante el feminismo contemporáneo. Es posible que sus aspiraciones concretas me parezcan dignas de estima y fomento. Pero sí me atreveré a decir que, aun acertado, es todo el feminismo un movimiento superficial que deja intacta la gran cuestión: el modo específico de la influencia femenina en la historia. Una falta de previsión intelectual lleva a buscar la eficacia de la mujer en formas parecidas a las que son propias de la acción varonil. De esta manera, claro está, solo hallaremos ausencias (p. 733).

La excelencia varonil radica, pues, en un hacer; la de la mujer en un ser y en un estar; o, con otras palabras: el hombre vale por lo que hace; la mujer, por lo que es. Cuando menos, lo que al hombre atrae de ellas no son sus actos, sino su esencia. De aquí que la profunda intervención femenina en la historia no necesite consistir en actuaciones, en faenas, sino en la inmóvil, serena presencia de su personalidad (p. 734).

Estas elucubraciones “ontológicas” del maestro no convencieron en absoluto a Victoria Ocampo y entre ellos se produjo un claro distanciamiento. Unos pocos años después, recordando la discrepancia que hubo entre ambos al respecto, pero hablando en términos generales, Ocampo escribió: “Creo que, desde hace siglos, toda conversación entre el hombre y la mujer, […] empieza por un ‘no me interrumpas’ de parte del hombre. Hasta ahora el monólogo

parece haber sido la manera predilecta de expresión adoptada por él", una brillantísima reflexión sobre el fenómeno hoy llamado mansplaining ("sobreexplicación masculina"), pero formulado casi un siglo antes de que se acuñara este concepto feminista.

Volviendo a la Edad Media, hay que tener presente que frente al modelo Virgen María, adorable como mujer, subsistía el antimodelo judío de Eva, odiable también como mujer y fuente de todas nuestras desdichas.

Los clérigos y caballeros machistas, pero no misóginos, podían practicar el marianismo más cursi y edulcorado, mientras que los clérigos radicales, los inquisidores y otras gentes de mala entraña se inclinaban, más bien, por la práctica de una de las misoginias más brutales que conoce la historia; en tercer lugar, en una situación intermedia encontramos a los teorizadores sobre la naturaleza de las mujeres, como el hermano del rey Alfonso X, el infante don Fadrique, en su Libro de engaños: "Dice el sabio que 'aunque se tornase la tierra papel y la mar tinta y los peces de ella péndolas, que no se podrían escribir las maldades de las mujeres'" (Caballé: 67).

Téngase en cuenta que esta duplicidad de valoración sobre la mujer medieval afectaba casi en exclusiva a las clases no trabajadoras, es decir, a los rentistas eclesiásticos o nobles, porque las mujeres de la plebe trabajaban de panaderas, molineras, nodrizas, cantineras, tejedoras o labradoras, al lado de sus maridos y rodeadas de sus hijos, sin ser conscientes de que eran excelsas como la Virgen María o réprobas como Eva.

Recuérdese también que la tierra pertenecía en exclusiva a la Iglesia, la realeza y la nobleza, que la arrendaban a la inmensa mayoría de la población, sometida a servidumbre de la gleba. Los dueños de la tierra, es decir, los reyes, señores y clérigos, controlaban todos los aspectos de la vida de sus siervos y, en el caso de mujeres o niñas, ese "todo" podía significar usos y abusos sexuales. Fuenteovejuna o Zalamea quedaban todavía muy lejos, cuando la Edad Media daba paso al Renacimiento y era posible ya enfrentarse a nobles estupradores, apelando al amparo de un rey cada vez más poderoso.

En cualquier caso, el marianismo y su subproducto del amor cortés y caballeresco contribuyeron a mejorar notablemente la consideración de la mujer en general, hasta el punto de que el odio y desprecio hacia las hijas de Eva parecía estar remitiendo.

Este pequeño avance se truncó, sin embargo, a finales de la Edad Media, a causa de las extremas dificultades de la población de los países europeos centrales. Estos se hallaban, en efecto, en guerras continuas entre ellos, que por su larguísima duración banalizaron el crimen, el pillaje y las violaciones, y sembraron el caos y la anarquía, incluso en el seno del papado, que llegó a contar con tres papas simultáneos que se excomulgaban entre sí.

Para rematar el caos imperante, llegaron las pestes y, concretamente, la peste negra, que en su época de mayor virulencia (1346-1361) llegó a matar quizá al 40 por ciento de la población europea, es decir, a bastantes decenas de millones de personas.

Alguien tenía que ser responsable de tanta desdicha y tanto dolor y enseguida se encontraron los dos chivos expiatorios: los judíos y, sobre todo, las brujas.

Al principio del siglo XV, quizá tras el ejemplo contagioso de una histeria colectiva surgida en Sevilla en 1391, comenzó una oleada de asaltos a juderías y sinagogas por parte de manadas de campesinos y villanos, instigados por los clérigos más enardecidos. Se les acusaba de todas las desgracias y miserias, y se levantaron contra ellos las calumnias y bulos más increíbles, que harían palidecer a las fake news y conspiracionismos más aberrantes de nuestra época.

Lo único que les quedaba a los judíos era ponerse bajo el amparo del rey, pero, en el caso del reino de Castilla, sabemos que la corona acabó por ponerse de parte de inquisidores, clérigos fanáticos, nobles y burgueses, aspirantes todos ellos a quedarse con los ahorros de estos conciudadanos frecuentemente industriosos.

Lo de la caza de brujas bajomedieval, un insólito desbordamiento de fanatismo y misoginia, merece un tratamiento más detenido.

La creencia en la existencia de brujas se remonta a la antigüedad,

pero en 1484 el papa Inocencio VIII la adopta como doctrina oficial de la Iglesia en la bula Summis desiderantes affectibus. Esta bula papal sancionó como real su existencia y su intrínseca y diabólica maldad, lo que legitimó una ola de misoginia, posiblemente la más asesina de la historia.

Dos monjes dominicos, inquisidores ambos, llamados Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, publicaban en 1487 un libro titulado Martillo de malhechoras (Malleus maleficarum), así, en femenino, para que quedase bien claro contra quiénes iba dirigida su cruzada exterminadora.

No pocos teólogos rechazaron y criticaron con dureza los excesos de los dos fanáticos dominicos, pero el manualillo en cuestión consiguió una amplia difusión, gracias a las grandes tiradas facilitadas por la recién inventada imprenta de Gutenberg y a la legitimación de la bula papal de Inocencio VIII. La imprenta permitió, además, imprimir miles de panfletos: "Una de las primeras tareas de la imprenta fue alertar al público sobre los peligros que suponían las brujas, a través de panfletos que publicitaban los juicios más famosos y los detalles de sus hechos más atroces"[19].

Kramer y Sprenger fueron nombrados inquisidores con poderes especiales para investigar los casos de brujería en el norte de Alemania y Holanda y, además, su libro se reeditaba constantemente hasta convertirse en el segundo más editado de aquellos años, tras la Biblia.

La caza de brujas se extendió de esta manera a Francia e Italia, y luego a Inglaterra, de forma que, en pocos años, la cantidad de mujeres torturadas y quemadas vivas por acusaciones de brujería, generalmente anónimas, e incluso de acusaciones sugeridas al reo por el tribunal se contaba en centenares de miles.

Visto con perspectiva histórica, se puede sostener que la persecución de las mujeres de clase trabajadora, conocida como "caza de brujas", fue el primer caso de unidad política europea, en una Europa dividida y rota por la Reforma protestante, pero que se unió para perseguir a las "brujas" como enemigas comunes de todos los estados ya incipientemente capitalistas; no en vano fue el emperador Carlos V en su Constitutio Criminalis Carolina el que

estableció que la brujería sería penada con la muerte (Federici: 230 y 235).

Curiosamente, la persecución fue mucho más sistemática e intensa en los países en los que había triunfado la reforma, en los que los reyes tenían tanto el poder civil como el religioso, que en los que permanecieron fieles al papado; de hecho, su incidencia en Italia, España o Portugal fue poco significativa y, en cualquier caso, las clásicas y denostadas inquisiciones de estos países católicos no llegaron nunca a asesinar a centenares de miles de reos —mejor dicho, de reas— en toda su historia.

Un crítico contemporáneo de la caza de brujas, Johann Matthäus Meyfarth, describió lo que el mismo vio en una cámara de torturar brujas[20]: "He visto miembros despedazados, ojos sacados de la cabeza, pies arrancados de las piernas, tendones retorcidos en las articulaciones, omoplatos desencajados, venas profundas inflamadas, venas superficiales perforadas; he visto a las víctimas levantadas en lo alto, luego bajadas, luego dando vueltas, la cabeza abajo y los pies arriba. He visto cómo el verdugo azotaba con el látigo y golpeaba con varas, apretaba con empulgueras, cargaba pesos, pinchaba con aguja, ataba con cuerdas, quemaba con azufre, rociaba con aceite y chamuscaba con antorchas. En resumen, puedo describir, puedo deplorar cómo se violaba el cuerpo humano".

Pues bien, por estas inhumanas ordalías habrían pasado quinientas mil personas, mayoritariamente mujeres de clase trabajadora, cuyas familias debían pagar, además, la leña para la pira y el banquete para los jueces y verdugos que habían condenado a la bruja.

Había algún rasgo de civilidad, sin embargo: a las que decían el nombre o nombres de otras mujeres que habían visto en los aquelarres, las estrangulaban inmediatamente antes de encender la pira para que no sufriesen con el fuego.

Solo en 1657, bajo el papado de Alejandro VII, se dio cuenta el Vaticano del horror que había desatado la propia Iglesia y acabó prohibiendo la caza de brujas mediante la encíclica Pro formandis, pero el mal ya estaba hecho y no tenía reparación posible.

Téngase en cuenta, además, que las guerras y pestes habían

diezmado a la población campesina y, al ser esta un bien escaso, subieron los jornales de los trabajadores sin tierra de una manera tan increíble que no se alcanzarían unos salarios tan altos y una cesta de alimentos tan barata hasta bien entrado el siglo XIX, con la industrialización ya a toda máquina, de vapor, claro.

Este incremento hizo a los campesinos, según los ideólogos de la época, "arrogantes" y "demasiado exigentes" frente a los dueños de la tierra, iglesia y nobleza, que recurrieron a dos hábiles estrategias para debilitarlos: el fomento de la esclavitud y el de la prostitución, que pasó a considerarse un servicio público en el que campesinos bien remunerados y jóvenes terratenientes se desahogaban para evitar tensiones sociales.

Simultáneamente se hicieron reformas legales en bastantes ciudades y reinos para que la violación a las mujeres trabajadoras y humildes, de forma individual o en grupo, fuese prácticamente despenalizada, o castigada con levísimas penas; de esta forma, la violación de mujeres campesinas o trabajadoras se convirtió en una especie de deporte o de rito iniciático por parte de adolescentes, no solo de las clases pudientes, en los que llegó a participar hasta un cincuenta por ciento de la población masculina (Federici: 83). No se limitaban a acosar y violar a las lavanderas o criadas que encontraban por las calles, sino que incluso entraban de noche en sus chozas y casas y las arrastraban afuera para violarlas y humillarlas en grupo.

El tradicional poder de las mujeres, debido al deseo sexual que provocan en los varones, como veíamos en la magistral Lisístrata de Aristófanes, se devaluó casi totalmente mediante la libertad de violación y la proliferación de prostíbulos municipales a precios muy asequibles. De esta forma se dividió a la clase trabajadora, inoculando en ella la misoginia más abyecta de la historia. Sorprende que los historiadores marxistas, especialmente los varones, concedan tan escaso interés hacia este hecho capital de una repugnante lucha de clases tan hábilmente escamoteada.

Harris opina que "el significado práctico de la manía de las brujas consistió, así, en desplazar la responsabilidad de la crisis de la sociedad medieval tardía, desde la Iglesia y el Estado, hacia demonios imaginarios con forma humana. Preocupadas por las

actividades fantásticas de estos demonios, las masas depauperadas, alienadas, enloquecidas, atribuyeron sus males al desenfreno del Diablo, en vez de a la corrupción del clero y la rapacidad de la nobleza" (p. 256).

Y es que a los débiles siempre ha solido dárseles gato por liebre.

4

**Gioconda**

Aunque la situación de las mujeres a lo largo de la Edad Media fue muy diversa, dependiendo del siglo en concreto y de la clase social, se puede afirmar, sin grave quebrantamiento de los hechos constatables, que eran analfabetas en su inmensa mayoría y que, por descontado, no sabían latín, ni siquiera las copistas de los scriptoria conventuales.

Esa característica "femenina", tan arraigada durante siglos, cambió con insólita rapidez cuando llegó el Renacimiento, aquella revolución cultural que despreciaba y rechazaba todo lo medieval como algo tosco, rudo y semibárbaro. Recuerden que quien suele pasar por ser el primer historiador del arte, Giorgio Vasari (1511-1574), bautizó como gótica la arquitectura alemana alla maniera dei goti, un término muy despectivo, que solo siglos después, con el Romanticismo y su amor por lo medieval y lo popular, acabaría adquiriendo connotaciones positivas.

Pues bien, como símbolo y representante de la mujer renacentista y barroca, he elegido a La Gioconda ("la jocunda", "la risueña"), o Mona (< m[ad]ona) Lisa, mundialmente conocida por el retrato de Leonardo a Lisa Gherardini, esposa de un tal Francesco Bartolomeo del Giocondo. Es, probablemente, el cuadro más famoso de la historia, por su media sonrisa ¿cómplice?, ¿ingenua?, y el sutil sfumato de la técnica pictórica.

Bajo este hermoso modelo de las mujeres renacentistas quiero recordar, sin embargo, a otras que no destacaron solo por su belleza, como Beatriz Galindo, una arquetípica representante de la nueva revolución cultural.

Beatriz Galindo (Salamanca, 1465-Madrid, 1535) era de una familia hidalga venida a menos, a la que sus padres pusieron a estudiar gramáticas y latines para enviarla luego a un convento.

Su destreza con el latín era tal que con 15 años leía y traducía a los clásicos latinos, e incluso se expresaba de viva voz y por escrito con

gran fluidez en esta lengua. Su fama se extendió rápidamente por todo el reino, ya conocida por su apodo de la Latina. Leía también en griego, concretamente a Aristóteles, y cuando estaba a punto de ingresar en un convento la llamó a la corte la reina Isabel la Católica.

Gonzalo Fernández de Oviedo la describe así: "… muy grande gramática y honesta y virtuosa doncella hijadalgo; y la Reina Católica, informada d'esto y deseando aprender la lengua latina, envió por ella y enseñó a la Reina latín, y fue ella tal persona que ninguna mujer le fue tan acepta de cuantas Su Alteza tuvo para sí".

No solo era preceptora de la reina, sino también una consejera muy bien considerada. Cuando se casó, con un capitán de artillería y consejero regio, los reyes le regalaron una dote de medio millón de maravedíes; tuvo dos hijos varones, enviudó y se quedó a vivir en Madrid, en lo que ha acabado siendo el palacio de Viana, anexo al Ministerio de Asuntos Exteriores.

No fue un caso único, aunque sí muy destacado, que se dio sobre todo en las cortes de Castilla y de Portugal, en las que brillaron también Isabel de Villena, Teresa de Cartagena, Christine de Pisan y, con otro modelo de vida, Teresa de Cepeda o sor Juana Inés de la Cruz. Las propias hijas de la reina Isabel: Juana, reina de Castilla; Catalina, reina de Inglaterra; e Isabel y María, reinas en Portugal, fueron quizá las primeras reinas cultas y leídas de Europa.

Merecen ser recordadas también Luisa Medrano, primera profesora universitaria; Francisca de Nebrija, hija del famoso gramático y lexicógrafo sevillano; María de Pacheco, mujer del comunero Padilla; Ana de Cervatón, dama de Germana de Foix; Juana de Contreras, discípula de Marineo Sículo; Ángela de Carlet; Luisa Sigea; Isabel de Vergara; y otras.

O sea, eran ya demasiadas y llegaron casi de repente, como para no poner de los nervios a muchos intelectuales varones que veían cómo su monopolio del saber era asaltado por unas descaradas advenedizas. Aquello de vir bonus dicendi peritus —"un varón bueno, ducho en el hablar"—, que resumía la vida de los sabios virtuosos y figuraba sobre no pocas lápidas funerarias, simplemente en abreviaturas (VBDP), dejó de tener sentido porque se podía

aplicar también a toda una cohorte de mujeres que surgían por todas partes.

Algo había que hacer al respecto y don Francisco de Quevedo publicó en Valencia un panfletillo para intentar desacreditarlas, del que reproduzco algunos párrafos:

La culta latiniparla

catecisma de vocablos para instruir

a las mujeres cultas y hembrilatinas.

[…]

Con que en muy poco tiempo, sin maestro, por sí sola, cualquier mujer se puede espiritar de lenguaje y hacerse enfadosa, como si toda su vida lo hubiera sido, que los propios diablos no la puedan sufrir; y es probado.

A su marido, por el hastío que causa el tal nombre, le llamará "mi quotidie", "mi siempre"; y a él se le deja su "sempiterna" a salvo para cuando nombre a su mujer.

Si hubiere de mandar que la compren un capón, o que se le asen, o que se le envíen (que es lo más posible), no le nombre; llámele "desgallo" o "tiple de pluma".

Para decir caldo sustancial, dirá "licor quiditativo".

A las rebanadas de pan llamará "planicies".

Al queso "cecina de leche".

Para no decir: "Estoy con el mes" o "con la regla", se acordará de que las fiestas de guardar se escriben con letra colorada, y dirá: "Estoy de guardar"; y si el interlocutor es graduado, dirá: "Tengo calendas purpúreas".

Cuando la preguntaren: "¿Cómo va vuesa merced?", por no

responder “Al servicio de vuesa merced”, dirá: “Estoy a vuestra merced oficiosa y afecta”. Y si se quisiere encarnar más en el latín, diga “adiecta”.

A la riña llamará “palestra”; al espanto, “estupor”; “supinidades”, a las ignorancias; “estoy dubia” dirá, no “estoy dudosa”.

Al arrope llamará “crepúsculo de dulce” o “abrigue sabroso”, que “arrope” y “abrigue” todo es uno, y dígalo en invierno.

“Dame vino” no lo dirá; sino, cultivando la embriaguez, dirá: “Dame llegó”, que “llegó” y “vino” todo es uno y no se disfama el gaznate.

Para decir “No como olla”, dirá: “Estoy desollada” y podrá acertar con dos verdades.

Al ruido llamará “estrépito”; a la hoguera “pira”.

Para decir “Yo gusto de beber con nieve”, dirá: “Bebo con armiño del frío”, “con requesones de agua”, “con vidrieras de diciembre”, “con algodón llovido”, “con pechugas de nubes”, que poder remudar frases es limpieza.

Ninguna culterana ha de llamar al coche “coche”, porque no la respondan los regüeldos o los cochinos. Debe decir: “Auriga, pon el pasacalles”.

Si la culta fuere vieja, como suele suceder, para no decir a la criada que la afeita: “Macízame de pegotes de solimán estas quijadas y los carcabuezos de las arrugas”, dirá: “Jordáname estas navidades cóncavas”. Y si hubiere de mandarla que la tiña la greña de canas, la dirá: “Peléame esos siglos cándidos, escuréceme esas albas”. […]

Si fuere moza, aunque tenga una cara bruja que de puro untada vuele por las chimeneas, no ha de decir que se afeita; dirá: “Vengo bien mentirosa de facciones”.

A los chapines llamará “posteridades de corcho”, “adiciones de alcornoque”, “tara de la persona”, “ceros de la estatura”. […]

No dirá, aunque la asierren: “Estoy preñada en tres o cuatro meses”;

pero dirá: “Dos en tres, dos en cinco, dos en nueve”, y al cabo añadirá: “Yo me entiendo”, que para eso se hizo el chiste.

En las visitas no dirá: “Arrastra esa silla”, que es ajusticiarla: dirá: “Aproxima réquiemsin temor de los responsos.

“Ingredientes” llamará a los entrantes, aunque lo gruñan los boticarios y alquimistas.

No dirá “zapatilla de pocos puntos”, ni “Calzo o tengo pie pequeño”; dirá: “Tengo pie lacónico” o “calzo vizcaíno”. […]

Es hombre “onusto” dirá, por no decir pesado.

Al pastel llamará “pícaro de masa”.

“Está inmediata” para decir “está cerca”.

Por no decir “Estoy al cabo”, dirá: “Ya agonizo”, y Dios la oiga.

A las medias llamará “no enteras”.

“Circundada” dirá, no “cercada”. […]

Por no decir “Tengo ventosidades”, dirá: “Tengo eolos o céfiros infectos”.

No se ha de decir: “Tome vuesa merced”, esta maldita voz no se oiga en boca de hembra; “tome” digan ellos, y la cultísima dirá: “aprehenda” o “accipia”.

Para decir “Tráeme dos huevos, quita las claras y tráeme las yemas”, dirá: “Tráeme dos globos de la mujer del gallo, quita las no cultas y adereza el remanente pajizo”.

Huevos frescos son “globos instantáneos”.

Encomiéndasele mucho, aunque no venga a propósito, estas palabras: “lenta”, “intestina”, “palumbe”, y sobre todo “patíbulo” y “truculento”.

Si hablare de predicadores, llámelos “metódicos”, “provectos”,

“eruditos”, “facundos”, “invectivos” y “hiperbólicos”.

[…] Las ocho palabras son estas:

Si bien, ansí, de buen aire, descrédito, desaseada, cede, aplaudir, anhelar.

Por aforro y compañía las siguientes:

Galante, fino, sazón, emular, lo cierto es, esfuerzos, ejemplos, aunque.

[…]

Y con volver a “lo cierto es”, que es coyuntura de todos los desatinos, y sembrar la plática de “ansí es”, irá la buena culterana salpicando de necedades por dondequiera que hablare. Si así lo hiciere, el latín la ayude; y si no, el romance la lleve. Amén.

Recuérdese que a Quevedo, un escritor de extraordinario talento, autor de novelas y poemas, especialmente los sonetos, que lo sitúan entre lo mejor de la literatura española, le correspondió la desgracia de ser testigo del declive de “los muros de la patria mía, si un tiempo fuertes ya desmoronados, de la carrera de la edad cansados, por quien caduca ya su valentía” y eso, obviamente, lo vivió mal, enfurruñado en su casticismo, atacando a todos los enemigos del viejo orden establecido, sea Góngora, encarnación absoluta de la infamia, sean los judíos (Execración contra los judíos, 1635), los separatistas catalanes (La rebelión de Barcelona ni es por el güevo ni es por el fuero, 1641) o esas que practican tan extraña gerihabla que es preciso enfrentarse contra “palabras murciélagas y razonamientos lechuzos”, o sea, las mujeres con formación superior, que dominaban latines y retórica.

Este panfleto machista recuerda mucho a lo que escribió sobre Góngora, quizá porque pensaba que las mujeres se habían vuelto todas gongorinas. Recuérdese aquello de “Quien quisiere ser Góngora en un día / la jeri aprenderá gonza siguiente: / fulgores, arrogar, joven, presiente, / candor, construye, métrica, armonía…”,

rechazando como amenazas para el castellano castizo unas palabras que hoy resultan corrientes.

Ortega sostenía, a propósito del casticismo, que "es el gesto fanfarrón que la debilidad hace para no ser conocida" y uno puede dudar, en efecto, de si la creativa y aguda agresividad verbal de Quevedo no equivale a un reconocimiento implícito de su derrota porque, a pesar del éxito de su panfleto contra las hembrilatinas, ellas siguieron a lo suyo mientras pudieron y, por otra parte, la mayoría de las palabras que él criticaba por poco castizas son hoy de uso común entre los hablantes de una lengua que pretendía mantener incontaminada.

Pasemos ahora a Baltasar Gracián, padre jesuita contemporáneo de Quevedo, que llegó a hacer una síntesis de las figuras de Eva y de Pandora, en una especie de cóctel de odio a las mujeres:

Contaban los antiguos que cuando Dios crio al hombre encarceló todos los males en una profunda cueva acullá lejos […] allí encerró las culpas y las penas, los vicios y los castigos, la guerra, el hambre, la peste, la infamia, la tristeza, los dolores, hasta la misma muerte, encadenados todos entre sí […] vivía con esto el hombre felicísimo. Pero le duró poco esta dicha; que la mujer, llevada de su curiosa ligereza, no podía sosegar hasta ver lo que había dentro de la fatal caverna. Le cogió un día bien aciago para ella y para todos el corazón al hombre, y después la llave; y sin más pensarlo, que la mujer primero ejecuta y después piensa, se fue resuelta a abrirla […]. Pero como la mujer fue la primera con quien embistieron los males, todos hicieron presa en ella, quedando rebutida de malicia de pies a cabeza. El Criticón I, crisi XII (Caballé: 150).

El título de El criticón le va muy bien a esta gran novela porque dedica bastante espacio a criticar, entre otras abominaciones femeninas, cosas como los zapatos de tacón ("si una mujer pequeña hubo menester ayudarse de chapines, añadiendo de corcho lo que le faltaba de persona…") o la ropa ("es cosa cierta que con lo que gasta hoy una mujer, se vestía antes todo un pueblo"), por lo que

podemos suponer que no le caían muy bien ni las señoras ni, al parecer, muchos de sus compañeros jesuitas, que le amargaron la vida con cristiana perseverancia.

Ya que estamos hablando de "chapines", permítanme que les reproduzca lo que dice el diccionario de Covarrubias (1611) sobre esta pieza de calzado : "Calçado de las mugeres, con tres o quatro corchos; y algunas ay que llevan treze por dozena, y más la ventaja que levanta el carcañal, quando se apearen quedaran como aquella de quien haze mención Juvenal, Sátira 6 […]. Cuentan una patraña, que por evitar que las mugeres no anduviesen mucho, les persuadieron usassen chapines, con que parecerían grandes y dispuestas, tanto como los hombres; hiziéronlos huecos; y al cabo dieron en hacérselos de corcho, con que aliviaron la pesadumbre y no perdieron por esso el andar lo mesmo que antes con gallardía y señorío; y añadiendo a esto copetes, sobrepujaron la estatura del hombre. En muchas partes no ponen chapines a una muger hasta el día que se casa, y todas las doncellas andan en çapatillas. Chapinaço, el golpe que da la mujer con el chapín, que quando toman cólera, suelen descalçársele y vengar con él sus injurias […]".

La verdad es que era para ponerse nerviosos, porque las señoras no solo habían aprendido latines, sino que, encima, sobrepujaban la estatura del hombre y, además, se quitaban a veces los chapines y se dedicaban a arrear estopa. Volveremos enseguida con Covarrubias, quizá el autor del XVII que más frecuentemente consulto, pero volvamos a esos dos escritores tan sobresalientes y tan inteligentes, Quevedo y Gracián; se podría pensar de ellos que si sostenían unos prejuicios tan redomadamente machistas, ello podía deberse a que sus opiniones eran casi obligadas en la época que les tocó vivir, pero va a ser que no: Cervantes, contemporáneo de este par de amargados machistas, tiene aparentemente una opinión muy diferente de las mujeres.

Recordemos al respecto algunos de sus personajes femeninos, como la Gitanilla quien, ya vendida como sierva, le dice al caballero que la compró: "Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero mi alma, que es libre y nació libre, y ha de ser libre en cuanto yo quisiere"; o Marcela, que huye al campo y se hace pastora para huir

de un matrimonio impuesto; o la gran sultana, doña Catalina de Oviedo, una mujer raptada y obligada a formar parte del harén del gran sultán, ante el que reivindica su derecho a la libertad religiosa. El sultán acaba reconociéndole 'no eres mía, tuya eres, y a tu valor se le debe adoración'".

Todas ellas reclaman y defienden la libertad de las mujeres y lo argumentan no como cultas latiniparlas o como "preciosas ridículas", sino como personas inteligentes y valientes, defendiendo sus derechos. "Los personajes femeninos de Cervantes son, quizás, los que mejor hablan, los más razonables. Exponen sus planteamientos mejor que nadie", según el profesor Francisco Peña Martín, en su tesis doctoral de la universidad de Alcalá.

Era, pues, posible en la España de Felipe III y Felipe IV mantener posturas no machistas, ni misóginas, sobre las mujeres, como lo demuestra don Miguel de Cervantes, no solo en los personajes creados por él, sino también en las relaciones con las mujeres de su familia.

Quiero volver aquí a uno de mis devocionarios preferidos, el Tesoro de la lengua castellana, o española. Compuesto por el licenciado Don Sebastian de Cobarrubias Orozco, Capellan de Su Magestad, Mastrescuela y Canonigo de la Santa Yglesia de Cuenca, Y Consultor del Santo Oficio de la Ynquisición. Dirigido a la Magestad Catolica del Rey Don Felipe III. Nuestro señor, o sea, como se ve, un hombre de bien.

En este sorprendente diccionario se define así a la "MUGER. Del nombre latino mulier, de mollitie (como dice Varrón) cambiando y quitando una letra, casi mollier, y propiamente mulier, dícese de la que no es virgen. Muchas cosas se pudieran decir en esta palabra; pero otros las dizen, y con más libertad de lo que sería razón.

Lo que yo diré ahora se entiende de las que, huyendo la modesta compostura de su obligación, viven con desahogo, afloxando las riendas a su natural, para que corra libre y desbocado hasta precipitarse; no de las cuerdas y recogidas, cuyo honor es su destino, a quien consagran el recato, la honestidad y el reconocimiento que éstas han sido crédito y lustre de naciones y monarquías. Esto presupuesto, digo con San Máximo que la mala es

tormento de la casa, naufragio del hombre, embaraço del sossiego, cautiverio de la vida, guerra voluntaria, fiera doméstica, disfraçado veneno y mal necesario […] Vio Diógenes pendientes infamemente de un olivo a unas que la justicia avía castigado con aquel suplicio y dixo: ¡Ojalá todos los árboles del mundo llevaran este fruto! […]".

Y así sigue derrochando citas eruditas y prejuicios machistas uno de mis lexicógrafos preferidos.

Hay, sin embargo, otras cosas de muy distinto signo en la misma época que nos resultan hoy también sorprendentes, como la presencia de mujeres en el teatro español del Siglo de Oro, que comienza el día 17 de noviembre de 1587. Ese día y ese año, el Consejo de Castilla autorizaba su trabajo en los escenarios: "A todas las personas que tienen compañías de representaciones no traigan en ellas para representar ningún personaje muger ninguna [o sea, traigan una], so pena de zinco años de destierro del reyno y de cada 100.000 maravedis para la Camara e Su Majestad"[21].

La razón de esta autorización no fue una precoz y, en su caso, extemporánea medida de fomento de la paridad de género, sino una estrategia para evitar o reducir la homosexualidad en los escenarios, pecado mucho más abominable que la presencia de señoras representando personajes femeninos. Las señoras, además, tenían que estar casadas, estar siempre acompañadas de sus maridos y representar sus papeles vestidas de mujeres decentes, lo que haría imposible e impensable los frecuentes abusos a las actrices que han producido movimientos como el flamante #MeToo de nuestros días. En cualquier caso, la medida suponía una muestra de tolerancia y de modernidad sin igual en la Europa de la época: recuérdese que en las obras de Shakespeare, los papeles de Julieta, o de Cleopatra, o de cualquier otro personaje femenino, eran representados por jovencitos varones, lo mismo que ocurría en Francia y en otros países europeos.

La autorización a las mujeres produjo, lógicamente, una notable presencia femenina en el teatro español de la época, y no solo como actrices, sino también como empresarias, mecenas o autoras[22].

Destacó en las tablas la Calderona, María Calderón, que encandiló al mismísimo Felipe IV, y también la Riquelme, "moza hermosa,

dotada de sucesos prósperos y felices, los oía con semblante todo sonroseado; una imaginativa tan vehemente, que quando representaba, mudaba con admiracion de todos el color del rostro; porque si el poeta narraba y si algun caso infausto y desdichado, luego se ponia palida; y en este cambiar de afectos era tan unica, que era inimitable según la describe el sabio erudito cirterciense, Juan Caramuel, en su Primus calamus (1668)".

Cristóbal Suárez de Figueroa, en su Plaza universal de todas ciencias y artes (1615), mencionaba "entre las mugeres que destacaban en la escena a Ana de Velasco, Mariana Paez, Mariana Ortiz, Mariana Vaca, Geronima de Salzedo difuntas. De las que oy viuen, Iuana de Villalua, Mariflores, Micaela de Luxan, Ana Muñoz, Iusepa Vaca, Geronima de Burgos, Polonia Perez, Maria de los Angeles, Maria de Morales, sin otras q[ue] por breuedad no pongo. En esta conformidad se puede dezir, ser dignas de toda loa las personas q[ue]c[on] honesto proceder se muestran insignes en semejante profesión".

En otro orden de cosas, la condesa viuda de Gelves cedió parte de sus propiedades sevillanas para crear en ellas un corral de comedias que se haría famoso, así como una especie de fondo para financiar actividades culturales. De esta manera, doña Laura de Herrera, la condesa viuda, llegó a ser la principal empresaria teatral de Sevilla, donde gestionaba varios teatros.

Finalmente, una tal doña Feliciana Enríquez de Guzmán, nacida a finales del XVI en Sevilla, fue autora de dos tragicomedias de las que no quedan ni el texto ni mucha información al respecto.

Todo ello demuestra que la presencia de las giocondas en la vida pública de los reinos peninsulares se había hecho tan notable que tenía que alarmar necesariamente a los varones más contumaces en su machismo, que no eran todos, pero sí la mayoría.

En los siglos XVI y gran parte del XVII la monarquía dominante en Europa era la de los Austrias españoles y ello, unido al oro y la plata que venían de las Indias, explica quizá las innovaciones que se estaban produciendo en estos reinos, pero el liderazgo económico, militar y cultural pasó luego a otros reinos como el de Francia y posteriormente a Inglaterra.

El avance en la situación de la mujer pasó así a París, donde en 1673 publicaba François Poullain de la Barre el que puede considerarse como el primer libro feminista de la historia: De l'égalité des deux sexes, discours physique et moral où l'on voit l'importance de se défaire des préjugez.

Se trata de un delicioso librito cartesiano, que empieza explicando lo que son los prejuicios y el "principe de verité", para conducirnos a la conclusión de que el trato desigual que sufren las mujeres no tiene un fundamento natural, sino que procede de un prejuicio cultural.

Este buen cura, primero católico y luego calvinista, merecería mayor atención en la historia cultural de Europa solo por este librito. Y no fue el único que publicó.

5

**Madame de Pompadour**

El liderazgo militar, económico y cultural de los dominios regidos por los Habsburgo “españoles”, empezó su declive, como hemos dicho, a mediados del siglo XVII, cediendo la vanguardia de los usos sociales y las ideas más igualitarias sobre la mujer a otros reinos, especialmente Francia.

En este país, a finales de ese siglo, en medio de una etapa de prosperidad económica, comenzó el interesante fenómeno de los “salones”, sobre todo parisinos, organizados generalmente por mujeres y que convocaban a la crema de la intelectualidad: madame du Deffand, madame. Lambert, Claudine Guérin de Tencin, Marie-Thérèse Geoffrin y otras más recurrían a un philosophe o a un maître à penser que daba lustre y esplendor a su salón para atraer a los invitados más codiciados.

Este liderazgo ideológico y cultural de la corte francesa es lo que me ha movido a elegir a madame de Pompadour como representante femenina de una época, que resumo a continuación a grandes rasgos con ayuda de la Wikipedia francesa.

Jeanne-Antoinette Poisson (“pescado”), futura marquesa de Pompadour, nació en París en 1721. Su padre pertenecía a una familia de tejedores y su madre era de una familia con mayores pretensiones. Debido a deudas contraídas, su padre tuvo que huir a Alemania, dejando a su hija Jeanne-Antoinette, de solo seis años, interna en un convento de ursulinas.

Tres años después, su madre la sacó del colegio y se ocupó de darle una educación esmerada, que incluía la asistencia a un salón de una amiga suya.

Además de ocuparse de la educación de su hija, su madre, que era más bien promiscua y casquivana, mantuvo una relación estable con un señor muy pudiente, del que incluso se llegó a decir que era en realidad el padre natural de Jeanne-Antoinette.

Se cuenta que a los nueve años la solícita madre la llevó a una vidente, que le dijo que “vous serez la maîtresse du roi”. La anécdota no debe ser totalmente inventada, porque cuando falleció prematuramente, la joven de Pompadour dejó un legado de 600 libras anuales a una vidente parisina.

Cuando la joven tenía 20 años, el amante de su madre y tutor legal la dio en matrimonio a su sobrino y heredero, Charles-Guillaume Le Normant d´Étiolles, 4 años mayor que ella.

El primer hijo de la pareja nació en 1741, pero murió antes de cumplir el año y en 1744 nació su hija Alexandrine. Gracias a su belleza y su atractivo, pronto se hizo famosa en los salones ilustrados y mundanos que bullían por la ciudad, y de esta manera acabaría coincidiendo con Louis XV.

En 1745, en efecto, se celebraron unas fiestas para celebrar las bodas del delfín con María Teresa de España, a cuyo baile de máscaras acude la hermosa Jeanne-Antoinette disfrazada de Diana cazadora; unos días después acude a otro baile de máscaras en el que también participaba Louis XV y, como el roce hace el cariño, el rey la acaba instalando en Versalles en un dormitorio encima del suyo, al que se accedía por una escalera secreta.

Apenas tres meses después, el rey la nombraba marquesa y ella obtenía el divorcio legal de su marido. Antes de su presentación oficial como la nueva favorita del rey, la princesa Conti aceptó ser su madrina a cambio de la condonación de sus deudas; de esta forma, con solo 23 años, la joven de Pompadour reunía ya todos los requisitos para formar parte de la corte. Para pulir sus maneras y completar su educación se le adjudicaron dos maîtres de conduite, Charles-Antoine de Gontant-Biron y el abate de Bernis.

Intentó ganarse a los varios círculos que rodeaban a su majestad, pero la familia real la odiaba, el delfín la llamaba “mamá puta” y los medios conservadores más católicos y aristocráticos no llegaron a aceptarla nunca.

El rey, en cambio, debía de estar muy enamorado de ella, a juzgar por el suntuoso château y las extensas fincas que le regaló en Versalles, y ella, a su vez, iba ganando una influencia política tal

que podía inducir el cese de algún ministro que no fuese de su agrado.

Empezaron a aparecer panfletos, llamados poissonades (¿pescadeces?), en alusión a su apellido, criticándola más por su origen plebeyo que por su conducta amorosa.

Siguió acumulando durante casi 20 años patrimonio, poder y favores reales, a pesar de que dejó en algún momento de mantener relaciones sexuales con el rey, cansada quizá de los abortos obligados para no tener que traer bastardos al mundo. Ello no le impidió, sin embargo, seguir eligiéndole hermosas jovencitas al rey, para saciar su ostensible rijosidad, pero siempre bajo su control.

Tras la muerte de su padre y de su pequeña y querida hija Alexandrine, cansada ya de las intrigas y de "las esperanzas cortesanas, que prisiones son do el ambicioso muere y donde al más astuto nacen canas", contrajo una tuberculosis en 1764, en Versalles y murió a los 43 años.

Su labor cultural y su mecenazgo habían sido considerables: apoyó a Voltaire y consiguió su reconciliación con el rey, que lo nombró historiógrafo y miembro de la Academia; favoreció la publicación de los dos primeros volúmenes de L'Encyclopédie de Diderot y D'Alembert, que contaban con poderosos enemigos en la Iglesia y la Corte; defendió a Montesquieu de sus críticos, tras la aparición del De l'esprit des lois que el papa acabaría incluyendo, sin embargo, en el "Índice de libros prohibidos".

El hecho de que en sus retratos aparezca con un libro en las manos no es pues una pose: era una verdadera "latiniparla" de vocación.

Su influencia en las bellas artes fue asimismo destacada y de su exquisita gourmandise existe también abundante documentación, concretamente de su afición al champán, cuyas primeras copas habrían sido hechas, según cuentan, tomando como molde y modelo uno de sus pechos.

Aunque había ilustres pensadores que la respetaban, sin embargo, esto no supone que en aquella época se hubiese impuesto ya la obviedad de que las mujeres podían tener educación y cultura

superiores y desempeñar funciones de relevancia social: Rousseau, por ejemplo, en su Émile ou de l'éducation sigue emperrado en que " [...] toda la educación de las mujeres debe hacerse en relación con los hombres. Agradarlos, serles útiles, hacerse querer por ellos, educarlos de jóvenes, cuidarlos de mayores, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce, esos son los deberes de las mujeres de todos los tiempos y lo que debe enseñárseles desde la infancia"[23]. Este texto rousseauniano me parece antológico porque formula con la precisión y la claridad tan de aquella época los ideales del machismo moderno: Hoy podría figurar, tal cual, en el programa electoral de cualquier partido conservador o de cualquier carta de un obispo a sus descarriadas ovejas.

En cualquier caso, no hay en la personalidad de Pompadour el menor atisbo de que ella cuestionase la cultura machista dominante, de la que supo sacar pingües beneficios que, probablemente, le compensaban de sus sinsabores.

Así las cosas, era, pues, previsible que la Revolución francesa de 1789 no supusiera prácticamente ningún avance en la situación de las mujeres. Tengo para mí que la imagen que mejor describe el papel de las mujeres en los turbulentos hechos revolucionarios es el de las tricoteuses, aquellas señoras que se sentaban en primera fila del público para ver cómo rodaban las cabezas de los guillotinados, mientras calcetaban para vestir a sus hijos y maridos.

Su función en la sociedad era esa y solo esa, porque la condición femenina se caracterizaría por la debilidad, la ternura, la fragilidad nerviosa (nerfs fragiles), la inferioridad intelectual y, en esas condiciones, no se podía pensar en concederles el voto u otorgarles protagonismo político.

Un varón tan aparentemente "filógino" como Diderot explicaba resignado en su ensayo Sur les Femmes que "la belleza femenina y la celebración del sentimiento amorosos no son más que el envés de la reclusión de la mujer en su inferioridad física".

Así las cosas, no es nada extraño que madame Roland, que había tenido a Robespierre como invitado frecuente en su prestigioso salón, que había abrazado la Revolución con entusiasmo y que acabó guillotinada durante los meses del terror, hubiese escrito en

una de sus cartas: “En realidad, estoy bien contrariada (“ennuyée”) de ser mujer: me hacía falta otra alma, u otro sexo, u otro siglo. Debí haber nacido espartana o romana o, por lo menos, varón francés”.

En otros reinos, el cuadro era igual de confuso o de contradictorio que el de Francia: existían mujeres que ya publicaban libros claramente feministas, como Mary Wollstonecraft en Inglaterra, u hombres que mantenían planteamientos muy similares a los de ellas, como Benito Feijoo en España, pero eran apenas unas islas tímidamente emergentes en un océano de machismo y prejuicios.

Mary Wollstonecraft (1759-1797) era más censurada en su tiempo por su vida “licenciosa” que por sus escritos, a pesar de que hoy no nos resulta ni reprobable ni chocante que una mujer haya tenido un par de parejas previas a su único matrimonio; lo que hoy nos sorprende, en cambio, es su libro A vindication of the Rights of Women (1792), que la convierte en la primera feminista de la historia.

La tesis del libro es simple: las mujeres no son inferiores a los hombres, lo que ocurre es que no reciben educación y por ello parecen necias, en lo que coincidía con el padre Feijoo, quien rechazaba que la mujer fuese animal imperfecto y vaso de inmundicia, mientras que el hombre fuera un animal perfecto y limpio, precisamente por la misma razón.

Su Discurso XVI del tomo primero del Teatro Crítico (1726-1740) tiene un comienzo antológico que habría hecho las delicias de Mary Wollstonecraft de haberlo conocido: “En grave empeño me pongo. No es ya solo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender a todas las mujeres viene a ser lo mismo que ofender a casi todos los hombres: pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexo con desestimación del otro. A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones. Pero donde más fuerza hace, es en la limitación de sus entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas con alguna brevedad sobre otros capítulos, discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género de ciencias, y conocimientos sublimes”.

Repito, tanto la madre de Mary Shelley, creadora de Fankenstein, como el buen fraile benito son solo islas emergentes en un mar de ignorancia y fanatismo, en el que todavía se seguía persiguiendo a las “brujas”.

A Feijoo lo apoyaban su hermano de orden, Martín Sarmiento, y algunos autores más como Ricardo Basco y Flancas con su temprano Apoyo a la defensa de las mujeres, ya de 1727, entre otros, que acabarían resultando sospechosos para la Inquisición[24].

Sin embargo, abundaban más los detractores de Feijoo, como un tal Laurencio Manco de Olivares, aparentemente un seudónimo, que hizo pública una Contradefensa crítica a favor de los hombres en la que dice: “Hablando a este intento una discreta pluma dijo que las mujeres eran hechas para estar en casa, y no vagueando; que el andar por las calles mueve, tal vez, al que las ve, si son feas, a desprecio; si son hermosas, a concupiscencia […]. Verdaderamente las mujeres hoy solo son salsa del gusto, pollas comederas, rabanitos de mayo y perros de falda. Todas gustan de ser mozas, y no parecer talludas; y el llamarlas mozas o niñas es tañerles una almendrada”.

No me negará usted, estupefacta lectora, que este es un excelente texto para recitar en las manifestaciones del 8 de marzo, cuando las mujeres, hechas para estar en casa, salen a la calle a seguir vagueando, sin miedo a provocar desprecio o concupiscencia.

Este buen señor no pretende solo moralizar, porque termina su discurso con un “que a mí solo me basta acordarme que nací de mujeres para aborrecer la vida”, lo que es algo más que uno de tantos alegatos machistas; es un genuino odio de especie, o sea, un caso acrisolado de misoginia.

Existen otros inflamados defensores de la varonía supuestamente asediada, como Juan Antonio Santarelli, que escribió en 1727 un Estrado crítico en defensa de las mujeres, en el que pone al bueno de Feijoo como no digan dueñas por haber actuado como la víbora o el alacrán, que matan deleitando.

Emilio Palacios nos ofrece en su citado trabajo una cosecha muy abundante de autores machistas del siglo, pero no creo necesario aportar más testimonios al respecto; recurran a él quienes deseen

más testimonios del ingenio machista dieciochesco.

Tampoco voy a detenerme en otros autores, mucho más ponderados e ilustrados, que criticaban tanto a los hombres como a las mujeres frívolas, “preocupadas solo de chocolates, aseos, modas y reglas de conservar la belleza, paseos, bailes, siestas, teatros, juegos, y no atender sus verdaderas obligaciones”.

Nunca debemos perder de vista, en todo caso, que todo este barullo se producía en el seno de la clase dominante y en círculos de la corte o de otras ciudades del reino; las mujeres campesinas y de la clase trabajadora estaban a lo que estaban y padecían otras formas de machismo, sin duda menos pedante, pero probablemente más doloroso y más eficaz.

6

**Marianne**

El padre Juan de Mariana fue un influyente jesuita de la primera época de la Compañía de Jesús, conocido sobre todo por una voluminosa Historia general de España (Toledo, 1601), obra de referencia en la materia hasta que Modesto Lafuente publicó su propia Historia General de España (1850-1867), ya en pleno fervor nacionalista decimonónico.

Aquí nos interesa más, sin embargo, por sus ideas, muy extendidas en la universidad de Salamanca de los siglos XVI y XVII, sobre la legitimidad del tiranicidio.

Su libro De rege et regis institutione (1598) sostenía, en efecto, que el rey no tenía un poder absoluto, sino que estaba sujeto a la ley natural que reconocía unos derechos a todas las personas, lo que justificaba moralmente el tiranicidio, en circunstancias singulares y siempre como expresión de la voluntad popular.

Este libro fue bien recibido por el rey Felipe III de España, que creía ser un rey como Dios manda, es decir, algo así como un padre del pueblo, pero fue muy mal recibido en Francia, donde Mariana había sido profesor en la Sorbona entre 1569 y 1574, y donde había dejado discípulos y seguidores.

No se olvide que diez años antes, en Francia, Enrique III había sido asesinado por un fanático dominico y años después, en 1610, lo sería también Enrique IV, lo que desató una campaña contra los jesuitas por su supuesta responsabilidad intelectual en los regicidios.

No es, pues, nada extraño que el libro de Mariana, tan bien recibido en la corte española, fuese quemado en París en una plaza pública por orden del Parlamento y que el nombre de este odiado jesuita, con la fonética francesa de “Marianne” se convirtiese en un término despectivo para quienes defendían unas políticas y un Gobierno —es decir, una “república”— basados en el respeto a unos supuestos derechos naturales.

Cuando empezó a desencadenarse el proceso revolucionario que acabaría eclosionando en la Revolución francesa, los nobles, eclesiásticos y demás partidarios del Antiguo Régimen empezaron a tildar de mariannistes a quienes se oponían a la monarquía de derecho divino y trataban de sustituirla por un sistema basado en derechos universales. Estos "marianistas" aceptaron el insulto como un honor y empezaron a reivindicar la figura de Marianne como una joven hermosa, maternal, nutricia y generosa.

Florence Gauthier, profesora de historia de la Revolución francesa en la Universidad de París VII, es autora de esta explicación etimológica que, personalmente, me resulta más verosímil que otras que circulan por ahí, algo chovinistas e incluso un poco paletas y, en todo caso, menos defendibles desde el punto de vista de una lexicografía seria[25].

Es bien sabido que en Francia no se impuso ya de manera definitiva la república como forma de Estado desde la Revolución, sino que a lo largo del siglo XIX se fueron sucediendo períodos republicanos y restauraciones monárquicas, a veces muy reaccionarias, con duros enfrentamientos entre monárquicos y republicanos; incluso la Primera República (1792-1804) sufrió un 18 Brumario que la convirtió en un directorio de cónsules que desembocaría en el bonapartismo; la Segunda República (1848-1852) surgió tras una nueva revolución y duró poco, y solo la tercera afianzó al nuevo régimen, desterrando definitivamente a los pretendientes al trono de Francia a las páginas de la prensa del corazón, donde aún siguen residiendo.

Pues bien, en estos vaivenes y tiras y aflojas se fue conformando y consolidando el símbolo de Marianne y así, en los años más represivos de la contrarrevolución, para no mencionar la peligrosa palabra república, se decía simplemente "Marianne", ya convertida en el icono de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

El aspecto y el modelo físico en el que se basaba el personaje femenino evolucionó también, desde una recatada y respetable joven a una más jacarandosa y escotada, que acabaría imponiéndose tras el affaire Dreyfus, a finales del siglo XIX, en plena Tercera República.

Durante el siglo XX, este icono habría de ser representado por bustos de famosas y hermosas actrices como Brigitte Bardot, Catherine Deneuve y, ya en este siglo, Laetitia Casta, entre otras.

No crea usted, sin embargo, que la evolución de esta figura femenina y su triunfo definitivo a finales del siglo antepasado corrió en paralelo con una menor discriminación de las mujeres y una mayor paridad entre ellas y los varones; no, en absoluto: el voto universal, pero solo masculino, no se implantó en Francia hasta después de la revolución de 1848, en la Segunda República. Las mujeres, por lo tanto, seguían asistiendo a la revolución burguesa, al sindicalismo, al anarquismo y al socialismo como meras espectadoras de la historia, más o menos como sus abuelas tricotosas, apenas toleradas o admitidas al sangriento espectáculo de la guillotina.

Lo único que había cambiado para ellas con el nuevo siglo era que ya no se las consideraba lujuriosas, astutas y tentadoras de los inocentes varones porque, por fin, resultaba obvio que el comportamiento sexual promiscuo y perentorio era más característico de los varones: quienes acudían a los prostíbulos, acosaban por la calle o incluso violaban eran hombres, no mujeres.

Cuando los teorizadores y practicantes del machismo y la misoginia se quedaron sin ese axioma secular de que las mujeres eran unas zorras redomadas y lúbricas, recondujeron su táctica de dominio de género tratando de reducirlas al espacio doméstico como almas de la familia, abnegadas amas de casa que, siendo incluso analfabetas, eran capaces de parir, educar y sacar adelante a una familia porque sabían administrar las economías domésticas, sabían cocinar, coser, calcetar o, en su caso, dirigir el servicio doméstico con ejemplar maestría: “Un año hace que visitando el excelentísimo señor don José de Zaragoza las escuelas de esta Corte, halló una sin mesas; preguntó a la profesora dónde escribían las niñas, y contestó que en ninguna parte, pues era cosa que no la necesitaban por serles más perjudicial que útil” (Caballé: 217).

¿Para qué iban a necesitar ellas saber escribir, el voto o una educación superior? Para eso estaban los varones que se veían obligados, los pobres, a salir al peligroso mundo exterior a buscarse la vida, mientras ellas se quedaban al calor del hogar, cantándoles

dulces nanas a los niños. En el fondo eran unas afortunadas y tenían que estar satisfechas con la responsabilidad que Dios les había dado, como el pilar más firme del mantenimiento de la paz social y puerto seguro de un mar embravecido de olas anarquistas, sindicalistas, liberales o socialistas.

La Iglesia adoptó con entusiasmo este nuevo relato machista y se olvidó de que hasta no hacía mucho tiempo había perseguido a muchas por brujas, algo que en el siglo XIX ya hubiera estado bastante mal visto y probablemente habría sido considerado incluso de mal gusto.

Como había ocurrido siempre a lo largo de la historia, este nuevo rol social que los varones habían asignado a las mujeres no contaba con ellas.

Las mujeres, en efecto, casi nunca habían cuestionado hasta ahora el papel que les habían asignado, pero ya en este siglo, tras varias revoluciones, un sorprendente desarrollo científico, una renovación ideológica, el surgimiento de una prensa más o menos crítica, la creciente industrialización y el enriquecimiento de la burguesía, empezaron a cuestionar la jaula de oro que se les asignaba sin haberlas consultado.

Recordemos por un momento a dos coruñesas del siglo, que anunciaban ya cambios en la situación de la mujer: Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán.

La primera (1820-1893) tuvo que cortarse el pelo y disfrazarse de varón para poder asistir clandestinamente a la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid; acabaría siendo descubierta, conducida ante el rector quien, tras un exigente examen de idoneidad que no se había hecho a sus compañeros varones, le permitió seguir los cursos. Aun así, tuvo que someterse a un ridículo y humillante trato que la obligaba a estar recluida en una habitación durante las pausas entre clases y a ser acompañada siempre por un bedel… ¿para no ser violada en un pasillo?

Recordemos también unas breves frases de la extensa obra de esta pionera: “Es un error grave y de los más perjudiciales inculcar a la mujer que su misión única es la de esposa y madre”, cosa que, por

lo demás, no le sorprendía mucho porque pensaba que los varones "tienen inclinaciones de sultán, reminiscencias de salvaje y pretensiones de sacerdote".

Obvia y afortunadanmente doña Concha nunca aceptó que las mujeres no tuvieran educación superior y, una vez obtenido su título de abogada, desarrolló una actividad brillantísima y bien conocida de ensayista y reformadora política. Presentada en su día como candidata a la Real Academia Española por su paisana Pardo Bazán, la Academia rechazó aceptarla entre sus miembros. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

La segunda, algo más joven (1851-1921), no llegó a estudiar en la universidad, vetada a las mujeres, pero se labró una excelente educación políglota en colegios extranjeros y con preceptores privados porque su familia, noble y adinerada, podía permitírselo.

De la obra extensísima de doña Emilia voy a entresacar un par de reflexiones: "Los anales de la criminalidad abundan en mujericidios impunes muchas veces por razones especiosas, mejor dicho, por sofismas que sirven para alentar el crimen. ¿No ven ustedes cómo prosiguen los asesinatos de mujeres?". Hoy los llamamos feminicidios en lugar de mujericidios, término que ella introdujo, pero ¿no resulta de absoluta actualidad su reflexión? Igual de actual resulta esta otra: "Ellas eran mujeres, seres humanos, que transitan por una calle y que tienen pleno, absoluto derecho a no ser molestados, a cruzar como los demás transeúntes, libremente y tranquilamente. La barbarie primitiva, intacta en lo que se refiere a la mujer, es la única causa de ese acosón feroz, inhumano, que todos los diarios reprueban en términos de energía; pero ninguno se da cuenta del origen de semejante fenómeno, del espíritu general a que responde". Tampoco hoy nos resultan ajenos los "acosones" que indignaban a doña Emilia.

Tres veces fue rechazada esta condesa como miembro de la Real Academia Española (por cierto, la Real Academia Gallega sí la admitió) y a pesar de su inmensa obra, en la que destaca Los pazos de Ulloa, escrita, cómo no, en su pazo de Meirás, la sociedad de su época hablaba más de sus adulterios y amantes que de su creación intelectual.

Recomiendo encarecidamente que lean las vidas de estas dos pioneras, aunque solo sea sus biografías en Wikipedia, porque se trata de dos figuras extraordinarias de nuestra cultura y no suficientemente reconocidas.

Aunque las mujeres tenían vetado el acceso a la enseñanza superior, no crean que en la enseñanza elemental gozaban de condiciones de igualdad. Veamos cómo estaban las cosas.

En la Gaceta de Madrid del jueves 10 de septiembre de 1857 leemos que "doña Isabel II, por la gracia de Dios y la Constitución de la Monarquía Reina de las Españas: á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: que, en uso de la autorización concedida al Gobierno por la ley de 17 de julio de este año, he venido en resolver, conformándome con el parecer de mi Consejo de Ministros, que rija desde su publicación en la Península e Islas adyacentes, la siguiente LEY DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA".

Perdonen que no haya podido resistirme a copiar del BOE de entonces el comienzo de la "ley Moyano" porque es la misma ley que seguía rigiendo la enseñanza en mi época, y aun después, hasta la Ley General de Educación de 1970, apenas con algunos retoques sucesivos.

Pues bien, el artículo 5 de esta ley Moyano decía: "En las enseñanzas elemental y superior de las niñas se omitirán los estudios de que tratan el párrafo sexto del artículo 2 y los párrafos primero y tercero del artículo 47 [Agricultura, Industria, Comercio, Geometría, Dibujo lineal, Agrimensura, Historia y Geografía], reemplazándose con: Primero: Labores propias del sexo; Segundo: Elementos de dibujo aplicado a las mismas labores; Tercero: Ligeras nociones de Higiene doméstica".

En verdad era justo y necesario que si, como vemos, las maestras tenían una carga docente más liviana que los maestros, cobrasen también menos, porque lo contrario sería inicuo con los pobres maestros y, obviamente, la ley Moyano previó y corrigió tal desafuero en su artículo 194: "Las Maestras tendrán de dotación respectivamente una tercera parte menos de los señalados a los Maestros".

La injusticia es particularmente hiriente porque en el siglo XIX surgió un hecho novedoso que no ha dejado de crecer desde entonces: las voraces lectoras de libros. El éxito que tuvieron escritoras como Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) o Pardo Bazán, entre otras muchas, no habría sido posible sin un porcentaje muy elevado de lectoras de sus obras.

Quizá la lectora decimonónica más famosa sea la madame Bovary de Flaubert, que tenía la cabeza llena de fantasías debido a sus lecturas, pero si ponemos el foco en la literatura española, Ana Ozores, protagonista de La Regenta, podría ser el arquetipo característico de la lectora del siglo XIX y, en cuanto a obras, el Diario de un testigo de la guerra de Pedro Antonio de Alarcón, publicado primero como un folletón de El Museo Universal y luego, en 1859, por la editorial Gaspar y Roig; todavía mis tías abuelas, e incluso mi madre, hablaban de este libro como inolvidable lectura de su juventud.

Se conoce que esta guerra de África tuvo que ser muy popular entre las mujeres de España, como nos hace sospechar la canción: “En el barranco del Lobo / hay una fuente que mana / sangre de los españoles / que murieron por la Patria. / Pobrecitas madres, cuanto llorarán / al ver a sus hijos que a la guerra van. / Ni se lava ni se peina / Ni se pone la mantilla / Hasta que venga su novio / De la guerra de Melilla…”.

Para muchos varones, en cambio, estas escribidoras, de vida frecuentemente disoluta, eran una desgracia a combatir. Es el caso de don Marcelino Menéndez y Pelayo que vetó, con su contumacia “ortodoxa”, la presencia de cada una de estas tres eminentes intelectuales del siglo en la Real Academia Española.

Por otra parte, hay que reconocer que no solo la ley Moyano estuvo vigente, con retoques, hasta 1970; la ideología y cultura subyacentes también siguieron vivas en la mayor parte del pasado siglo. Recuerdo, al respecto, al catedrático de latín del entonces único instituto femenino de Santiago, el instituto Rosalía de Castro, cuyo nombre omito por pudor, y en el que estudiaron mis hermanas, que les repetía frecuentemente a sus alumnas bachilleras que, cuando él se muriese y fuese al cielo, buscaría al responsable de que las niñas estudiasen latín en el bachillerato, y que lo correría

a collejas por aquellos edénicos parajes. Esta ocurrencia le debía resultar muy ingeniosa porque la repetía curso tras curso, pero a sus alumnas maldita la gracia que les hacía. Comentarios todavía más ofensivos y machistas solía repetir Gerardo Diego en sus clases del instituto Beatriz Galindo de Madrid, entonces solo femenino.

Hoy, cuando en varias facultades universitarias son mayoría las alumnas y cuando se han feminizado muchas carreras y otros puestos de relevancia social, ese tipo de comentarios han envejecido tanto que resultan particularmente decimonónicos.

Las mujeres del XIX, por otra parte, no solo se habían hecho lectoras, sino también consumidoras de libros y revistas ilustradas. A lo largo del siglo aparecieron decenas de publicaciones de y para mujeres, la mayoría de ellas de orientación conservadora y escritas con un estilo que hoy resulta insufriblemente ñoño, como es el caso de la multitud de manuales de educación y urbanidad para señoritas, de cuyo número y variedad podemos deducir que existía un público consumidor.

Pierre Louÿs (1870-1925), un escritor del género erótico o "porno blando", había publicado en 1894 una meritoria Les chansons de Bilitis, erótico cancionero seudosáfico que casi da el pego de ser una obra antigua; yo mismo dudé de su autenticidad, cuando lo leí en mis años de estudiante de Filología Clásica. Pues bien, ante la abundancia de manuales de urbanidad para jovencitas, este autor publicó, ya a principios del siglo pasado, un Manuel de civilité pour les petites filles à l´usage des maisons d´éducation que contiene una serie de divertidas obscenidades para burlarse de las ñoñerías en curso. Hoy en día su lectura es apta casi para cualquier jeune fille, pero entonces resultaba escandaloso. Juzguen ustedes a partir de esta pequeña muestra:

En la mesa

No meta y saque de su boca un espárrago mientras mira lánguidamente al joven que quiere seducir.

No coja dos mandarinas a fin de añadirle unos cojones al plátano.

En clase

Si le dicen que el hombre se distingue del mono en que aquel no tiene rabo, no afirme que sí tiene.

En el baile

Si disfruta danzando, dígalo bajito. No lo grite.

Una niña bien educada no orina en el piano.

De visita

No pregunte a una actriz dónde pasó sus años de prostíbulo. Infórmese por sus amigas.

En la iglesia

“Quienes conozcan algún impedimento para que este matrimonio sea celebrado, que hablen ahora o callen para siempre”, dice el sacerdote. Pero solo es una fórmula. No se levante para revelar confidencias.

Durante la catequesis, si el joven sacerdote le pregunta qué es la lujuria, no le conteste entre risas: “Lo sabemos mejor que usted”.

En el teatro

Si ve que una bailarina tiene el cabello rubio y las axilas negras, no pregunte el motivo a gritos.

En la playa

En el agua, no pida a los presentes permiso para hacer pipí. Hágalo sin autorización.

Si escribe obscenidades en los tabiques de la cabina, no las firme con el nombre de la señora que la precedió.

Deberes para con su padre

Si su señor padre, enfurecido, le dice: “¡No eres mi hija!” No le responda entre carcajadas: “¡Hace mucho que lo sabía!”.

Sospecho con bastante fundamento que este autor era conocido de Pardo Bazán y de otras escritoras de la época y, por ello, resultan particularmente extemporáneas, e incluso patéticas, las opiniones de no pocos varones ilustres de entonces.

Recurro de nuevo a testimonios reunidos en la esmerada selección de Anna Caballé, en este caso el Informe Quintana:

La Junta entiende que, al contrario de la instrucción de los hombres, que conviene sea pública, la de las mujeres debe ser privada y doméstica; que su enseñanza tiene más relaciones con la educación que con la instrucción propiamente dicha; y que para determinar bases respecto de ella era necesario recurrir al examen y combinación de diferentes principios políticos y morales, y descender después a la consideración de intereses y respetos privados y de la familia.

La verdad es que este texto merece respeto, a pesar de su crudo sexismo, por el año de publicación (1813) y por sus circunstancias: recién promulgada la primera Constitución española de 1812 (la Pepa), los constituyentes consideraron necesario afrontar la

elaboración de una ley general de instrucción pública y encargaron un informe a los miembros de la comisión de educación, que sería conocido como Informe Quintana. Este documento se convertiría en la base teórica de cualquier reforma educativa y, de hecho, fue muy tenido en cuenta para la redacción de la ley Moyano; sus planteamientos, por lo tanto, siguieron vigentes mucho más tiempo del que habían pensado sus autores, como la educación separada de niñas y niños, que en no pocos centros españoles ha seguido vigente hasta hoy.

Llama la atención, en cualquier caso, con qué seguridad y aplomo han venido pontificando siempre los varones lo que conviene o no conviene a la mujer: "Esta brevísima idea de la organización de la mujer resuelve la controversia sobre cual debe ser su educación y su destino: el Estado y el padre de familia no tienen más que seguir las indicaciones de la naturaleza: así pues no deben empeñarse en ejercitar sus fuerzas ni en cultivar mucho su entendimiento […].Jamás pierda el sentimiento del pudor y del recogimiento, ni se despierten en ella peligrosas pasiones"[26].

Es conocida la idea expuesta por Marx y Engels en La ideología alemana (1845-1946) de que "las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época; o, dicho de otro modo, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante". Pues bien, esto ocurre también con el género de los varones, cuya ideología ha sido secularmente la dominante en la sociedad, de modo que muchas mujeres han mantenido y siguen manteniendo opiniones contrarias a su género, y a los condicionamientos de su sexo, porque son minoritarias o anómalas socialmente. Así, no es difícil encontrar testimonios de inconsciente e inocente machismo entre muchas opinadoras e intelectuales del género femenino: "La instrucción de la mujer debe estar reducida únicamente a sentir, amar a su esposo y a sus hijos y a saber educar a sus hijas para que sean lo que ellas deben ser: buenas esposas y buenas madres"[27].

Es curioso que precisamente Pilar Sinués no respondiera exactamente al modelo que predicaba, porque ella no tuvo hijos, se separó de su marido, se fue a París a trabajar de corresponsal de prensa y publicó una obra variada, extensa y muy apreciada en su

tiempo. Cuando conoció a su marido ya tenía una reconocida obra publicada y, por lo tanto, ¿cómo pudo escribir aquello de que "es una verdad innegable que la mujer recibe su segunda educación de su esposo. Una joven de 18 años no puede tener, al casarse, ideas fijas, ni aun formado su carácter, y muchas mujeres que se enlazan de treinta, lo tienen tan pueril como una niña de dieciséis. De mí sé decir que mi carácter era tan indeciso, cuando me reuní con mi esposo, que no merecía siquiera el nombre de tal. La acertada dirección del hombre, a quien uní mi destino, el conocimiento de mis deberes y el amor que le profeso han cambiado totalmente mis ideas y han obrado en mí una reacción completa". Pues bien, por lo que sabemos de su vida, las cosas no fueron exactamente así y, como no tenemos derecho ni pruebas para decir que cuando escribía eso estaba mintiendo, o que era una cínica redomada, solo podemos postular que estaba alienada, es decir, que sentía y opinaba en contra de sus intereses debido a una ideología impuesta y extraña a ella misma.

Esta alienación, como pueden imaginarse, abundaba en el siglo: "¡Ah!, no seré yo la que clame por la emancipación de la mujer; no seré yo quien apoye con mi pluma la independencia del sexo, por la que abogan algunas ilusas soñadoras sin fe y sin creencias. El matrimonio es el árbol sagrado que nos cobija; bendito sea su amoroso yugo, que nos da la dicha; bendita sea la autoridad marital, que protege y ampara nuestra débil naturaleza, nuestra inexperta juventud. El someterse al imperio del marido no degrada, no rebaja ni abate el orgullo rni las atribuciones de la mujer, antes es una gloria"[28].

Tampoco doña Faustina era una pobrecita ignorante, sin educación ni cultura: tuvo una vida pública muy intensa, participó muy activamente del movimiento abolicionista en contra de la permanencia de la esclavitud en Cuba y era una firme partidaria del "feminismo de la diferencia", que propugnaba exclusivamente una mayor educación de la mujer y rechazaba la emancipación femenina y la igualdad de derechos entre hombres y mujeres; precisamente por eso choca que siguiese defendiendo a machamartillo que "las mujeres, en sabiendo poner un puchero y coser una camisa, no necesitan más:esas cosas de libros y músicas quedan para las petimetras de Madrid, que gastan su capital en esas

fruslerías”[29]. Espero que no le dijese estas cosas a su hija Gloria, una compositora y pintora muy reconocida a lo largo de su vida.

Lo malo es que sobre esta ideología dominante se elaboraban las leyes y así, el Código Penal de 1870 podía prescribir lo siguiente (artículo 438): “El marido que, sorprendiendo en adulterio a su mujer, matare en el acto a esta o al adúltero, o les causare lesiones graves, será castigado con la pena de destierro. Si les causare lesiones de otra clase, quedará exento de pena. Estas reglas son aplicables en iguales circunstancias a los padres respecto a las hijas menores de veintitrés años y sus corruptores, mientras aquellas vivieren en la casa paterna”, o sea, “mujericidio” con cobertura legal. Quizá convenga recordar a las lectoras y lectores que el adulterio siguió siendo delito en España hasta 1978, anteayer, como quien dice.

Para terminar esta breve muestra, que he seleccionado de la mucho más completa de Anna Caballé, voy a reproducir un fragmento de una ponencia a un congreso internacional de pedagogía, de 1892, de Ana María Zoilo de Zaldívar, que dedico a esposa, hermanas, cuñadas y otras familiares y amigas que han trabajado o trabajan como docentes: “Estoy conforme con que la mujer ocupe un lugar importantísimo y necesario en la enseñanza primaria y Escuelas Normales de Maestras; pero encuentro que no debe ocupar la cátedra de un Instituto ni la de una Universidad, por no reconocer en la mujer cualidades bien apropiadas de carácter que la lleven a poder dirigir un aula de hombres o de jóvenes, ni creo que, dadas nuestras costumbres, pueda ser ni hoy ni mañana practicable en España”.

¡Qué chasco se llevaría doña Ana María Zoilo si le dijeran que, un siglo después, el Congreso y el Senado estarían presididos por mujeres!

## Capítulo 7

**Curie, Pasionaria, Marilyn**

En el título de todos los capítulos anteriores figuran nombres femeninos de personajes, generalmente míticos, que representan o simbolizan las creencias o la cultura dominante del periodo tratado; en este, sin embargo, he preferido recurrir a tres mujeres reales que, cada una a su manera, pueden ser representantes de un sector social del siglo XX.

Mi incapacidad de encontrar un solo nombre femenino que represente a todo el siglo puede deberse o bien a que me falta perspectiva para resumirlo todo con un nombre, o bien a que se trata de un siglo que conocemos tan bien que somos capaces de reconocer varias de las caras de su carácter poliédrico, cosa que no nos ocurre con siglos más alejados de nuestra vida.

Curie representa, para empezar, la demostración evidente de que las mujeres valen también para el conocimiento científico de mayor nivel, tanto como los varones, cuando se dan las condiciones necesarias; a Pasionaria, en segundo lugar, no se le puede negar su liderazgo político, que sobresalió también sobre el de muchos varones del siglo; Marilyn, finalmente, ha sido un símbolo de la belleza, el atractivo sexual y la capacidad de seducción, y su figura y su vida, la más corta de las tres, permanecen como símbolo del cine, que ha sido, quizá, la expresión artística más representativa de la centuria pasada.

Permítanme que me explaye, solo un poco, sobre estas tres grandes mujeres:

El comité Nobel se había dirigido a Henry Becquerel y a Pierre Curie para anunciarles la concesión del premio y Pierre Curie dijo que su mujer Marie (Maria Salomea Skłodowska-Curie, Varsovia, 7 de noviembre de 1867-Passy, 4 de julio de 1934) lo merecía, como mínimo, tanto como él, y así obtuvieron los tres el premio Nobel de Física en 1903. Con los 15.000 dólares del premio, los esposos Curie hicieron un poco de todo, pero la decisión probablemente más útil fue la de comprarse una bañera para la familia.

El pobre Pierre Curie murió atropellado en 1906 y Marie obtuvo su cátedra, siguió adelante con sus investigaciones y la crianza de sus hijas y en 1910 obtendría el Premio Nobel de Química sin la sombra tutelar de su marido. Por cierto, su hija Irene también acabaría obteniendo este galardón.

Dolores Ibárruri Gómez, apodada la Pasionaria (Gallarta, 9 de diciembre de 1895-Madrid, 12 de noviembre de 1989), fue una política española. Destacó como líder durante la Segunda República y en la Guerra Civil. Histórica dirigente del Partido Comunista de España, a su acción política unió la lucha por los derechos de las mujeres para demostrar que "las mujeres, fuesen de la condición que fuesen, eran seres libres para elegir su destino". Tras la Guerra Civil se exilió en Moscú, donde tuvo durante decenios una gran influencia en la Internacional Comunista, como luchadora antifascista y representante más genuina del "no pasarán", ya convertido en un eslogan revolucionario mundial.

Norma Jeane Baker (1926-1962), más conocida por su nombre artístico Marilyn Monroe, tuvo la suerte y la desgracia de ser muy hermosa y extraordinariamente seductora; hija de una divorciada de escasos recursos, cedida en custodia a familiares lejanos y a varias familias adoptivas, fue violada en su temprana adolescencia por uno de los padres adoptivos y por un hermanastro. Estuvo casada en tres ocasiones, la última con el dramaturgo Arthur Miller y parece ser que fue amante ocasional de Robert y de John Kennedy. A los 36 años apareció muerta tras ingerir barbitúricos, aunque existen dudas sobre la causa de su fallecimiento y no está del todo claro quién mató a Norma Jeane, como se preguntaba la canción de Pete Seeger: "Who killed Norma Jean? I, said the City, as a civic duty, I killed Norma Jean". Les confieso que para mí esta mujer ha sido siempre algo así como la heroína de una tragedia griega no escrita, nacida bajo el fatum de seducir y de sufrir por ello hasta la muerte.

El siglo ha sido, hasta ahora, el más mortífero de la historia; comenzó ya con una orgía de sangre, causante de decenas de millones de muertos, la mayor matanza jamás producida hasta la fecha, fruto de nacionalismos desenfrenados y egos enloquecidos. Esta hoy conocida como Primera Guerra mundial tuvo, como otras muchas guerras, algunos efectos positivos y, concretamente, trajo

consigo un innegable progreso para la situación de las mujeres.

Las democracias “unisex” que hasta entonces habían existido, desde la ateniense del siglo V antes de Cristo hasta la norteamericana o la inglesa del XIX, solo reconocían a los varones el derecho al voto. En el cambio de siglo, algunos países (Nueva Zelanda en 1893, Australia en 1902, Finlandia en 1906, Noruega en 1913) empezaron a reconocérselo también a sus ciudadanas y, debido a la necesidad de mano de obra femenina que supliese a la masculina, a la sazón entretenida en una escabechina entre vecinos europeos en las trincheras, este derecho fue conquistado por la fuerza de los movimientos sufragistas, particularmente intensos en Inglaterra y Estados Unidos.

De esta forma, tras el baño de sangre y las decenas de millones de muertos, el derecho a voto femenino se fue imponiendo a un ritmo muy rápido.

Es de rigor recordar aquí a Clara Campoamor, que consiguió el voto para las españolas en 1931 y, en último término, a Mary Wollstonecraft, que se había adelantado más de un siglo vindicando esta obviedad; pero a quien es imperativo mencionar es a la sufragista inglesa, Emmeline Pankhurst (1858-1928), multada, encarcelada y vilipendiada por su lucha, gracias a la que se conseguiría el voto para las inglesas mediante la Representation of the People Act de 1918.

No vaya a pensar usted que los varones cedieron su derecho natural al voto sin oponer una resistencia tenaz, ni mucho menos. Veamos algunos ejemplos.

William T. Sedgwick, prestigioso catedrático del Massachusetts Institute of Technology, advertía en 1914 de los peligros de dejar votar a las mujeres porque ello “significaría una degeneración y una degradación de la fibra humana que haría retroceder las manecillas del tiempo un millar de años. Por ello, nunca sucederá, pues la humanidad (mankind) no abandonará con ligereza los logros conseguidos con esfuerzo ante la llamada de unos pocos fanáticos”.

Apenas cinco años después de que publicara en The New York Times esta advertencia y esta profecía tan bien fundada, el

Congreso aprobó la Enmienda Decimonovena, que garantizaba el voto a las mujeres, y la verdad es que la civilización cristiana ni se derrumbó ni pareció inmutarse.

Este ilustre profesor del MIT, como otros muchos colegas suyos, estaba convencido de que las mujeres no deberían votar porque no habían sido hechas para ello. La teoría dominante entonces sostenía que el esfuerzo mental del voto (?) podía dificultar la salud reproductiva de la mujer. Si la ciencia oficial aseguraba que las mujeres podían llegar a ser infértiles si se veían obligadas a pensar mucho, ningún varón iba a estar dispuesto a que su hija, hermana o esposa acudiese a centros educativos superiores y menos aún a un colegio electoral.

Tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, los académicos y científicos estaban convencidos de que el cerebro de las mujeres no era apto para el voto: “Las mujeres, simplemente tienen cerebros inferiores, lo que las incapacita para los rigores [?] de votar”, decía C. Jorgesen-Earp, catedrático de la universidad de Lynchburg, que se había puesto a estudiar el movimiento sufragista, obviamente de manera objetiva y desapasionada como es de rigor en la ciencia.

Se creía entonces que el cuerpo humano tenía una cantidad finita de energía, por lo que, si las mujeres la gastaban votando, la reducían de su sistema reproductivo y sus ovarios llegarían a atrofiarse.

Lo de votar podría ser, además, particularmente peligroso durante el embarazo: “No debemos olvidar el embarazo y la lactancia, que ejercen una gran presión sobre la vitalidad de la madre —decía el profesor Sedgwick—, por lo que cualquier presión adicional, como las responsabilidades del sufragio, es susceptible de ser dañina para la madre y el niño”.

Les confieso que me emocionan casi hasta las lágrimas este amor, esta empatía y esta caritativa preocupación de muchos varones de la época hacia las mujeres para que no reclamasen el derecho al voto. Es más, les preocupaba muchísimo el efecto pernicioso del voto durante la menstruación, que ya de por sí tanto desestabilizaba a las pobrecitas y concluían con aplomo que el periodo era incompatible con la política.

Para el inmunólogo Almroth Wright tampoco la menopausia las capacitaba para el voto, porque provocaba "desórdenes mentales serios y de larga duración, conectados con la facultad reproductiva de la mujer".

Marina Koren, a quien sigo en esta parte, concluye diciendo que "tener útero parece, pues, una descalificación de por vida"[30], pero este servidor de ustedes, al ser varón, prefiere formularlo de una manera androcéntrica: "lo de votar es, simplemente, una cuestión testicular y, si se hace con excesiva frecuencia, igual provoca una orquitis aguda, vaya usted a saber".

Conviene precisar, en cualquier caso, que cuando las sufragistas norteamericanas escribían en sus pancartas "Votes for Women" querían decir más bien "Votes for White Women", porque una cosa que las encocoraba es que los varones negros hubieran accedido al voto antes que ellas. Su queja era estrictamente contra el sexismo, porque el racismo por aquel tiempo era todavía "natural".

En España, el papel de prestigioso científico que pontifica sobre la incapacidad innata de la mujer para ejercer el derecho de sufragio corrió a cargo del doctor Roberto Nóvoa Santos (1885-1933), que llegó a escribir sólidas monografías científicas al respecto, como La indigencia espiritual del sexo femenino. Las pruebas anatómicas, fisiológicas y psicológicas de la pobreza mental de la mujer: su explicación biológica (1928) y La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos (1929), en las que "demostraba fehacientemente" la inferioridad de la mujer respecto al varón. Otros ilustres colegas suyos, como el doctor Marañón, compartían este discurso, que era a la sazón el que estaba de moda en la ciencia europea, concretamente en la alemana.

Nóvoa había estado becado por la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) en Estrasburgo y se había impregnado del paradigma científico vigente en la Europa del momento que, casi con la única excepción de don Santiago Ramón y Cajal, ya premio Nobel y presidente de la JAE, tenía una opinión científicamente machista sobre el sufragio y sobre todo lo demás.

Curiosamente, en la práctica Nóvoa no era nada machista para la época y, de hecho, tuvo como miembros de su equipo de

investigación a un número elevado de mujeres, entre ellas a las dos hermanas Fernández de la Vega, Jimena y Elisa, tías de la que sería vicepresidenta del Gobierno de Rodríguez Zapatero, María Teresa Fernández de la Vega.

Este brillante médico, comprometido y didáctico, adorado por sus alumnos —entre ellos, mi padre— y por las todavía escasas alumnas, sostenía que "la mujer es toda pasión, todo figura de emoción, es todo sensibilidad; no es, en cambio, reflexión, no es espíritu crítico, no es ponderación".

Aparte de estas serias advertencias "científicas" sobre los peligros del sufragio, imagínense ustedes el nivel del humor gráfico y la prensa popular sobre el asunto: cerebros femeninos llenos de letras inconexas, muñecas, sombreros, bombones, tíos buenos… todo lo que los varones suponían que ocupaba las mentes femeninas. Aunque no conozco ninguna historia de caricaturas periodísticas machistas, humor gráfico, cómics, cartelería publicitaria y otros soportes populares, supongo que debe existir un material tan abundante como indecente, a juzgar por algunos casos aislados y bien conocidos.

Tras la Primera Guerra mundial hubo un periodo de entreguerras que acabó desembocando en las dictaduras fascistas y la soviética, con políticas notablemente diferentes hacia la mujer. En las fascistas, a las mujeres se les exigía que cumpliesen con su deber de madres y engendrasen hijos para la nación. Mussolini puso en marcha medidas que restringían el acceso de las mujeres al mercado laboral y estableció premios para las más prolíficas; en Alemania las mujeres del partido no podían dar órdenes a los hombres y en Francia el vicepresidente del PSF, el Parti Social Français, decía que las feministas eran como levantiscas proletarias: "La cuestión social no se resolverá con la lucha de clases, pero el feminismo nos está llevando a una especie de lucha de clases entre el 'proletariado' femenino y el 'capitalismo' masculino".

El prestigioso politólogo liberal Bertrand de Jouvenel (1903-1987) establecía una relación entre mujeres y hedonismo y entre hedonismo y decadencia y, así, sostenía en 1938 que Europa se había vuelto blanda y femenina por su búsqueda del placer, como si acabara de salir viva de un horrible accidente y necesitase luz, calor

y música. Esta atmósfera femenina de facilidad todo lo corrompía y debilitaba la capacidad de resistencia de los europeos. O sea, les das el voto y van las mujeres y te corrompen y feminizan, de modo que no hay otra salvación que recurrir a partidos masculinos o, mejor, a partidos de verdaderos machos como son los fascistas.

Los Premios Nobel a científicas, como Marie Curie y otras más, no se tenían en cuenta e, incluso, se pasaban por alto; de modo que, para cada nueva científica en ciernes, todo era como empezar desde cero.

Recordemos el caso de Rita Levi Montalcini: turinesa de familia sefardí, su padre se empeñó en que no estudiara para que fuese en el futuro una buena esposa y una buena madre. Rita, viendo precisamente el contraejemplo de su madre, decidió permanecer soltera toda su vida y dedicarse al estudio.

Ya doctora en Medicina, ocurrió que el Manifesto della razza de Mussolini prohibía trabajar a los judíos y ella se montó primero un laboratorio en su propia casa y posteriormente consiguió emigrar a Estados Unidos, en donde pasaría gran parte de su vida activa. En 1986 obtuvo el Premio Nobel de Medicina y cuando volvió a Italia fundó el European Brain Research Institute en el que trabajaban prácticamente solo mujeres, porque es un hecho establecido que las mujeres científicas atraen a jóvenes científicas, ya que, al parecer, los jóvenes investigadores prefieren tener jefes varones.

Soltera vocacional, feminista militante e izquierdista por puro raciocinio porque, según ella, la culpa de las grandes desgracias del ser humano la tiene el hemisferio derecho del cerebro: “Es la parte instintiva […], la menos desarrollada y es la zona a la que apelan los dictadores para que las masas les sigan”. Quizá deberíamos creerla, porque entendía mucho de las dos cosas, del cerebro y de los dictadores.

La versión castiza del fascismo europeo fue el franquismo y su instrumento para la política femenina fue la Sección Femenina (SF) de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas (FET y de las JONS), fundadas en 1934 y disueltas en 1977. Su directora fue Pilar, simplemente, aunque su filiación completa era Pilar Primo de Rivera y Sáenz de Heredia

(1907-1991), hija del primer dictador del siglo, Miguel Primo de Rivera, y hermana del fundador de la Falange, José Antonio; Franco la haría condesa del Castillo de la Mota por su fidelidad a la unificación de todas las derechas. Un decreto ley del Gobierno de Adolfo Suárez la cesó en 1977 como Delegada Nacional de la Sección Femenina, lo que se le notificó a ella personalmente con un simple “gracias, Pilar”.

Pues bien, para que ustedes se hagan una idea de la ideología de la Sección Femenina, lo más eficaz es recurrir a sus propias publicaciones: “Si tu marido te pide prácticas sexuales inusuales, sé obediente y no te quejes; Si él siente la necesidad de dormir, no le presiones o estimules la intimidad; Si sugiere la unión, accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer. Cuando alcance el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar”.

Lo del “pequeño gemido” es realmente antológico; no me extraña que sea el título que eligió Tereixa Fontenla para su reportaje sobre la SF publicado en El País de 10 de mayo de 2009, en el que he encontrado estas perlas. Seguimos: “Gracias a Falange, las mujeres van a ser más limpias, los niños más sanos, los pueblos más alegres y las casas más claras; Todos los días deberíamos dar gracias a Dios por habernos privado a la mayoría de las mujeres del don de la palabra, porque si lo tuviéramos, quién sabe si caeríamos en la vanidad de exhibirlo en las plazas; Las mujeres nunca descubren nada; les falta el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles; La vida de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular —o disimular— no es más que un eterno deseo de encontrar a quien someterse”.

La dictadura soviética tuvo, sin embargo, una política muy diferente a la de los fascismos con respecto a las mujeres, a las que muy pronto veremos en la URSS como médicas, ingenieras, profesoras y activas políticamente.

Su figura más representativa es, evidentemente, Alexandra Kollontai (1872-1952), nacida en San Petersburgo en el seno de una familia bien situada. Su padre era general del ejército zarista y ella se había casado muy joven con un oficial del ejército del que se divorció

pronto para afiliarse al Partido Socialdemócrata de los trabajadores rusos.

En 1910, la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, reunida en Copenhague, a la que asistieron más de un centenar de delegadas de una veintena de países, siguió reclamando el sufragio universal para todas las mujeres y, a propuesta de Clara Zetkin, se eligió por unanimidad el día 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer. Entre las asistentes estaba la crema del feminismo de izquierdas, mujeres como Rosa Luxemburgo, Aleksandra Kolontái o Nadezhda Krúpskaya (mujer de Lenin), entre otras.

A continuación, Kolontái se dedicó activamente a repartir propaganda revolucionaria entre las trabajadoras y recorrió Estados Unidos participando en mítines izquierdistas, en los que propugnaba la no intervención norteamericana en la Primera Guerra mundial. Vuelta a Rusia, defendió la insurrección revolucionaria y el asalto al Palacio de Invierno y, tras la revolución de 1917, fue nombrada comisaria de Bienestar Social en el Gobierno bolchevique; desde ese cargo propuso la práctica del amor libre; la simplificación de trámites para el matrimonio y el divorcio, recién aprobados; la equiparación a todos los efectos de los hijos de soltera con los de niños de familias estándar; beneficios sociales en forma de salarios de maternidad, guarderías y hogares para los niños; y organizó campañas de información para dar a conocer a las mujeres sus derechos recién adquiridos.

Tuvo también una historia de adulterio, por la que casi la ejecutan, pero la salvó el mismo Lenin, que la tenía en gran consideración. Sus exigencias de una mayor democracia interna en el partido la hicieron muy popular, pero estuvo a punto de ser expulsada por ello.

Gracias a su conocimiento de lenguas extranjeras, se pasó entonces al comisariado popular de Asuntos Exteriores, que la nombró ministra en Noruega, México y, finalmente, en Suecia, donde accedió al puesto de embajadora, la segunda mujer en la historia en alcanzar el rango. En 1944 dirigió las negociaciones ruso-finesas que condujeron al armisticio entre ambos países. Hasta su muerte siguió publicando, sobre todo artículos en revistas feministas, y participando en congresos internacionales.

Mientras estas cosas sucedían en algunos países europeos, España se había quedado bastante rezagada. Anna Caballé (p. 333) reproduce un contrato de maestras del año 1923 que es una perla del género:

Este es un acuerdo entre la señorita… maestra, y el Consejo de Educación de la Escuela… por la cual la señorita… acuerda impartir clases durante un periodo de ocho meses a partir del… de septiembre de 1923. El Consejo de Educación acuerda pagar a la señorita… la cantidad de 75 pesetas mensuales. La señorita… acuerda:

1. No casarse. Este contrato queda automáticamente anulado y sin efecto si la maestra se casa.

2. No andar en compañía de hombres.

3. Estar en su casa entre las 8.00 de la tarde y las 6.00 de la mañana a menos que sea para atender función escolar.

4. No pasearse por heladerías del centro de la ciudad.

5. No abandonar la ciudad bajo ningún concepto sin permiso del presidente del Consejo de Delegados.

6. No fumar cigarrillos. Este contrato quedará automáticamente anulado y sin efecto si se encontrara a la maestra fumando.

7. No beber cerveza, vino ni whisky. Este contrato quedará automáticamente anulado y sin efecto si se encontrara a la maestra bebiendo cerveza, vino y whisky.

8. No viajar en coche o automóvil con ningún hombre excepto su hermano o su padre.

9. No vestir ropa de colores brillantes.

10. No teñirse el pelo.

11. Usar al menos dos enaguas.

12. No usar vestidos que queden a más de cinco centímetros por encima de los tobillos.

13. Mantener limpia el aula.

Me pregunto si la prohibición de beber cerveza, vino y whisky permitía a las maestras beber anís, chartreuse o quina Santa Catalina, que es medicina y es golosina, y que se les daba incluso a los niños cuando las tiernas criaturitas se resfriaban o acatarraban.

Tras la Segunda Guerra mundial, como es bien conocido, los vencedores reales fueron Estados Unidos y Rusia, que se dividieron el globo en dos partes, primer mundo y segundo mundo, junto al que existía un "tercer mundo" de países no alineados y poco desarrollados, por resumir la situación un poco a brochazos.

En los países bajo la tutela rusa, los llamados países satélites, se impuso la política femenina dominante en la Unión Soviétca, con una mayor paridad de género, una participación más activa de la mujer en deportes no solo "femeninos", la celebración anual y festiva del día 8 de marzo y otros signos de reconocimiento o aceptación de la mujer; en Estados Unidos y sus "países satélites" (con perdón), tras la consecución del voto para las mujeres, se desinflaron un poco las urgencias reivindicativas del primer feminismo y se impuso una especie de conformismo consumista que se podría representar icónicamente en Marilyn Monroe.

Estados Unidos no era solo la potencia militar y económica dominante, sino también la primera incubadora mitopoyética y la primera productora de cultura, ideología y ciencia: el rock, el jazz, el pop, Walt Disney, Hollywood, los vaqueros y sudaderas, la comida rápida, los refrescos de cola, The New York Times, Halloween, Thanksgiving y demás productos made in USA americanizaron el mundo como el Imperio romano había romanizado a los pueblos conquistados con sus mitos, su arte y sus juegos.

No echo en el olvido a los Beatles ni a los Rolling Stones; a la moda europea, a la pizza y la pasta, a Volkswagen y a Mercedes o, en el feminismo, a Simone de Beauvoir, pero reconozco sine ira et studio que económica, ideológica y culturalmente Europa se había convertido en algo así como lo que significaba Grecia para los romanos: un referente cultural del pasado.

Sería imperdonable, sin embargo, no detenerme, aunque sea mínimamente, en Simone de Beauvoir, que está en el origen de la diferenciación entre sexo —o sea, lo puramente biológico— y género —una construcción cultural—; su frase "no se nace mujer: llega una a serlo" es el punto de partida de este movimiento originado en El segundo sexo (1949).

Ahora bien, la segunda ola de feminismo, muy alejada ya de la reivindicación del sufragio, se creó y consolidó en Estados Unidos en los sesenta y setenta, y tuvo como banderines de enganche el movimiento de derechos civiles, las protestas contra la guerra de Vietnam y la reivindicación de mayor igualdad y justicia con las personas del género discriminado. Fue un movimiento originariamente pequeñoburgués de la clase media blanca, urbana y universitaria.

Ya en 1961 el presidente John Kennedy había creado una Comisión sobre el estatus de las mujeres, al frente de la cual situó a Eleanor Roosevelt. En su primer informe, esta comisión constató ya discriminación laboral, inferiores salarios y ausencia de servicios de apoyo a las trabajadoras, y abogó por medidas legislativas que corrigiesen estas discriminaciones. Las leyes Equal Pay Act (1963) y Civil Rights Act (1964) fueron la primera respuesta del legislativo a estas demandas consideradas, sin embargo, demasiado tímidas para las necesidades reales: muchos estados prohibían aún los anticonceptivos; violaciones y malos tratos domésticos eran moneda común; y, por lo tanto, el segundo feminismo se convenció de que tenía ante sí una lucha más larga que la de sus abuelas, que solo reclamaban el voto.

El movimiento, además, se escindió en varias tendencias, fundamentalmente entre las posibilistas, como Betty Friedan, y las radicales, como Kate Millett o Shulamith Firestone. Betty Friedan (1921-2006), autora de La mística de la feminidad (1963), del que

que se han vendido más de dos millones de copias, a pesar de su enorme influencia en el feminismo y en toda la sociedad norteamericana, era contraria al feminismo "quema-sujetadores, hembrista y orgásmico" ("bra-burning, anti-man, politics of orgasm") lo que la situó, para otras hermanas, en el reformismo pequeñoburgués: el eterno conflicto que se da también en el seno de las iglesias cristianas, los partidos de izquierdas y otros aparatos ideológicos que se baten en concilios, congresos y campañas electorales.

Este segundo feminismo produjo una obra escrita extensa, influyente y, con no poca frecuencia, de alto nivel. Produjo también un montón de neologismos, nuevas acepciones de palabras corrientes o resurrecciones de algunas olvidadas, como feminicidio, que apenas se utilizaba desde el siglo XIX (no se olvide que ya Pardo Bazán hablaba de mujericidio). Es el caso de alteridad, androcentrismo, empoderamiento, género, heteropatriarcal, LGTBI, patriarcado, sororidad, transgénero, transexual y bastantes más.

Aunque solo sea por eso, el segundo feminismo merece un lugar relevante en la cultura "occidental", pero sus postulados y luchas les podían sonar un poco a música celestial a las afroamericanas, africanas, árabes, asiáticas o indígenas en general, cuyo problema diario era, frecuentemente, andar kilómetros cada día para buscar agua o leña. Sus hermanas blancas y pequeñoburguesas ni conocían ni sospechaban ni se podían ocupar de atrocidades como la ablación del clítoris, la quema de la viuda superviviente en la pira del marido fallecido, la compraventa de niñas para el matrimonio-violación, el rapto, la violación como arma de guerra y otras barbaridades, pero no pueden culpabilizarse por ello, a no ser que se culpabilice también a los sindicatos y consumidores del primer mundo por las minucias que reclaman indignados, es decir, a no ser que se nos considere culpables a todos los privilegiados del primer mundo.

No se vayan a creer que la sociedad norteamericana tomaba buena nota del hervidero feminista de ciudades y campus universitarios: para empezar, el machismo WASP ( acrónimo de "blanco, anglosajón, protestante") acuñó enseguida el término "feminazi", que lo protegía como un talismán frente a todo el movimiento;

además, si uno repasa los anuncios y no pocas colaboraciones literarias de revistas como Playboy o Penthouse por los mismos años en los que se publicaban obras muy destacadas del pensamiento feminista, se encontrará con los anuncios más obscenamente machistas que puedan imaginarse. No olvide que también esta es la atmósfera en la que se desarrolló la vida de M. Monroe, reflejada en anuncios en papel cuché de hermosas mujeres desnudas utilizadas como alfombras por su hombre, azotadas en el trasero sobre las varoniles rodillas por no haber hecho un buen café o recibiendo una bocanada de humo de cigarrillo en la cara para ser seducida y otros motivos que podrían resultar irónicos o humorísticos, si no fuesen directamente estomagantes.

Los textos y citas que podrían ilustrar el machismo imperante son tan tan abundantes que no vamos a tener más remedio que recurrir únicamente a un premio Nobel y prescindir de otros varones menos galardonados o más injustamente preteridos por la Fama. Recurro, de nuevo, a la selección de Caballé (p. 385), citando a Camilo José Cela en Izas, rabizas y colipoterras (1963): “Las chais son hembras muy propensas a la maternidad, tomascas que lucen siempre verriondas y preñadas: siempre en la muga y pariendo o abortando y con los bajos revueltos, sanguinolentos y dolientes. (Los cronistas saben de la vida y milagros, de la perra vida y los audaces prodigios de la chai Pepa la Torionda, rodona cartagenera que cagó doce fetos en doce años, uno detrás de otro los fetos y los años y sin dejarse de aplicarse al oficio ni una sola noche: que más cornás da el hambre y, a panza vacía, todo es sequía). Las chais, por lo común, gastan el porte distinguido: parecen boticarias o biliotecarias o viudas de funcionario muerto, aún joven, en acto de servicio. Lo que no son las chais, por lo general, es guapas (suelen tener la nariz caballuna y el pellejo pintado de barrillos) ni bien intencionadas (lo que se debe disculpar)”.

Este estilo casticista y seudoquevedesco haría furor y tendría imitadores que se adentran en el siglo XXI, como veremos.

Se conoce que uno puede tener una gran calidad literaria y alcanzar un Premio Nobel de literatura y puede destacar, también, por zafiedad y mala entraña; es perfectamente compatible, como lo es, por ejemplo, ser experto en el aparato digestivo y tener malas

digestiones o ser a la vez un prestigioso oftalmólogo y miope.

8

**Malala, Greta**

Si difícil me resultaba elegir un único nombre de mujer para representar todo el siglo pasado, mucho más me ocurre con este atolondrado siglo XXI, apenas salido de la adolescencia.

Recurro por ello a dos mujercitas, o Little Women, como decía Louisa May Alcott, que han alcanzado fama mundial en su adolescencia y que, en mi opinión, representan un fenómeno muy característico de este comienzo de siglo.

En estos años, en efecto, surgen en muchos países del mundo adolescentes que destacan por algunas cualidades excepcionales en el deporte, las artes o la política reivindicativa y llegan a recibir los mayores galardones y reconocimientos con menos de 20 años. Incluso en la aldea gala, donde resisten heroicamente Astérix, Obélix y otros guerreros alegremente dopados, ha aparecido últimamente una adolescente, llamada Adrenalina, La hija de Vercingétorix, que está dando mucha guerra. No se la pierdan. Para mí que esta revoltosa está basada en la figura de otra parisina de ficción, Lady Bug, que ha tenido encandilados a mis nietos preadolescentes.

A Malala Yousafzai (Pakistán, 1997) la tiroteó un fanático talibán en 2012 debido a su empeño en acudir a la escuela; salvó la vida porque la trasladaron a Inglaterra, donde la operaron y curaron en un hospital inglés; desde entonces reside en aquel país y ha podido seguir estudiando como cualquier persona.

Su intento de asesinato la convirtió en “la adolescente más famosa del mundo” y, gracias a su ejemplo, Pakistán ratificó el derecho a la educación de niños y niñas sin discriminación. En 2013 obtuvo un Premio Nobel compartido, por su lucha a favor de la educación de niños y niñas, y ese mismo año se dirigió a la Asamblea General de Naciones Unidas; la revista Time la incluyó sucesivamente entre las cien personas más influyentes del mundo a sus 16, 17 y 18 años, a la vez que recibía una serie de prestigiosos premios.

En varios países asiáticos no es tan frecuente atacar a las mujeres, incluidas menores, a tiros, porque no siempre es fácil disponer de un arma, pero sí es desgraciadamente más frecuente atacarlas con ácido para desfigurarlas, dejarlas ciegas e incluso matarlas mediante ácido sulfúrico, nítrico o clorhídrico, fáciles de adquirir como productos de limpieza u otros usos comerciales.

La maldita mímesis del mal, que se contagia por el mundo gracias a la hiperconectividad de nuestros días, ha hecho llegar a España y a otros países europeos esta cruel y bárbara forma de agresión, que afecta muy mayoritariamente a las mujeres.

El caso de Greta Thunberg es muy diferente al de Malala porque las adolescentes del primer mundo y, concretamente, las europeas no suelen ser tiroteadas ni atacadas con ácido e, incluso, suelen contar con el apoyo de sus padres y de su entorno.

Greta Thunberg (Estocolmo, 2003) tampoco ha tenido que luchar ni reivindicar el derecho a la educación, sino que se ha centrado en la lucha contra el cambio climático. A los 15 años empezó a manifestarse frente al parlamento sueco y su ejemplo empezó a congregar a adolescentes de Estocolmo y posteriormente de muchos países, donde los menores iniciaron unas huelgas climáticas escolares cada viernes (Fridays for Future).

En 2018 y 2019 Greta Thunberg se dirigió también a la Asamblea General de Naciones Unidas y a otros foros influyentes, con sendos discursos llenos de emoción, pasión y argumentos en contra del calentamiento global y a favor de una sociedad sostenible y racional.

Su valentía y su determinación la han hecho blanco de ataques paternalistas o machistas por parte de no pocos poderosos y otros contumaces negacionistas.

En un principio, estas y otras destacadas adolescentes no han tenido mucha relación con el tercer feminismo, que empezó en los años noventa del siglo pasado. Las nacidas en los sesenta y setenta, eran poco más que veinteañeras en los noventa y constataban que los anteriores feminismos se habían quedado cortos e inconclusos.

Es obvio que la generación anterior había alcanzado evidentes mejoras en su estatus laboral y ciudadano y, además, la globalización y las nuevas tecnologías ofrecían ahora grandes facilidades para la difusión de informaciones e ideas entre las nuevas profesionales de la generación X.

Las jóvenes de ahora, con frecuencia hijas de activistas, habían visto ya cuestionados en sus propias casas los roles patriarcales más tradicionales y la división entre tareas de niñas y de niños. Esperaban por ello alcanzar la igualdad profesional y social que habían alcanzado no pocas de la generación anterior y eran conscientes desde niñas de las injusticias del sexismo, el racismo y el clasismo.

Frente a los comportamientos ocasionalmente agresivos, ineducados y aun violentos de las anteriores "quemasujetadores", ahora se recurre, en cambio, con mucha mayor frecuencia, a la ironía, el humor, el sarcasmo y el ingenio.

En cierta manera, lo que empezó a cuajar fue una especie de feminismo posmoderno que se replanteaba la sexualidad, el género, la feminidad o la belleza bajo una nueva visión más creativa, más lúdicra y más libre.

Muchas de las herramientas creadas por la generación anterior, como revistas especializadas o doctrinarias, carreras o másteres de género y movimientos reivindicativos, un poco pasados de moda, perdieron mucho atractivo como, por lo demás, lo hicieron los diarios generalistas, los noticiarios televisivos y otras formas obsolescentes de cultura y comunicación.

Antiguos insultos machistas, antes intolerables, les llegaron a resultar graciosos a las jóvenes y llegaron a adoptarlos como propios, como un desafío y con un mayor sentido del humor, o sea, "las chicas son guerreras", probablemente tanto como sus madres, pero sin duda más divertidas y utilizan los cortes de mangas y las peinetas con mucho más desparpajo: nada que ver, por ejemplo, la debilidad femenina de Marilyn con Madonna, Queen Latifah, Zendaya y tantas más. En los dos últimos casos, además, se puede constatar ya una mayor normalización de mujeres racializadas y miembros de otras minorías en los movimientos de las mujeres.

Naturalmente, estas feministas posmodernas de la tercera generación reciben críticas de las representantes del segundo feminismo porque las encuentran frívolas, desideologizadas y tan descaradas e hipersexualizadas que muchas piensan que, en el fondo, siguen adoptando el papel tradicional de provocar deseo y convertirse en desahogo del varón.

No debe olvidarse, además, que lo conseguido hasta ahora son Derechos frágiles, como titula Gemma Lienas su "autobiografía de una generación de mujeres" aún inédita, de cuya primicia me ha dejado disfrutar.

La fragilidad de los derechos adquiridos, en efecto, consiste en que siempre hay que estar volviendo a empezar. André Gide lo dejó muy claro hace más de cien años: "Todas las cosas han sido dichas ya, pero, como nadie escucha, siempre hay que volver a empezar" ("il faut toujours récommencer").

Es la maldición, por ejemplo, de las científicas, más de un siglo después del Premio Nobel a Marie Curie. Veamos: el expresidente del National Economic Council del Gobierno norteamericano, Lawrence Henry Summers, en un discurso público en la universidad de Harvard, en 2005, de la que era entonces presidente, afirmó con mucha convicción que la escasa representación de las mujeres en la ciencia se debía a causas biológicas. Se organizó un notable revuelo, que traería como consecuencia su dimisión de la presidencia de esta prestigiosa universidad y su vuelta a actividades más lucrativas en Wall Street, adonde fue "desterrado" por el presidente Barack Obama.

El editor de la revista The Journal of Clinical Investigation comentaba entonces la tesis del señor Summers en estos términos: "Quizá el doctor Summers piensa que pueda haber un gen en el cromosoma Y que se activa en el proceso de transición de profesor titular a catedrático".

La afirmación de L. Summers se produjo en un acto académico de una de las mejores universidades del mundo, en el país que cuenta quizá con el movimiento feminista más activo y organizado y, además, en este siglo XXI, que consideramos como el fin de la historia, de puro ilustrado y paritario.

No estamos hablando, pues, de viejas injusticias históricas, sino de una opinión todavía dominante, que trae como consecuencia el ninguneo de la mitad de la población por parte de la otra mitad, lo que tiene también su correlato en la ciencia y en todas las profesiones, acristaladas todas ellas por el techo.

No crean, pues, que el machismo grosero ha disminuido en el siglo: si en el pasado recurríamos al testimonio de un ilustre premio Nobel de Literatura, lean esto de otro conocido escritor, adulador de Cela en vida y su denigrador ya muerto: "El odio violento es la manera más pacífica que tiene de expresar amor un marido, un amante, un enamorado […]. A uno le parece que tanta zurrapa no puede ser más que amor"[31].

He ahí un caso claro, no de simple machismo, sino de burda misoginia, que puede ser adobado, aún más, con una dosis de violación, pedofilia y estupro, para que no le falte de nada: "A uno la violación le parece el estado natural/sexual del hombre […]. El violador del Ensanche […] llevaba navaja para persuadir a sus víctimas, si es que puede llamarse así a la beneficiaria de un polvo inesperado, azaroso, forajido y juvenil […]. La hembra violada parece que tiene otro sabor, como la liebre del monte. Nosotros ya solo gozamos mujeres de piscifactoría"[32].

Tan solo el derecho a la educación de las mujeres y su derecho al voto se han generalizado, gracias a las largas y tenaces luchas que se han venido librando a lo largo del último siglo y medio. Ello quiere decir que feminicidios y violaciones siguen siendo el pan nuestro de cada día y, lo peor, el titular casi diario.

Desgraciadamente, ni siquiera lo de los titulares periodísticos es verdad, salvo en España y pocos países más; en la mayoría, estos crímenes no son titulares, bien porque resultan banales, bien porque se prefiere no hablar mucho de esos dolorosos asuntos. Llama la atención que países con larga tradición de políticas sociales y envidiablemente paritarios, como los escandinavos y centroeuropeos, dispongan de peores estadísticas y menores herramientas paliativas de las que existen en España. Recientemente el presidente francés Emmanuel Macron ha puesto en marcha un plan de medidas para afrontar el problema de los feminicidios según el modelo español, que venía siendo reclamado

por grupos feministas; Anaïs Leleux, de la asociación Nous Toutes había dicho: “Tomamos como referencia a España, reclamamos al Gobierno un presupuesto para luchar contra la violencia machista de mil millones de euros”, y reclamaban, entre otras cosas, que lo que existe de hecho, como el feminicidio, exista también en derecho, y que todo el mundo sepa de qué y de cuántas estamos hablando.

Pues bien, incluso con casos de feminicidio aún sangrantes, se llenan las redes sociales de troles y de abyectos insultos misóginos, sin embargo, curiosamente, Facebook y otras plataformas prohíben mostrar un pezón, pero no el odio más venenoso; o sea, la hipocresía siempre va de la mano del machismo más cerril, como toda la vida de Dios.

No solo las legislaciones de los países más avanzados se van dotando de regulaciones tendentes a la paridad y perseguidoras de machismo y misoginia, sino también algunos convenios internacionales que, en teoría, obligan a todos sus firmantes.

El caso del Convenio de Estambul es el más notorio: abierto a la firma en Estambul el 11 de mayo de 2011, entró en vigor de forma general y para España el 1 de agosto de 2014 (publicado en el BOE del 6 de junio), cuando se alcanzó el número mínimo de diez Estados miembro de la organización que lo habían ratificado, como estipulaba su artículo 75.

Es el primer texto legal de carácter europeo sobre violencia contra la mujer y violencia doméstica, y prescribe, como ahora se dice,”tolerancia cero” para este tipo de delitos.

El convenio considera delito todas las formas de violencia contra la mujer: física, psicológica y sexual, incluidas la violación, la mutilación genital femenina, el matrimonio forzado, el acoso, el aborto forzado y la esterilización forzada, lo que obliga a los Estados a introducir estos delitos en sus sistemas jurídicos.

Pero permítanme recurrir ahora a la inventora del concepto de mansplaining, Rebecca Solnit, cuyo libro Los hombres me explican cosas (2016) rezuma observaciones e ideas lúcidas y valientes al respecto: “Tenemos una cantidad impresionante de violaciones y

violencia contra las mujeres en este país [EE UU] y en el mundo, y es algo que nunca se trata como un problema de derechos humanos, o como una crisis, o ni siquiera se considera que haya un patrón. La violencia no tiene raza, clase, religión o nacionalidad, pero tiene género".

En efecto, según las estadísticas del INE, en el año 2018 hubo en España 227.211 delitos cometidos por hombres y 59.426 por mujeres, es decir, un 84 por ciento de varones frente a un 26 por ciento de mujeres; porcentajes que, más o menos, se repiten en la mayoría de los países.

Rebecca Solnit dice que "el acceso a las armas es un gran problema en Estados Unidos, pero pese a que estas son bastante accesibles a todo el mundo, el asesinato es un crimen cometido el 90 por ciento de las veces por hombres". Más adelante sigue constatando que "cerca de dos tercios de todas las mujeres muertas por armas de fuego son asesinadas por sus parejas o exparejas".

Los datos que da esta autora sobre actos de violencia en el Ejército contra las mujeres soldado, contra las estudiantes de secundaria, contra las emigrantes o trabajadoras en general, son escalofriantes; no es, pues, nada sorprendente que salude a sus lectores con un "bienvenidos a Machistán".

Pero "machistanes" son todos: piensen, por ejemplo, en la reciente y repentina figura de las violaciones grupales de varones a una sola chica aislada, que es penetrada por todos ellos, a veces simultáneamente, siempre con violencia, odio y desprecio, y que luego es abandonada, semidesnuda, herida y privada de teléfono o transporte a un lugar seguro. El fenómeno se viene repitiendo hasta el punto de que ya se conoce a los perpetradores de este tipo de delito como "las manadas", ya en plural.

Las atrocidades cometidas por estos bárbaros suelen ir acompañadas de la culpabilización de la víctima, cuyas coordenadas se hacen públicas para que sea acosada, insultada y amenazada, y la divulgación de vídeos en las que aparece siendo violada o cuando es abandonada semidesnuda. Se le acusa, además, de ir por la calle demasiado ligera de ropa, como pidiendo guerra; de haberse prestado voluntariamente a lo que no era más que una inocente

juerga; de haber presumido que ella podía con todos juntos y aun con más; de disfrutar con los sucesivos coitos; de seguir haciendo una vida normal después de esa experiencia, como si la víctima tuviese que entrar a continuación en clausura. Algunos jueces, incluso, han echado sobre ellas la carga de la prueba, de modo que, si no existen pruebas fehacientes de su falta de consentimiento, se supone que los violadores actuaron de buena fe (?).

En un reciente estudio de la profesora Rosa Estevan del CEU UCH, a partir de 540 noticias y 17.000 comentarios sobre una sentencia del Tribunal Supremo, que condenaba a los miembros de la Manada por violación y no por abusos sexuales, la inmensa mayoría de los internautas defendían a los violadores y atacaban a la víctima, a las feministas, a los jueces o a la "prensa manipuladora".

Siento no tener el testimonio de ningún premio Nobel ni de otro escritor famoso que nos ilustre sobre la sentencia del Tribunal Supremo, pero espero que les valga el de don Francisco Serrano, líder de VOX en Andalucía y magistrado de profesión, que escribió al respecto en su cuenta de Facebook: "Desde ahora, la diferencia entre tener sexo gratis y pagando, es que gratis puede salir más caro; Es un torpedo directo contra la heterosexualidad, contra las relaciones libres entre hombres y mujeres; Hasta un gatillazo o no haber estado a la altura de lo esperado por la mujer, podría terminar con el impotente en prisión".

Esta preocupación del señor Serrano y de tantos otros ilustres misóginos por gatillazos y eyaculaciones precoces me hace pensar que quizá es correcta la tesis del doctor Castilla del Pino de que la misoginia expresa el odio a la mujer de quien no se siente suficientemente masculino. Vaya usted a saber, pero da que pensar lo que cuentan algunas señoras que compartieron cama con el presidente Donald Trump, un notorio misógino: Stephanie Clifford, conocida en la profesión como Stormy Daniels, para que se hagan una idea, recibió 130.000 dólares del director del FBI por guardar la confidencialidad de un par de encuentros con el ahora presidente; liberada del pacto de confidencialidad por una serie de azares, confesó que su relación con el señor Trump había sido sin preservativo, en la postura del misionero, de muy corta duración y que su pene le resultaría fácilmente reconocible por su (pequeño)

tamaño. A esta “rubia pechugona”, como la llamaba el señor Trump, no la acusó ni insultó cuando esto se hizo público, quizá porque conocía sus arrestos, pero del ya exdirector del FBI dijo que era una bola de baba (slime ball) mentirosa.

Me llama la atención que la derecha cristiana blanca, que había profetizado las plagas de Egipto contra Bill Clinton por su affaire con Monica Lewinsky, se mostrase tan comprensiva con estos y otros pecadillos del señor Trump, con el argumento de que “todos somos pecadores y merecemos una segunda oportunidad”.

Pero volvamos a España. El caso es que las fiestas patronales españolas, tan entrañables y tan presuntamente centenarias todas ellas, se han convertido últimamente en espacios de peligro para las mujeres solas, hasta el punto de que es noticia que “este año no haya ocurrido nada grave”: tras la famosa “manada” que actuó en los sanfermines de 2016 y que hemos comentado, ha habido 36, en Pola de Lena, Beniaján, Vejer de la Frontera, Alicante, Molins de Rei, Maspalomas, Valencia, Salou, Cáceres, Málaga, Mijas, Bilbao, Collado Villalba, etc. No hemos llegado a la locura de Estados Unidos, donde ocurre una agresión física a una mujer cada nueve segundos (Solnit: 32), pero parece evidente que la situación se ha deteriorado.

Los padres se quedan en ascuas ahora, cuando sus hijas adolescentes o jóvenes salen de copas, y el miedo se ha vuelto a instalar en amplias zonas de uno de los países más seguros del mundo, a causa de la misoginia, que anda suelta por la calle.

## Epílogo

Las jugadoras profesionales de fútbol se pusieron recientemente en huelga, y siguen aún algo revueltas, porque exigen unas condiciones laborales y salariales no como las de sus colegas varones, pero que, por lo menos, les permitan vivir de su oficio; ya no se contentan con que las dejen jugar al fútbol y con llenar estadios, sino que aspiran, muy legítimamente, a poder vivir de ello, aunque sea de manera modesta.

Uno podría pensar que su simple protesta es ya un indicador de los enormes avances de la mujer en su lucha por la paridad, porque les resultaría impensable a las abuelas de estas jugadoras la mera posibilidad de hacer una huelga para que les pagasen por jugar en paños menores a un deporte tan violento y a la vista de todo el mundo.

Pues bien, sin duda es un avance, pero no se olviden de que las espartanas celebraban sus propios juegos atléticos porque estaban excluidas de los grandes juegos, olímpicos, píticos, ístmicos y nemeos; aquel modesto avance en la paridad se perdió durante siglos y apenas ahora está resurgiendo. O sea, todos los avances son reversibles y frágiles mientras subsistan la condescendencia, el desprecio y el odio hacia la mitad de la población.

En su reciente libro El discurso del odio (Taurus), sostiene André Glucksman que “el odio más largo de la historia, más milenario aún y más planetario que el del judío, es el odio a las mujeres”, lo cual es evidente: mucho antes de que empezaran a ser perseguidos los judíos están documentadas flagrantes discriminaciones, agresiones, violaciones, abusos y desprecios hacia las mujeres, tanto en las culturas que rodean el Mediterráneo, donde habría de formarse la cultura judía, como también en remotos lugares de América, Asia, África, Australia o Europa del Norte, donde tardarían siglos aún en conocer la existencia del pueblo elegido por Dios.

Por otra parte, no solo han sido discriminados y perseguidos los judíos, sino también los gitanos, los indígenas de todos los continentes, los esclavos, los homosexuales, los pobres, los discapacitados; es decir, todos los débiles y todas las minorías.

El problema es que las mujeres no son una minoría, de hecho, han sido siempre una mayoría y, además, una mayoría no solo necesaria, sino imprescindible para la supervivencia de la especie.

Un genocida loco podría proponer, en pleno delirio, la extinción de cualquiera de los colectivos de las tradicionales víctimas de discriminación que hemos mencionado anteriormente, pero nunca podría existir un fanático loco que propusiese la extinción de las mujeres, porque es, simplente, imposible.

Decíamos anteriormente que Castilla del Pino sostenía que el odio a las mujeres revelaba un complejo de inferioridad de quien no se siente suficientemente masculino, lo que no dudo que pueda explicar no pocas misoginias desatadas.

Cristina Santamarina opina que “las mujeres resultan amenazantes para los varones no porque son diferentes, sino porque están representando los principios más abismáticos y más atrayentes de la propia condición humana”[33], lo que también puede explicar algunos comportamientos, pero pienso que hay más, algo para lo que no tengo explicación lógica.

Observen ustedes a un niño empeñado en que su papá o su mamá le compren un determinado juguete que parece desear más que el comer. Se lo compran, se pone a jugar o a utilizarlo horas o días o semanas, hasta que se cansa. En no pocos casos, los llamados niños “destructivos”, al llegar ese momento, destrozan el juguete que habían deseado y que les había proporcionado tanto placer. ¿Por qué?

En otros casos, un niño, o un adolescente, para demostrar su ira o su frustración se lanza a romper cosas más o menos valiosas de sus padres, o de su casa, porque no conoce otra forma de manejar su frustración, de luchar contra su sentimiento de inferioridad, contra su fracaso escolar o su escasa popularidad.

Rompe lo que tiene a mano, lo que puede, aunque algunas de esas cosas las siga necesitando y valorando.

Hay muchos varones que nunca hemos roto juguetes en nuestra infancia, ni hemos agredido o insultado a las mujeres de nuestro entorno, pero hemos conocido niños que rompían juguetes y sabemos que hay hombres que agreden a mujeres porque creen que son suyas, porque ya no les valen, porque les vienen mal dadas y no saben administrar su frustración, porque son como niños malcriados; pero lo malo es que son mucho más que eso: son, como decía doña Emilia “acosones” y pueden llegar a ser “mujericidas”.

Por un extraño mecanismo que no acabo de entender, parece que muchos varones odian y maltratan a las mujeres simplemente porque pueden hacerlo, porque ellas son físicamente más débiles y porque no tienen a nadie más a mano en quien descargar su frustración y su rabia.

Si esos hombres las amasen, las respetasen, las admirasen, probablemente serían más felices y no tendrían que descargar tanta ira y tanta frustración.

A esta conclusión llegué durante una de esas inespecíficas tristezas de tarde lluviosa de domingo, así que no se fíen mucho de ella, porque la introspección es un método muy poco fiable, aunque a mí me vale, porque es mi experiencia personal.

Debe ser también la experiencia de otros muchos varones porque tengo la impresión de que cada vez hay más hombres feministas.

Vale.

**NOTAS**

1 . Traducción de Luís Segalá, la más frecuente de las traducciones de Homero al español.

2 . He hecho a propósito una traducción muy literal del texto evangélico, para que se vea cómo suena en versión original.

3 . Anna Caballé, Breve historia de la misoginia. Antología y crítica, Barcelona, Ariel, 2019; Mary Beard, Mujeres y poder. Un manifiesto, Barcelona, Crítica, 2018. Recurriré con frecuencia al primero de estos libros, que citaré simplemente como Caballé seguido del número de la página. Se trata de una antología excelente y utilísima.

4 . Traducción de Antonio González Laso, Madrid, Aguilar, 1964.

5 . Sigo la edición bilingüe de F. R. Adrados, Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos, 2 vols., Madrid, CSIC, 1981, aunque alguna vez prefiero traducirlo yo de nuevo.

6 . Barcelona, Península, 2016.

7 . P. Colon 5860; sigo a F. R. Adrados, Lírica Griega Arcaica, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1980.

8 . Sigo mi traducción de Antígona publicada en VV AA, Teatro Griego, Barcelona, Círculo de Lectores, 1982.

9 . Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio, Pedro Bádenas de la Peña y Javier López Facal, con una introducción general de Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 1978.

10 . Francisco R. Adrados, El cuento erótico griego, latino e indio, Barcelona, Ariel, 2013, p. 18. Utilizo este libro en las páginas que siguen.

11 . Erin Owens, “Classical Languages: Women in Ancient Roman literature”, artículo disponible en medium.com.

12 . Lloyd de Mause, “Infanticide, Child Rape and War in Early States”, JPsychohist, 2009, 36, 4, pp. 290-312. Disponible en https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/19852386

13 . Sigo la edición de Francisco Cantera Burgos y Manuel Iglesias González, junto con una larga nómina de brillantes colaboradores, publicada en Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1975.

14 . El original hebreo utiliza para “vergel” una palabra persa que, a través del griego parádeisos ha pasado a las lenguas europeas como paraíso, paradis, paradise, paradiso, etc.

15 . El curioso lector, o lectora, puede informarse sobre el caso de Ifigenia, la joven hija del rey Agamenón a la que este intentó sacrificar para que Zeus permitiese continuar la navegación a Troya. El ejemplo mítico griego es muy diferente del hebreo, pero comparte lo fundamental: matar a una doncella para aplacar a un dios irritado. En el mito griego, sin embargo, el rey Agamenón acabó pagando muy caro su frustrado parricidio ritual.

16 . Catherine Nixey, La edad de la penumbra. Cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico, Madrid, Taurus, 2018.

17 . “Marianismo: La otra cara del machismo en Latinoamérica” en Ann Pescatello, Hembra y macho en Latinoamérica, México, Diana, 1977.

18 . Obras completas, vol. III, 4ª edición, Madrid, Taurus, 2008, p. 732.

19 . Silvia Federici, Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018. Un libro sólido y bien documentado al que sigo de cerca en este asunto.

20 . Marvin Harris, Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura, Madrid, Alianza, 2011. Un libro esclarecedor y de apasionante lectura.

21 . Óscar Hernández, “Damas de Comedia: mujeres en el teatro del Siglo de Oro”, Engranajes culturales, 23 de julio de 2015. Disponible en engranajesculturales.com

22 . Mimma de Salvo, “Mujeres en escena: las primeras damas en el teatro español de los Siglos de Oro”, Universidad de Valencia, Midesa, s. r. l., 2008.

23 . “[...] toute l’éducation des femmes doit être relative aux hommes. Leur plaire, leur être útiles, se faire aimer et honorer d’eux, les élever jeunes, les soigner grands, les conseiller, les consoler, leur rendre la vie agréable et douce, voilà les devoirs des femmes dans tous les temps et ce qu´on doit leur apprendre dès leur enfance”. Traducción propia.

24 . Emilio Palacios Fernández, La mujer y las letras en la España del siglo XVIII, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2008. Disponible en cervantesvirtual.com

25 . Florence Gauthier, “De Juan de Mariana a la Marianne de la República francesa, o el escándalo de resistir a la opresión”. Disponible en formato pdf en el blog de Julio César Guanche (enero de 2013): jcguanche.wordpress.com

26 . Fermín Gonzalo Morón, “La mujer”, El Iris, 29 de agosto de 1841.

27 . María del Pilar Sinués, El ángel del hogar, 6ª edición, dos volúmenes, Madrid, Librerías de A. San Martín, 1859.

28 . Faustina Sáez de Melgar, Deberes de la mujer: colección de artículos sobre la educación, Madrid, R. Vicente, 1866.

29 . Faustina Sánchez de Melgar, Sendas opuestas, Madrid, Rojas, 1878.

30 . https://www.theatlantic.com/science/archive/2019/07/womens-suffrage-nineteenth-amendment-pseudoscience/593710

31 . Francisco Umbral, El Mundo, 31 de enero de 2001. Citado en Caballé (p. 391).

32 . Francisco Umbral, Magazine de El Mundo, 2001. Citado en Caballé (p. 391).

33 . Catálogo de la exposición “Monstruos y seres imaginarios” en la Biblioteca Nacional, marzo del 2000.

# Índice

PRÓLOGO

1. PANDORA

2. EVA

3. MARÍA

4. GIOCONDA

5. MADAME DE POMPADOUR

6. MARIANNE

7. CURIE, PASIONARIA, MARILYN

8. MALALA, GRIETA

EPÍLOGO

NOTAS